G.M. CARRASQUILLO

El primer round no bastó



EL PRIMER ROUND
no bastó

GM CARRASQUILLO

El primer round no bastó
Copyright © 2026 GM Carrasquillo

Diseñador de portada: Gretchen Carrasquillo
Maquetador: Gretchen Carrasquillo
Corrección: Lydia Chas (Grafía editoras)

Primera edición: Febrero, 2026

Contacto: @gmcarrasquillo|www.gmcarrasquillo.com

La corrección se realizó siguiendo los parámetros establecidos en la última edición de la Ortografía de la lengua española (2010).

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción parcial o total, directa o indirecta del contenido de la presente obra, sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito del titular de los derechos patrimoniales, en términos de lo previsto por la Ley Federal del Derecho de Autor y en su caso por los tratados internacionales.

A mis lectores de Wattpad: Gracias por ser mi refugio y mi impulso cuando apenas me atrevía a soltar las primeras palabras en esta plataforma.

Esta historia nació en Wattpad y es para ustedes.

PRÓLOGO

Nunca he creído en el amor, pero eso no quita que sepa reconocer a un chico atractivo cuando lo tengo frente a mí. Por ejemplo, el que se encontraba en el interior del Café a pocos metros de donde estaba en esos momentos. Apenas podía ver su silueta, y él parecía no haber reparado en mí. Quería gritarle que se girara y que me prestara atención, deseaba que él también creyera que soy bonita. Sin embargo, no tuve el valor.

Disimuladamente, le tomé una foto para intentar averiguar quién era. Después de todo, nuestro pueblo es pequeño y no debería ser complicado hallarlo.

Lo que no esperaba era que mi publicación en redes sociales se hiciera viral.

MÍRAME

Mia

¿Qué es el amor?

Según el diccionario, es un sentimiento de afecto universal hacia otra persona que se expresa a través de acciones. ¡Qué lindo suena en papel! Lástima que en la vida real sea el mayor fraude publicitario de la historia.

Yo nunca lo he experimentado, pero sí conozco la atracción. Y sé muy bien cómo se siente: es pura adrenalina, un descontrol voluntario, ese impulso eléctrico que te hace olvidar hasta cómo se usa la lógica. La gente confunde esa chispa física con el amor, y la verdad es que, no los culpo. Nos han lavado el cerebro con libros y películas de romance donde el «príncipe azul» aparece en un caballo blanco (o en un carro caro) y te jura que eres la chica más hermosa que ha conocido.

Pura leyenda. Historias para vender palomitas. En el mundo real, lo que hay es piel, química y ganas. O al menos eso me repito para no esperar demasiado de nadie.

Estoy en mi café favorito escribiendo en mi libreta mis teorías alocadas sobre por qué Cupido debería estar en la cárcel. Saboreo las últimas gotas de mi capuchino mientras dejo que las palabras fluyan. Es un poco irónico pensar que una chica tan popular como yo, con mejores amigas, pretendientes y una agenda llena, pase una tarde de sus vacaciones a escondidas, sola y escribiendo en una cafetería tranquila. Pero a veces necesito alejarme del bullicio y simplemente… crear.

Es mi refugio. El único lugar donde no tengo que ser «la Mia perfecta».

Aunque, no nos engañemos: me encanta que me miren. Me encanta tener presencia. Y también me encanta mirar, ¿por qué no?

Cierro la libreta y la guardo en mi cartera. Es hora de volver a la realidad. Mientras recojo mis cosas, noto los murmullos de siempre. Al fondo, tres chicos de la escuela vecina me observan.

Pues, miren todo lo que quieran. Sonrío por dentro.

No es que me crea la última Coca-Cola del desierto, pero tengo espejos. Sé que soy atractiva. Mis ojos verdes, el pelo largo que siempre parece estar iluminado por un foco y bueno, mi cuerpo, que según los chicos de mi clase es «justo su tipo». Lo sé. Y no me incomoda saberlo; es mi armadura.

Camino hacia la salida con paso firme. Antes de cruzar la puerta, les lanzo un guiño rápido a los tres chicos del fondo.

Hola, guapos, les digo en silencio, solo para alimentarles la fantasía un rato más.

Justo al salir, mi celular empieza a vibrar como loco.

—¡Holaaaa! —el grito de Sarita casi me deja sorda.

—¡Hola, Sara! —respondo, tratando de ajustar el volumen de mi voz.

—¿Qué haces, perdida?

—Tomándome un capuchino, pero ya voy de salida...

Me quedo muda. Las palabras se me mueren en la garganta.

Un chico.

Un chico que nunca he visto en este pueblo minúsculo. Es alto, camina con una seguridad que casi puedes tocar y tiene el cabello marrón claro, ondulado, con ese desorden perfecto que parece ensayado pero no lo es. Y una sombra de barba que es, básicamente, el maquillaje natural de los hombres.

Exquisito.

Mírame, le ordeno mentalmente. Mírame como yo te estoy mirando.

—¿Mia? ¿Hola? ¿Sigues ahí o te raptaron los alienígenas? —Sara sigue hablando por el teléfono, pero ahora mismo es solo ruido de fondo.

Siento la electricidad. Es pura atracción por lo nuevo, por lo diferente. Me acomodo el pelo de lado, saco mi sonrisa de «portada de revista» e inclino la cabeza en la pose que nunca me falla. Estoy lista para el impacto de su mirada.

Pero él... él ni siquiera parpadea.

Pasa frente a mí como si yo fuera un poste de luz o parte del paisaje urbano. Entra al café sin girar la cabeza ni un milímetro. Me quedo congelada en la acera, con la sonrisa puesta y el ego dándose un golpe contra el pavimento.

¿Cómo es posible? ¡Todo el mundo me mira! ¡Hasta los perros me miran! ¿Y este niño, que es mi tipo, me ignora? No puede ser real.

Sara cuelga la llamada, con gran probabilidad harta de mi silencio, pero no me importa. Necesito respuestas.

Me giro hacia el cristal de la cafetería. Ahí está él, de espaldas, pidiendo su café con una calma que me desespera. Saco mi móvil a la velocidad de la luz y, sin pensarlo demasiado, pellizco la pantalla para acercarlo un poco más antes de tomar la foto desde afuera. La silueta, el pelo y esa espalda ancha parecen una composición artística. No tengo su rostro, pero alguien tiene que saber quién es este intruso.

Camino unos metros para que no me descubra y abro mi red social. Los dedos me tiemblan un poco, pero es por la indignación, me digo. Subo la foto y el texto sale solo de mi cabeza de escritora frustrada:

«Al muchacho que acaba de entrar en *Café Mi Sol,* y no se atrevió a mirarme ni a pedirme el número… estaba loca de que me hablaras. Parecías una pintura del *Renacimiento.*

Dioses de las redes sociales, ayúdenme.

Lugar y tiempo: Café Mi Sol, Calle San Gerardo. Miércoles, 24 de junio, 3:42 PM. »

Listo.

Ahora, que el universo haga su trabajo. Porque si el amor es tan persistente como dicen los libros y las películas, va a tener que trabajar horas extra para convencerme... empezando por explicarme quién es este chico y por qué no me miró.

RECONÓCEME

Mia

Dos meses después.

La escuela puede ser una zona de guerra, lo sé. Pero para mí, es el escenario perfecto. Es el lugar donde reconecto con mi gente, actualizo el chisme, despliego mis mejores *outfits* y, por supuesto, lanzo una mirada fulminante a cualquier chica que mire a mi novio más de la cuenta.

Sí, novio. Y qué novio.

Es el primer día de clases después de un verano que me quemaba los pies, entro al pasillo como si fuera la dueña del edificio, agarrada de la mano del nuevo capitán del equipo de fútbol. Sebastián es alto, atlético, guapo y el deseo prohibido de media escuela. Y es mío.

Quizás piensen que logré encontrar a mi «pintura renacentista» de aquel miércoles de junio.

Lamento informarles que no. Nunca apareció.

Después de publicar el mensaje pidiendo ayuda, recibí una avalancha de «me gusta», comentarios y mensajes. La mayoría eran chicas conocidas, alabando la foto. Y claro, si hasta de espalda se veía hermoso. Pronto comenzaron a compartir mi publicación una y otra vez.

Mi publicación se hizo viral.

Todo el pueblo hablaba de eso. Empezaron a usar etiquetas como *#pinturatebuscan* y *#ayudemosaMia* como si fuera una misión de rescate nacional. Fue divertido al principio, pero el «tesoro» nunca dio señales de vida.

Y, aunque jamás lo admitiría en voz alta, me sentí estúpida. Había fallado en público, y si hay algo que una chica como yo no hace, es fallar frente a todos. Borré la publicación después de unos días para enterrar el asunto. Quedaría en el pasado como un desliz de verano.

Para mi sorpresa, Seba estuvo muy pendiente del drama y aprovechó el vacío para invitarme a salir. ¿Y cómo decirle que no a semejante bombón?

Lo conozco desde los diez años, aunque nunca hablamos mucho. A los catorce pegó un estirón salvaje y, desde entonces, fue el chico que todas querían mirar. Incluso yo. Además, era el nuevo capitán del equipo. Eso, en mi escuela, equivale a realeza.

Salimos un par de días en julio: playa, cine, bolera. Todo muy cliché, muy de película. Y, a principios de agosto, soltó la pregunta:

—¿Mia?

—¿Sí?

—¿Por qué no somos novios aún?

—Porque aún no me lo has pedido —respondí con mi mejor sonrisa de suficiencia.

—¿Quieres serlo?

Lo pensé un segundo. Era guapo, popular y estar con él era el movimiento lógico. ¿Qué tenía que perder? Nada, la verdad.

—Claro —le dije.

Y así es como hoy camino por el colegio como la mitad de la pareja oficial de la temporada. La envidia de muchas. Y sí, lo disfruto.

Los cuchicheos nos siguen como una estela de humo. Es nuestro último año, *Seniors*. Un paso más y seremos libres, aunque todavía no tenga ni idea de qué quiero estudiar en la universidad.

—¡Mia!

Me volteo y veo a Sara. Seba me da un beso rápido y se va a saludar a su equipo para darme espacio con mi mejor amiga.

—¡Te extrañé tanto! —Me abraza como si no nos hubiéramos visto en años.

—Exagerada, me viste el viernes.

—Un rato nada más. Ahora siempre estás con Seba. Me has cambiado por el capitán.

—Jamás te cambiaría, tonta. Solo que ahora él es mi novio y tengo que hacer un poco de… *performance*.

—A todas nos gustaría hacer ese *performance* —Se ríe Sara—, pero todavía no les veo la química, amiga.

—La química llegará. Y, si no, llegará otro.

—Hablas del amor como si fuera una transacción de negocios.

—Porque no es amor, Sara. Es atracción. No mezcles las cosas.

—Sí, sí, el cuento de siempre —dice entre risas.

Suena el timbre. Este año nos dividieron en dos grupos, en lugar de tres como el año pasado. Seba y yo quedamos separados, pero, por suerte, Sara está en mi salón.

—Nos vemos en el almuerzo, bebé —dice Seba, lanzándome un beso al aire.

—Hasta ahorita —respondo sonriente, aunque por dentro sé que ese «bebé» no me gusta para nada.

—¿Ves? Cero química —murmura Sara a mi lado.

—Cállate.

Entramos al salón y tomamos nuestros asientos de siempre: al frente. Soy popular, sí, pero también soy estofona. Me gusta tener el

control de mis notas y estar cerca de la pizarra para que no se me escape nada.

—Mia, ¡felicidades! —dice Olivia, una chica que siempre intenta entrar en mi círculo.

—¿Felicidades por...?

—Por tu novio, obvio.

—Ah, gracias.

—Pensé que encontrarías al chico del Café.

—Yo también —respondo con una media sonrisa para cortar el tema. No quiero hablar más de eso.

Llega la profesora Quiñones y comienza con el protocolo del primer día.

—Tengo aquí una nota —dice mientras revisa unos papeles—. Tenemos a un joven nuevo. Un estudiante transferido. Becado.

Los murmullos crecen de inmediato. Un chico nuevo en el último año es carne fresca para el chisme.

—Lucas —continúa la profesora—, bienvenido. Levántate para que tus compañeros te conozcan.

Miro hacia atrás con desinterés, esperando ver a cualquier chico común. Primero veo sus piernas largas, luego su torso… y entonces llego a su rostro.

Esos ojos negros me golpean de frente. Me mira directo, sin parpadear, con una intensidad que me corta la respiración. Siento una descarga eléctrica que me recorre la columna, una que Seba no ha logrado provocarme en todo el verano.

Trágame tierra.

Tengo, frente a mí, a la mismísima pintura renacentista.

ESTÚDIAME

Lucas

El destino tiene un sentido del humor bastante cruel. He pasado dos meses orquestando mi llegada aquí, planeaba un encuentro digno de la historia que estoy seguro que vamos a vivir. Y ahora, el destino me coloca en la misma habitación que ella.

Cuando la profesora Quiñones dice mi nombre y me levanto, siento todas las miradas encima. Es el típico momento del «chico nuevo», el *transfer* becado. Intento parecer tranquilo, pero mis piernas me traicionan con un temblor leve.

Miro alrededor. Todos me observan con curiosidad, menos una persona: ella.

Está en la primera fila, junto a una chica de pelo corto que imagino que será su amiga. Me mira, sí, pero sin fascinación; me analiza. Tiene esa expresión de superioridad tranquila que ya había visto en sus fotos. Y en su rostro aparece exactamente lo que esperaba: el mismo aturdimiento del Café.

Me reconoce. La conexión se acaba de hacer: *Pintura Renacentista.*

El mismo. Estoy aquí.

Le sostengo la mirada con toda la calma que puedo fingir. Y ahora, de cerca, veo que sus ojos no son solo verdes y ya. Son de un verde profundo, brillante, casi imposible. Ese color que contrasta muy bien con su cabello castaño y ondulado.

Es hermosa. Pero eso ya lo sabía. Lo que desconocía era que su presencia, tan cerca en persona, iba a sentirse así. Como si todo en mí se reacomodara para enfocarse en ella.

Y no es solo su belleza. Es la intriga. La sensación de que detrás de esa pose regia hay un mundo entero que espera ser descubierto. Un corazón grande escondido detrás de capas que no cualquiera puede descifrar. Ella es más que una cara bonita. Puedo sentirlo.

El momento dura apenas unos segundos, pero en mi mente es una sinfonía completa. Ella parpadea y rompe el contacto cuando la profesora menciona su nombre. Baja la mirada hacia la libreta como si allí estuviera escrita la fórmula del universo.

Sonrío. Pequeño, casi invisible. Gané el *primer round*.

Me siento al fondo del salón. El típico lugar del «chico nuevo», solo y apartado. Perfecto. Tengo el ángulo ideal para observarla.

La ironía casi me hace reír.

Hace dos meses, ella me fotografiaba de lejos, trataba de capturar a un desconocido que creía que nunca volvería a ver. Ahora, estoy a pocos metros, y ella es quien tiene el misterio en el rostro. Se pregunta: ¿Quién eres? ¿Qué haces aquí?

Lo que ella no sabe, y lo que nadie sabe, es que yo la vi primero.

Ese miércoles de junio, entré al café para refugiarme del calor. Y allí estaba ella. No afuera, sino sentada en una mesa al fondo, completamente absorta. Escribía en una libreta con una intensidad que me detuvo en seco. No posaba para nadie; estaba dentro de su propio mundo, con un capuchino con una nota escrita en el vaso que decía «Mia - Capuchino» a medio terminar al lado.

La miré un segundo más de lo debido, fascinado por esa versión de ella que parecía tan real. No fue su belleza lo que me detuvo. Fue esa concentración. Esa forma de aislarse del mundo. Me causó una intriga inmediata.

Me acerqué al mostrador para pedir, pero al meter la mano en el bolsillo, el corazón se me cayó al suelo. Había dejado la cartera en

casa. Tuve que salir de allí a toda prisa, frustrado, sin siquiera haberle podido decir nada.

Media hora después, regresé con el dinero, decidido a entrar de nuevo. Fue entonces cuando la vi por segunda vez, afuera del local, mientras hablaba por teléfono. Pasé de largo, fingí que no me importaba, que no la veía, aunque cada fibra de mi cuerpo quería detenerse.

Entré, pedí mi café y tomé asiento. Saqué el celular y empecé a escribir notas sueltas, pensamientos inconclusos. Estuve más de una hora así. Luego, navegué sin rumbo por las redes y fue entonces cuando la vi.

La publicación. La foto. Mi espalda. Era yo.

Vi su publicación viral y la curiosidad me golpeó de lleno. Durante esos dos meses de planificación y silencio, no pude evitar buscarla. Necesitaba recordar su cara, la de la chica que me robó el aliento en un solo instante. Cuando descubrí que asistía a este colegio, y que yo tenía una oportunidad de entrar, todo encajó.

Por eso estoy aquí. Por eso esperé.

Porque su búsqueda viral falló. Ella buscaba una foto, una sombra. Y yo espero el encuentro verdadero. Ese donde no le quede más remedio que verme.

La profesora comienza a repartir los sílabos del semestre. La clase baja el volumen y yo intento concentrarme en mi cuaderno. Lo intento. Pero mis ojos regresan una y otra vez a la nuca de Mia. A su cabello cayendo suave sobre la camiseta. A la línea de su espalda. A su cercanía.

Ella está a un metro y medio de mi destino. Y ahora que llegué, sé que la espera terminó. Ella piensa que aquel día yo no la noté. Lo que no sabe es que la vi dos veces. La vi cuando creía que nadie la observaba y la vi cuando intentaba que todo el mundo lo hiciera.

Miro mi cuaderno y escribo una frase que siempre me repito, una frase que mi mamá decía mucho: «El amor no se busca. Se reconoce».

Y yo ya la reconocí. Solo necesito que ella me reconozca a mí.

PERSÍGUEME

Mia

¿Conocen ese cosquilleo que te recorre el cuerpo sin permiso? Esa corriente eléctrica que te sacude el pecho, las manos… todo.

Eso es exactamente lo que siento.

Son apenas unos segundos, pero se sienten como una eternidad. Nuestras miradas se conectan y, juro por mi mejor bolso, que el tiempo se detiene. Es la mirada que busqué durante dos meses en cada esquina del pueblo y que nunca encontré. No es un vistazo rápido; es un contacto sostenido, pesado, casi incómodo. Como si estuviéramos en un duelo silencioso para ver quién parpadea primero.

Y yo, la autoproclamada reina del control, me quedo ahí, paralizada como un mimo.

Escucho risas tímidas a mi alrededor y algunos saludos de otros compañeros, pero sigo congelada, con mis ojos verdes clavados en los suyos.

—¿Mia? —la voz de la profesora me trae de vuelta.

—¿Sí? —suelto, saliendo del trance de golpe.

—Ya puedes girarte hacia el frente, gracias.

Trágame tierra. Trágame, escúpeme en Marte y déjame allá. Todos están ya de frente, listos para la clase. Todos menos yo, que parezco una acosadora profesional.

Tardo un segundo de más en reaccionar. Solo uno. El suficiente para notar que él tampoco ha dejado de mirarme. Obedezco, con las

mejillas ardiendo, y antes de girarme alcanzo a ver como Sara se aguanta la risa.

Algo me pasa y no es normal. No soy yo. Esta no es la Mia decidida, confiada y coqueta que desayuna seguridad. Mientras la profesora habla de créditos y asistencias, mi mente es un caos: él no tiene por qué saber lo de la publicación. No tiene por qué saber que lo llamaste «pintura». No tiene por qué importar... Pero importa. A las millas se nota que importa.

Trato de recomponerme. Me recuerdo que tengo un novio guapo, popular y capitán. Listo. Se acabó la tontería. Este chico nuevo no tiene por qué hacerme temblar.

No.

No.

Y mil veces no.

—¿Mia? —otra vez la voz, pero esta vez es Sara.

—¿Ah?

—Ya terminó la clase, *lady galaxia*. Podemos irnos. —me dice.

El salón está casi vacío. Siento su presencia antes de verlo. Es como si el aire cambiara de densidad cuando él camina cerca. Pasa por mi lado para salir y yo ni siquiera me atrevo a respirar fuerte.

—¿Estás bien? —me pregunta Sara cuando él se aleja.

—¿Te digo? Acércate —le pido. Ella inclina la cabeza, lista para el chisme.

Como le gusta el chisme. Como *nos* gusta.

—Es él, Sara.

—¿Quién?

—O sea… él. El de la foto. El más buscado.

—¿*Ugh*? Espera… ¿la pintura? —susurra. Sus ojos se abren—. ¡NO! ¡NO! ¡No me digas!

—Que sí. ¡Es él!

—¡*Wow*! Tienes que hacer una nueva publicación con #pinturaencontrada —se burla.

—Muy graciosa —bufo—. Estoy que me da un patatús de los nervios. ¿Cómo esperas que haga una publicación?

—Entendible —dice—. El niño es un postre.

—Ya lo sé —murmuro—. Pero recuerda que estoy con Seba.

Sara pone esa mueca de «tu novio es aburrido» que tanto me choca.

—Desde hoy, oficialmente, soy *Team Pintura* —sentencia ella.

La ignoro y seguimos con el día. Intento que mi corazón vuelva a su ritmo normal, pero es inútil. En el almuerzo lo busco con la mirada, pero no aparece. Mejor así. No estoy lista para otro cortocircuito cerebral. Seba pasa el recreo con su equipo; ambos acordamos no ser la típica pareja empalagosa, lo cual hoy agradezco muchas veces.

Más tarde, nos encontramos con Laura, otra amiga nuestra, que es un año menor.

—¡Hola, chicas! —saluda Lau—. De regreso a la rutina, qué horror.

—Horror total —secunda Sara.

—Ni tanto. Extrañaba un poco la escuela —digo.

—Yo un poco también. Oigan, ¿qué club van a escoger? —pregunta Lau.

—Yo... estoy pensando en el de escritura —suelto. Ellas me miran como si me hubiera salido una segunda cabeza—. Quiero intentar mi lado artístico. Ya saben que escribo mis cositas.

—¿En serio, Mia? ¿Escritura?

—Sí —respondo decidida—. ¿Y ustedes?

—Ajedrez —dice Sara.

—Club de baile, obvio —dice Lau.

Las tres reímos. Entonces, Sara aprovecha para soltar la bomba:

—Lau… ¿sabes qué? Mia encontró a su pintura.

—¿QUÉ? —Lau grita bajito—. No. No-no-no. ¿Dónde? ¿Cuándo?

—Aquí —respondo—. Es becado. Y es... impactante.

Lau queda boquiabierta, no puede creer semejante coincidencia. El recreo pasa entre chismes, clubes y exageraciones típicas de Lau. La tarde continúa tranquila hasta regresar al salón.

Él está ahí.

Al pasar por mi escritorio, estoy segura de que me mira. Sí. Me mira. Y lo siento. No sonríe. No saluda. Solo me observa como si tratara de descifrar mi código de barras. ¿Por qué me pone tan nerviosa si yo soy la que debería tener el poder aquí?

Pero nada más pasa. Termina el día y procedo a despedirme de las chicas y de Seba, que tiene práctica de fútbol. Le tiro un beso y me voy para mi casa.

Allí encuentro una nota de mamá. Tengo que ir al súper con Alberto. Pésima idea. Mi hermano es un pesado.

—¡Alberto! ¡Tenemos que ir al supermercado! —le grito a mi hermano.

—¡Ve tú!

—¡No voy a cargar todo sola!

—¡Haz lo que quieras! —me responde desde su cuarto.

¿Lo que quiera? Se me forma una sonrisa criminal. Pobre iluso.

Voy al armario, tomo la copia de sus llaves y salgo. A Alberto le da un infarto si toco su carro, pero hoy no tengo paciencia. Se le olvida que aunque no tengo carro propio, ya tengo mi licencia de conducir.

Con una sonrisa criminal, salgo, enciendo el auto, subo la música y arranco. Tengo licencia y estoy en ley, pero a Alberto no le gusta

prestarme su carro. El día brilla la música está alta, las ventanas abajo. Me siento libre.

Pero la libertad dura poco.

Me pierdo y me equivoco de salida. El pueblo desaparece y, para colmo, la aguja de la temperatura sube como loca hacia el rojo.

—¡No, no, no! —grito—. Alberto me va a enterrar viva.

Encuentro una farmacia y me indican un taller cerca. Llego a un lugar pequeño, humilde, de madera y zinc. Me bajo temblando, trato de mantener la pose de «chica que sabe lo que hace».

—Buenas tardes, joven —dice un señor mayor—. ¿En qué puedo ayudar?

—El carro se está calentando. —Señalo el bonete.

—Uy. Eso es serio. Aléjate un poco. —El mecánico lo abre y sale una nube de humo—. ¡Lucas! ¡Ven a darme una mano aquí!

El corazón se me cae al piso y rebota. No puede ser tanto destino junto. No es posible.

—Hola, Mia —dice él, pasa a mi lado como si yo no estuviera en plena combustión interna.

Dice mi nombre con una naturalidad que me deja sin aire. Como si ya me conociera. Como si mi nombre fuera su palabra favorita. Otra vez, la corriente eléctrica me atraviesa.

Ahí está. La Pintura Renacentista en un taller mecánico. Bajo el sol, con una sudadera manchada de grasa, las manos aceitosas y esa mirada tranquila que me descoloca. No tiene prisa.

Y yo... yo me derrito más rápido que el motor del carro solo porque sabe quién soy.

ENCUÉNTRAME

Lucas

La mañana es un caos de papeles, caras nuevas y la frustración constante de no poder hablarle. Un primer día de *senior* normal… excepto por el detalle de que mi destino está sentado a pocos metros, tan confundida como yo.

Gané la primera batalla. Me reconoció. Vi ese pequeño *shock* en sus ojos verdes, la misma electricidad que sentí en el café. Esos segundos en el aula fueron la confirmación que necesitaba; la conexión existe y ella la sintió. Intentar mantener la calma cuando la profesora tuvo que llamarle la atención fue casi imposible. La Pintura Renacentista causó un colapso en la «Princesa Mia», y no voy a mentir, me fascina.

El resto del día pasa en una neblina de clases irrelevantes. Lo único real es la sensación persistente de su presencia en algún otro salón del edificio. No la busco en el almuerzo. No es miedo ni evasión; es estrategia. No quiero que nuestro primer encuentro real sea un choque torpe en la cafetería entre bandejas de comida y gritos. El juego es lento. Tiene que serlo.

Volvemos a coincidir en la última clase. Camino hacia mi escritorio en la parte de atrás e, inevitablemente, paso por el suyo. Levanto la vista apenas un segundo. Una mirada directa, precisa e intencional. Sé que la sintió. Mi forma silenciosa de recordarle que el misterio sigue aquí, que respira justo detrás de ella.

No pasa nada más. No todavía. Solo la tensión que ella se lleva consigo al sonar la campana. El juego es lento, me repito.

Apenas termina el día, me despido de mi compañero de asiento y salgo del edificio. Mientras muchos corren a las prácticas deportivas, yo camino en dirección contraria para tomar el bus, hacia las afueras del pueblo.

La beca cubre la matrícula, pero la vida no se paga sola. Mi papá tiene un pequeño taller de mecánica; vivo con él y trabajo allí todas las tardes. Lo que hay aquí es grasa, metal, herramientas viejas y ese olor penetrante a gasolina. Es un mundo a años luz de los pasillos de la escuela, y me gusta. Me mantiene real.

Llego, suelto la mochila y me pongo la camiseta de trabajo, esa que ya tiene un mapa de manchas de aceite.

—¿Qué tal el primer día de tu último año? —pregunta papá, luchando por abrir el bonete de un sedán viejo.

—Interesante —respondo al recordar unos ojos verdes que no me dejan en paz.

La tarde avanza. El aire caliente hace vibrar el olor del metal y el asfalto. Entonces lo escucho: un motor agonizando, un sonido metálico que pide clemencia. Miro hacia la entrada justo cuando un Toyota gris entra lento, despidiendo una columna de humo blanco. Esto no es bueno.

El auto se detiene. El motor se apaga con un golpe seco. La puerta se abre. Y mi corazón, que estaba tranquilo hace un segundo, da una voltereta completa.

Ella. Mia.

Está de pie frente a un carro medio muerto, un poco despeinada, con el ceño fruncido y esa vulnerabilidad de quien está fuera de su elemento y ha aterrizado forzosamente en el mío. La electricidad me golpea fuerte. Esto no es casualidad; el universo decidió que el «juego lento» necesitaba un giro dramático, y yo estoy más que listo para recibirlo.

Papá se acerca primero.

—Buenas tardes, joven. ¿En qué puedo ayudar?

Ella responde, y su voz suena distinta aquí. Más suave que en los pasillos. Más humana.

—¡Lucas! ¡Ven y dame una mano! —grita papá.

Mi señal. Momento de hacer mi entrada triunfal.

Me acerco a la vez que me limpio las manos con un trapo viejo, aunque la grasa ya es parte de mi piel, y paso por su lado. Ella se queda petrificada. Abre los ojos, trata de procesar la imagen imposible: la «Pintura Renacentista» convertida en un mecánico de barrio cubierto de hollín.

Sonrío. Una sonrisa honesta, no la de una portada de revista, sino la de alguien que sabe que tiene todas las de ganar.

—Hola, Mia.

Camino hacia el carro sin darle tiempo a reaccionar. Porque si la miro un segundo más de cerca, se me va a notar en la cara que ella es la única pieza que me faltaba para que todo encajara.

Ya ella me reconoció en el salón. Ahora me toca a mí salvar su carro… y, con el tiempo, empezar a desarmar sus defensas y ganar su corazón.

ATRÁPAME

Mia

¿Creen en el destino? ¿Se lo han preguntado alguna vez? Porque yo siempre fui una escéptica de primera, pero hoy... hoy diría que existe. Los libros y las películas no se equivocaban; a veces el universo decide mover los hilos por ti.

El carro de mi hermano se rinde justo cuando me lo «llevo prestado» y termino varada en un taller que no conocía. ¿Y quién es el que sale a recibirme entre nubes de humo? Nada más y nada menos que la Pintura Renacentista.

¿Coincidencia o destino? Ustedes deciden.

Lucas pasa por mi lado cuando dice mi nombre, pero no me mira. Me deja ahí, congelada, incapaz de articular palabra mientras lo observo trabajar con el mecánico.

—Luc, ¿qué hacemos con un motor así de caliente? —pregunta el señor.

—Esperar veinte o treinta minutos a que se enfríe —responde Lucas con una calma que me desespera.

—Correcto. Vamos a levantar el bonete con cuidado para que respire.

—Sí, papá.

Los miro embobada. ¡Es su papá! Hay algo extrañamente tierno, y muy atractivo, en verlos trabajar juntos. El mecánico se acerca a mí con una amabilidad que me descoloca.

—Joven, puede esperar en la oficina si desea. Hay aire acondicionado.

—Gracias, muy amable —respondo, tratando de recuperar mi dignidad.

Camino hacia la oficina con paso lento, lo suficiente para escuchar el cuchicheo que viene de los autos.

—¿Mirando a la chica, Luc? —suelta el padre con tono burlón.

—Nada que ver —susurra Lucas.

—No le mientas a tu viejo con tanto descaro. Deja de mirarla y enfócate.

¡Me está mirando! El corazón me da un vuelco. Me encuentra tan atractiva como yo a él. Esto merece un reporte urgente para Sara, pero por ahora me toca esperar.

El tiempo pasa mientras el taller se llena de autos y clientes. Escucho que algunos murmuran que el papá de Lucas es el mejor mecánico del barrio. Al menos eso me tranquiliza un poco.

No sé si llamar a Alberto, a mamá o esperar el diagnóstico. Las manos me sudan, el corazón se me acelera. Miro hacia afuera y veo como Lucas y su padre trabajan mientras el carro se enfría.

Media hora después, mi paciencia, que nunca ha sido mucha, se agota. Salgo de la oficina justo cuando el padre de Lucas termina de hablar con otro cliente. Escucho cómo presume de su hijo, de lo orgulloso que está de su beca.

—¡Cierto! Mi Luc ha sido becado en la mejor escuela del pueblo. Ahora debe levantarse más temprano.

—¡Qué gran noticia, felicidades!

El señor mecánico se gira hacia mí con el diagnóstico.

—Joven, tienes un Toyota Corolla modelo S del 2005, de 1.8 litros, 4 cilindros y automático. Hemos esperado a que se enfriara y removimos el tapón del radiador. En efecto, ha perdido mucho anticongelante.

Me habla en un idioma alienígena.

—Nuestro diagnóstico es que el radiador está roto y hay que cambiarlo.

—Oh… ¿es eso muy malo? ¿Tendrá arreglo ahora mismo? Necesito llegar a casa o si no me matarán —respondo, intento no sonar tan asustada como me siento.

—Difícil. Mañana lo podemos trabajar, pero el carro se queda aquí. Si lo mueves así, vas a fundir el motor.

Me quedo en blanco. Estoy muerta. Alberto me va a usar de alfombra.

—¿No puedes llamar a alguien para que te recoja? —pregunta el mecánico.

Pienso en mamá, en Seba, en Sara... pero mis ojos se clavan en Lucas. Él me devuelve la mirada y, por un segundo, no hace falta decir nada. Hay un entendimiento mudo entre nosotros que me eriza la piel.

—Padre, ¿qué tal si la llevo a su casa? Es mi compañera de clases —suelta Lucas de repente.

Mi corazón hace algo raro. El mecánico frunce el ceño, evaluando la situación.

—Puede ser. ¿Dónde vive, joven? —pregunta.

—No muy cerca, pero tampoco tan lejos —respondo de forma torpe y evasiva.

—Eso no suena muy convincente —dice el señor entre risas—. Bueno, Luc, llévate el celular y guía con cuidado.

—Sí, señor —responde Lucas.

El mecánico vuelve conmigo.

—Y usted, joven, la espero mañana para recoger el auto con un adulto. Son ciento veinte dólares por el radiador y setenta y cinco por la instalación. Me apunta aquí su número de teléfono, por favor.

Me entrega el papel con el estimado. Me sudan las manos. De verdad me sudan mientras escribo el número.

—Seguro. Gracias mil —digo, intento sonar normal.

Lucas me hace un gesto con la cabeza hacia un Honda Accord dorado viejo. Me subo y el olor a taller se mezcla con algo más... ¿es su perfume? Me abre la puerta desde dentro antes de que yo llegue. Lo noto nervioso, y eso me da la chispa de poder que necesitaba. ¿Es por mi presencia? ¿Es su primera vez guiando con alguien? ¿O es el destino el que nos juega un chiste?

Si él supiera que a mí también me sudan las manos…

—Acomódate el cinturón. Tranquila, que guío muy bien —dice Lucas, con una sonrisa ligera.

—Eso veremos —respondo, intento sonar juguetona en lugar de aterrada por mi propia situación.

Me abrocho el cinturón. La cercanía de Lucas me dificulta mantener la concentración.

—La verdad es que no recuerdo muy bien cómo llegué hasta aquí… —miento un poco, enfocada en la ventana—. Pero una vez salgas del barrio y tomes la autopista, sal en la tercera salida y en la luz doblas a la izquierda. Debemos llegar en unos veinte minutos, más o menos.

Lucas maneja con cautela. El silencio se alarga. La tensión podría cortarse con un cuchillo. Él parece querer hacer preguntas, pero no se atreve. Yo estoy demasiado ocupada recordándome que soy segura de mí misma y no la chica torpe que se queda varada en un taller mecánico.

El sonido del motor es lo único constante y cada semáforo se siente más largo de lo normal. Siento las rodillas rígidas, las manos apretadas sobre el bolso, y, aun así, soy consciente de cada pequeño movimiento suyo, de cómo cambia de marcha, cómo ajusta el volante y de cómo su respiración se vuelve un poco más profunda cuando se da cuenta de que lo observo de reojo.

No hablamos, pero tampoco es un silencio vacío. Es uno que pesa, que pregunta cosas que ninguno de los dos se atreve a decir todavía. El silencio se estira tanto que empiezo a preguntarme quién va a rendirse primero. Yo finjo calma y él parece fingir concentración en la carretera.

—Y cuéntame… —rompe por fin Lucas el silencio—. ¿Cómo terminaste en nuestro taller?

Doy gracias internamente porque haya sido él quien lo rompiera. Su voz suena más grave en el espacio cerrado del auto.

—Pues… iba para el supermercado, pero me pasé de la salida. Me perdí y el carro decidió que era buen momento para morir. Un cajero de una farmacia me dijo que había un taller cerca. Y así fue que llegué.

—Oh. ¿Y es la primera vez que pasas por esta área? —pregunta con una curiosidad bastante sincera.

—Sí. Nunca había estado por acá. Es muy diferente a donde vivo, la verdad. Todo muy nuevo para mí.

—Sí, es otro mundo. Aunque apenas me estoy adaptando a la escuela. ¿Qué tal tu primer día? ¿Se te hizo corto? ¿Largo?

—Pasable —digo, y no puedo evitar el toque de coquetería—. Lo más memorable fue el final de la tarde.

Lucas me mira de reojo, arquea una ceja, creo que entiende mi indirecta.

—¿El tráfico?

—No. Ver al nuevo becado del salón —suelto, siento cómo mi corazón martillea contra mis costillas—. Se nota que vas a ser muy popular entre las chicas, Lucas.

Él sonríe de verdad y, Dios, qué sonrisa.

—Conocí a varios compañeros. Me cayeron bien. —Hace una pausa y me mira un segundo—. Y sí… te incluyo a ti.

Me sonrojo. ¿Me incluye? Si apenas hemos hablado hasta ahora.

Continuamos hasta una bajada que lleva a una fila de casas pegadas una a la otra. Ya casi estamos. Y ahora no sé cómo hacer para que no se termine. Quiero seguir hablando con él. Me intriga. Él no habla mucho, pero no es tímido; es cauteloso. Me gusta eso.

—Aquí está bien. Ya estoy cerca de casa. Camino lo que falta. Muchas gracias, te lo agradezco mucho. De verdad que has sido muy amable —digo.

—¿Segura? ¿No quieres que te deje frente a la casa? —pregunta, bajando la velocidad del auto.

—Es que… me harán preguntas y… —tartamudeo como una tonta. Me odio por eso muchas veces.

—Ah, sí. Te entiendo. ¿Ese era tu auto o el de alguien más? —pregunta, como tanteando mi honestidad.

—El de mi hermano… que me llevé sin permiso…

—No digas más —ríe con una risa profunda y corta—. Tu secreto está a salvo conmigo. Nos vemos mañana.

—Gracias. Nos vemos mañana, Lucas.

Sonreímos y siento cómo mi piel se eriza. Qué sonrisa tan hermosa tiene. Hay un segundo en el que ninguno se mueve. Como si ambos esperáramos algo más… o decidiéramos no hacerlo.

Pero nada pasa.

Salgo del auto y le hago un gesto de despedida. Espero a que se aleje lo suficiente antes de moverme. Camino hacia mi casa pensando cómo demonios le voy a explicar a Alberto lo que pasó. A mitad del camino recuerdo revisar mi teléfono.

Oh, no.

Lo tengo en silencio. Nueve llamadas perdidas de Alberto. ¡Nueve! Soy niña muerta hoy.

En ese momento escucho pasos detrás de mí. ¿Me siguen? No miro; acelero. La otra persona acelera más.

—¡Pero mira a qué pez acabo de pescar! —dice una voz masculina muy familiar.

Me congelo y me giro con lentitud. Mierda. Es Alberto.

—Alberto, yo…

—Alberto, nada. ¿Dónde está el carro que me robaste?

—Ese carro tuyo es una batata. Me dejó a pie.

—¡Claro que te dejó a pie! Aún hay que hacerle arreglos y solo yo lo entiendo. ¿Qué le hiciste?

—Está en un taller. Mañana lo tendrás.

—¡Ese carro no lo puede arreglar cualquiera! ¡Yo tengo mi propio mecánico de confianza!

—Pues lo llevas a tu mecánico después. Esa porquería rompió una pieza y ahora tenemos que pagar casi doscientos dólares.

—¿Tenemos? Perdóname… ¿quién fue la que lo rompió? Solo espera a que mamá se entere de esto.

—¡No, así no! Yo le explico.

Pero Alberto ya camina, decidido, hacia la casa.

—¡Alberto! ¡No lo hagas! ¡Alberto! —grito.

Él solo sonríe como villano de novela y acelera el paso. Corro detrás, intento alcanzarlo, pero llega primero.

—¡Madre! —grita apenas entra—. Mia se robó mi carro y lo dejó tirado. Está en un taller que ni sabe dónde es, y tiene que pagar doscientos dólares. Y llegó acompañada de un chico raro que no es Seba. ¡Regáñala!

Me quedo sin aire. Traidor.

—Mia… —dice mamá con una infinita paciencia—. ¿Explicación?

—Yo… solo… ¿vi la nota en la que me pedías que fuera al supermercado? —sonrío, intento comprar tiempo.

Mamá suspira. Me regaña por usar el carro sin permiso y por perderme, preocupada por mi seguridad. Se calma cuando le digo que el chico es el nuevo becado. Me da los doscientos dólares y me dice que mañana iremos Alberto y yo a recoger el auto. Todo depende de si Sara puede llevarnos después de la escuela.

Le escribo a Sara para contarle lo sucedido con Lucas. La coincidencia del día. No para de escribirme:

«¡Es el destino!»
«¡Es el destino!»
«¡Es el destino!»

Una y otra vez. Y ¿saben qué? Por más que lo pienso… ¿será cosa del destino nuestro encuentro? Mañana lo sabré.

PROTÉGEME

Lucas

La tela del asiento de mi Honda Accord dorado todavía huele a su perfume. Es un aroma ligero, floral, ajeno al olor a aceite, metal y caucho quemado que forma parte de mis tardes.

Dejé a Mia en la bajada de su calle, el punto más alejado de las casas, para darle la coartada que necesitaba. Me pidió que guardara un secreto: lo del carro de su hermano. Un favor sencillo que, sin que ella se diera cuenta, se convirtió en nuestro primer pacto silencioso. Una pequeña conexión «ilegal» entre la princesa y el mecánico.

El volante se siente distinto en mis manos ahora que regreso solo al taller. La electricidad que sentí al verla allí todavía me recorre la columna, mezclada con una dosis pura de adrenalina.

Había imaginado este encuentro para el futuro, con una estrategia pulida, pero el destino se adelantó y me lanzó la carta principal sin avisar, justo en la boca del lobo. La conexión es real, y el universo acaba de estrellar su mundo contra el mío. Esto no es un simple capricho; es un desafío de los grandes.

Llego al taller y encuentro a mi padre cerrando el bonete de un sedán.

—¿Todo bien, Luc? ¿Llegó segura? —pregunta mientras se limpia la grasa de los nudillos con un trapo viejo.

—Sí, papá. Vive en Mansiones del Parque, después de la autopista.

Mi padre me observa con esa sabiduría pesada que no necesita adornos. No es desaprobación, es advertencia.

—Mmm… solo recuerda por qué estás en ese colegio, Lucas. No pierdas el norte.

—Lo sé, papá. La beca. Los libros. La universidad.

—Exacto. No quiero que te distraigas con chicas que solo buscan un juguete nuevo para pasar el rato.

—No creo que sea mala persona —respondo, trato de defenderla sin ser obvio—. Es la chica «top» del salón, pero hay algo más ahí.

—Sí… pero mi sexto sentido no falla —sentencia él—. Sé inteligente y mantén tu distancia. Tu corazón es más grande que tu cuenta de ahorros, y esta vez necesito que tu beca sea más grande que tu corazón.

—Mi corazón está bien protegido, papá —miento, porque sé que camino por la cuerda floja.

Ayudo a mi padre a cerrar el taller, pero mi mente sigue en el Accord. En su sonrisa nerviosa. En cómo tartamudeó al admitir que era el auto de su hermano. Sentí una necesidad absurda de proteger su secreto. Intento no pensarlo más. Mañana será otro día.

A la mañana siguiente, el sol cae pesado. Me levanto con la disciplina de siempre: ropa limpia pero sencilla, mochila organizada y la mente en modo supervivencia. Hoy es el día para confirmar los clubes, y todavía me debato entre dos mundos, si ajedrez o escritura.

Camino hasta la parada del bus. No tengo carro propio, solo uso el de mi padre cuando es justo y necesario, como en la tarde de ayer, claro. Esa es mi realidad.

Llego a la escuela y los pasillos son un caos de gritos y hormonas. Me mantengo al margen, registro cada movimiento, cada jerarquía social. Voy a mi salón para dejar la mochila y, entonces, la veo.

Mia está justo en la entrada, pero no está sola. Está con un chico que parece el prototipo de todo lo que yo no soy: alto, deportista, con esa mandíbula cuadrada que grita «seguridad». El epítome del éxito escolar. Ella gira la cabeza y nuestras miradas se cruzan por un instante

fugaz. Un segundo. Suficiente para confirmar que ella también recuerda nuestro encuentro de ayer.

Y, entonces, ocurre el golpe de realidad. Él se inclina y la besa. No es un beso tímido; la sujeta por la cintura con una posesión natural, y ella le responde con la misma fluidez. Siento un impacto seco en el estómago, como si me hubieran quitado el aire de golpe.

Esa es su realidad. Su «ahora».

Bajo la mirada y camino hacia mi escritorio, al fondo, el mismo rincón de ayer. No me detengo. No la miro. Soy solo el becado que acaba de ver a la chica que le gusta en los brazos del capitán. Pero mi mente, a diferencia de mis pies, está en guerra. Esa chica que besa al atleta es la misma que tartamudeaba en mi auto ayer por la tarde.

Bien, Lucas. El juego se acaba de poner serio.

Me siento en mi escritorio y saco la libreta. Ya no es suficiente con esperar; necesito un plan de infiltración. Si su mundo está cerrado por ese chico, tendré que encontrar una grieta donde él no pueda entrar.

Reviso mi hoja de inscripción a clubes. ¿En cuál estará ella? Lo lógico sería el de baile, con el resto de las populares. Pero entonces recuerdo aquel miércoles en el café... la vi escribiendo con una concentración casi sagrada. ¿Y si por una casualidad imposible ella buscara lo mismo que yo?

Escritura.

Si el destino quiere seguir jugando, ese es el tablero donde quiero mover mi siguiente pieza. Ella debe estar buscando algo que

el capitán no puede darle, y yo tengo la sospecha de que, lo que busca, es justo lo que yo tengo para ofrecer.

DESCÚBREME

Mia

Cualquier chica que tenga de novio a uno de los más guapos y populares de la escuela seguro sueña con que él la busque todas las mañanas para llegar juntos a clase. Y yo soy esa chica.

Es probable que se imaginen la escena perfecta: yo salgo radiante, él me abre la puerta con una sonrisa de comercial y un beso apasionado de buenos días. Suena hermoso, ¿no?

Lástima que nuestra realidad incluya a Alberto.

Esa mañana, el auto de Seba no es un nido de amor, es una sala de espera. Alberto viene incluido en el paquete por culpa del auto que le dañé, y tenerlo ahí es puro martirio. De camino a la escuela pasamos por la tienda de cómics donde él trabaja. Es dos años mayor que yo, estudia Finanzas y tiene un trabajo de medio tiempo. Y, como ya saben, por el auto dañado que me llevé sin permiso, ahora me toca cargar con él.

—¿Y qué, Seba? ¿Aún no te cansas de mi hermana? —suelta Alberto, como siempre, hablando estupideces.

Seba se ríe. Yo le lanzo una mirada que podría derretir acero y él se compone rápido. Fueron los diez minutos más tediosos de mi vida. Al dejarlo en la tienda de cómics donde trabaja, me grita:

—¡Recuerda recogerme para ir a por el carro que me robaste!

—Sí, sí… lo que digas —ruedo los ojos.

Ya a solas con Seba, el ambiente se relaja.

—Bebé, hoy tampoco vamos a poder vernos por la tarde. Ya empiezo a extrañarte —dice él.

No me encanta que me diga «bebé», pero me lo trago porque sé que lo dice con cariño. Lo malo es que a mí no me sale devolvérselo.

—Lo sé. Entre tus prácticas y el lío del carro, estamos un poco alejados…

—¿Y si este fin de semana nos vamos lejos? —pregunta de repente—. A quedarnos por allá, tú y yo.

—A… ¿a quedarnos a dormir? —balbuceo, sorprendida.

—Sí, solo si quieres y te sientes cómoda.

Me quedo muda. ¿A dormir fuera? ¿Solos? Siento un vuelco, pero no sé si es emoción o pánico. Hay mucha atracción, claro, ¿pero estoy lista para ese nivel de intimidad? A veces me pregunto si soy incapaz de amar o si solo no he encontrado la razón para hacerlo.

Llegamos a la escuela. Seba me toma de la mano con esa seguridad de capitán mientras saluda a medio mundo. Me acompaña hasta mi salón y se inclina. Sé lo que viene. Pero justo cuando voy a cerrar los ojos, lo veo a él. Lucas.

«Oh, no. No me mires ahora», pienso como una boba.

Demasiado tarde. Seba me besa y yo correspondo por inercia, siento la mirada de Lucas pasar sobre nosotros como una ráfaga de aire frío.

—Piénsalo —susurra Seba antes de irse.

Se aleja hacia su salón mientras Lucas pasa a mi lado, entrando en silencio. Suspiro. Yo también entro y me siento junto a Sara.

—¡Hola! —saluda ella.

—Buenos días. Oye, necesito un favorcito hoy —digo.

—Cuéntame.

—¿Me llevas a buscar el auto de Alberto? Bueno… a los dos.

Sara abre los ojos.

—¿Con tu her… ma… no también? —tartamudea.

—¡No me digas que todavía te gusta! *Ew*, ¿qué le ves?

—No sé… lo encuentro atractivo y me pongo nerviosa.

—*Ew.* Atractivo, *ew*. Es un odioso. ¿Me haces ese favor?

—Está bien, todo por mi mejor amiga.

—¡Eres la mejor!

El día comienza como cualquier otro, pero hoy es especial: inician los clubes. Yo me anoto en el de escritura, así que Sara y yo nos separamos.

Camino por los pasillos sin dejar de observar a los estudiantes: algunos se cambian de clases, felices, otros apagados, otros en grupos: los deportistas, los bailarines, quienes siguen una estética particular y también quienes enfrentan barreras físicas o mentales. Somos diversos, distintos, un mundo lleno de matices. Me encanta verlo y algún día también escribir sobre ello.

Con ese pensamiento me dirijo al club de escritura. Quiero diversificar, reflexionar y escribir sobre temas interesantes y poco explorados. Estoy lista para aprender y compartir ideas mientras mejoro mi ortografía y mis técnicas para transmitir un mensaje.

Entro al salón con entusiasmo y lo encuentro vacío. Tal y como Laura había dicho: soy la única. Mejor así.

La profesora llega y se presenta como la Sra. Ortiz. Para mi sorpresa, me indica que hay otra persona inscrita.

Para mi doble sorpresa, entra en ese momento y es nada más y nada menos que Lucas. ¿Casualidad o destino?

Lucas saluda y se sienta justo a mi derecha. El aire en el salón se vuelve pesado de repente.

—Hola —susurro.

—Hola —responde él, y su voz me vibra en los huesos.

La profesora Ortiz no pierde el tiempo.

—Bien, bienvenidos al club de escritura —dice mientras escribe en la pizarra—. No soy la típica maestra que pierde el primer día con presentaciones. Eso lo descubriremos durante el semestre. Hoy comenzaremos con algo sencillo.

Nos explica que tenemos treinta minutos para crear un párrafo de no más de diez oraciones basado en un disparador. Quiere ver creatividad, imaginación, motivación y rapidez.

En la pizarra escribe: «El café es un placer personal y un disparador intelectual».

—¿Solo eso? —pregunto.

—Sí, solo esa oración —responde—. ¿Qué logran crear a partir de eso?

—¿Debemos integrar palabra por palabra? —pregunta Lucas.

—No, no es necesario. Pero lo puedes hacer si quieres.

Miro a Lucas que, con rapidez, comienza a escribir. Está concentrado por completo, tan intenso que no nota que lo observo. Verlo así me lleva de vuelta al recuerdo del verano, de nuestro encuentro, no tan encuentro, en aquel café. Aquel día que escribía disparates de lo que es y no es amor. Así que pienso en la palabra café y amor y comienzo a escribir.

Pasada la media hora…

—¿Terminaron? —pregunta la profesora—. Bien, compartamos lo que escribieron.

—¿Qué? ¿Tenemos que leerlo? —pregunto alarmada.

—Sí. Primera lección: confíen en sus escritos.

El terror. El nerviosismo me invade. ¿Tengo que leer en voz alta lo que acabo de escribir? Nunca he compartido mis escritos. Son míos, íntimos. Sé que en algún momento tendré que hacerlo, pero no tan rápido y mucho menos en mi primer día.

La profesora y Lucas me miran, esperando. No tengo escapatoria.

Me trago mis nervios por un momento, suspiro y me levanto a leer:

«Se dice que el amor es ese sentimiento de afecto universal que se tiene hacia una persona y se expresa a través de acciones. Se dice también que el amor puede comenzar con una atracción, con un placer y con palabras intelectuales. Pero ese último pensamiento también lo puedo utilizar para describir el café; así es mi amor por el mismo. Su aroma y su sabor me hacen viajar a un mundo inimaginable de aventuras al escribir. Un simple café puede invitar a crear grandes conversaciones y recuerdos memorables. El café es un compañero indispensable para hacer actividades tan simples como igual de complejas. El café es atracción, placer y brinda intelectualidad, la combinación perfecta para compartirlo solo o acompañado y guardar en nuestros archivos los mejores recuerdos. El café es una travesía».

—Muy bien, Mia. Buen comienzo —dice la profesora—. Tomaste una idea abstracta y la hiciste tuya. El café no es solo un objeto en tu texto, es una experiencia, un puente hacia la creatividad. Eso es difícil de lograr en tan pocas líneas.

Hace una breve pausa antes de continuar.

—Hay sensibilidad, imágenes claras y una intención definida. Eso se nota. Más adelante trabajaremos en pulir la concisión y en evitar repetir conceptos; pero, como primer ejercicio, es un muy buen comienzo.

Me mira por encima de sus espejuelos.

—Confía en lo que escribes. La escritura también es atreverse a mostrarse.

Regreso a mi asiento, nerviosa. No quiero mirar a ninguno de los dos. Pero sé que le toca el turno a Lucas, y dentro de todo, estoy deseosa de saber qué ha escrito.

—Lucas, ¿listo?

Él se levanta. El papel tiembla entre sus dedos. Ya no me siento sola en este proceso; él también está nervioso. Pero, tal y como yo

hice, inspira y comienza a leer:

«Todavía recuerdo aquella tarde de verano en que decidí pasar por un café, ese pequeño ritual que me devuelve la claridad. Para mí, el café es un placer personal y un disparador intelectual; una pausa necesaria en medio del ruido. Justo antes de entrar al establecimiento, la vi. Estaba afuera, de pie, hablando por teléfono. Su voz era baja, casi un murmullo, pero lo que realmente me detuvo fue su presencia: había algo en su expresión, en la forma en que gesticulaba con suavidad, que me hizo quedarme petrificado por su belleza en un instante.

Seguí mi camino como si nada. Pedí mi café, me senté cerca de la ventana y saqué mi celular para anotar lo sucedido. Quería guardar ese instante, aunque fuera absurdo hacerlo sobre alguien que ni siquiera me había visto… o eso creía. Cuando terminé de escribir, por inercia abrí las redes sociales y allí me detuve en seco. Una publicación reciente mostraba mi espalda, justo en el momento en que me acercaba al café. Una foto tomada desde afuera. Sentí un vuelco en el estómago. Ese día entendí que los encuentros inexplicables también existen: basta un café, un instante y una fotografía que nunca esperé encontrar».

¡Sorpresa! Lucas no despega la mirada del papel ni un segundo. Está nervioso, sí… pero yo estoy peor. Me quedo sin palabras. Trágame tierra, mil veces. Habla de mí. No hay duda. De esa tarde. De esa foto.

Y la parte que me hiela la sangre es descubrir que él se enteró del post viral. ¡Sabe que yo soy la responsable de todo! Trágame tierra otra vez.

Este niño intenta voltear mi mundo patas arriba. Escucharlo leer, con esa voz dulce pero firme, incluso a través de su nerviosismo, me deja cautivada. Y la historia… Dios mío, la historia que está contando.

No lo puedo creer. He sido expuesta por la misma persona a la que fotografié.

Yo, tan ilusa, pensaba que mi anonimato estaba intacto. Pero no. La vida, o el destino, tiene otros planes. Y nos sigue empujando uno hacia el otro, como si Sara tuviera razón desde el principio. ¿Puedo creer en algo así? Quizás. Siempre hay una primera vez.

—Lucas —dice la profesora con calma—, tu texto tiene una narrativa muy bien construida. Hay escena, hay ritmo y hay intención. No solo describes un momento, lo conviertes en una experiencia que atrapa. Eso es algo que no se enseña con facilidad.

Se acerca un poco al escritorio.

—Lograste algo poderoso: un recuerdo que parece real, íntimo, casi confesional. Eso conecta con quien escucha. Muy bien logrado.

Luego cambia levemente el tono.

—Sin embargo, excediste el límite de oraciones. Y eso no es un detalle menor —dice, apoya las manos sobre la mesa antes de continuar—. En escritura, el talento no compensa el no seguir instrucciones. En concursos, publicaciones o editoriales, una obra puede ser excelente y aun así ser descartada si no cumple con las normas. Las reglas existen para ponernos límites creativos, no para apagar la voz.

Lo mira fijamente.

—Tienes una voz interesante, Lucas. Ahora tu reto es aprender a domarla.

Lucas asiente y vuelve a sentarse sin mirarme.

—Gracias, profesora.

—Muy bien. Continuemos.

El silencio entre nosotros es evidente. Y en medio de ese silencio, la primera clase de escritura termina con una asignación: un relato de no más de quinientas palabras, de cualquier género.

Salimos del salón en silencio. Lucas no me mira y, por alguna razón, eso me incomoda más de lo que debería. Y yo no puedo dejarlo ir así.

—Lucas —lo llamo.

Se voltea enseguida, como si esperara el momento en que hablara.

—¿Entonces te gusta escribir? —pregunto.

—Sí, es un pasatiempo mío. —Sonríe con suavidad.

—¿Además de la mecánica?

—Sí —responde con una sonrisa suave.

—Genial. Me alegra que estemos juntos en el club de escritura.

—Creo que va a ser una buena experiencia estar en este club contigo.

—Sí… —respondo, nerviosa.

Entonces, pasa algo. Algo en su mirada cambia. Como si tomara una decisión. Como si reuniera valor. Mi corazón da un salto sin razón lógica.

Lucas se pasa una mano por la nuca, un gesto que lo hace ver tierno.

—Oye… Mia… yo… estaba pensando… —titubea antes de lanzarse y yo quiero salir corriendo—. ¿Te gustaría ir por un café conmigo un día? Si quieres… Me gustaría conocerte mejor.

Silencio. Mi cerebro se apaga por dos segundos completos.

Él me está invitando.
Él.
El del café.
El que escribió sobre mí.

Respira, Mia. Respira.

—Sí —respondo antes de que mi cerebro pueda procesar el riesgo y se arrepienta—. Me encantaría.

Su sonrisa; su sonrisa es el golpe final. Esa sonrisa es muy peligrosa.

—Perfecto, esperaré ese día con ansias —dice Lucas, suave, como quien guarda un secreto precioso.

Yo también, pintura… yo también.

Lo veo alejarse y me quedo ahí, apoyada contra la pared. Detrás de esas pinceladas tan cuidadas hay un chico romántico, tímido y sincero. Un chico que parece querer conocerme de verdad. Se supone que este tipo de chicos románticos y sinceros no existen fuera de los libros que tanto critico. Se supone que lo mío es la atracción física, los capitanes de fútbol y el control. Pero aquí estoy, con las manos sudorosas y una pregunta que me martillea la cabeza: ¿Y si el amor no es una leyenda urbana? ¿Y si de verdad existe eso que tanto digo que no?

Por primera vez en mi vida, no tengo una respuesta rápida, y eso me aterra tanto como me fascina.

MUÉSTRAME

Lucas

Cuando la profesora escribe la frase en la pizarra, lo entiendo de inmediato. No es una oración cualquiera. Es una grieta en el muro, una oportunidad.

«El café es un placer personal y un disparador intelectual».

Podría escribir sobre cualquier cosa. Sobre rutina. Sobre ideas. Sobre palabras bonitas que no signifiquen nada. Pero mi mente no se va por ahí.

El recuerdo aparece, el calor del verano, el ruido del pueblo; yo, detenido en el café mientras ella escribe, tan concentrada. Y luego verla de nuevo, cuando regreso. De pie, hablando por teléfono. Sin saber que ya me había detenido el mundo.

Decido usarlo. No porque sea lo más fácil, sino porque es lo más honesto.

Mientras escribo, soy consciente del peso de cada palabra. No me escondo detrás de metáforas innecesarias; no disfrazo el momento. Escribo lo que pasó cuando regresé al local por segunda vez. Lo que sentí. Lo que ella nunca supo: que sí la vi. Que no fui un fantasma. Que ese día, sin que ella pronunciara una sola sílaba, el mundo cambió de eje para mí. Decido guardarme el detalle de haberla visto antes, escribiendo a solas; ese es un secreto que me reservo para más adelante.

Sé que estoy rompiendo una regla silenciosa. Sé que, si ella conecta los puntos, y Mia es demasiado inteligente para no hacerlo, va a entender que el «chico de la foto» le devuelve el disparo. Pero

continúo. Porque escribir, para mí, siempre ha sido eso: decir lo que no me atrevo a decir en voz alta.

Cuando llega el momento de leer, mis manos me traicionan con un temblor leve. No es por la profesora Ortiz. Es por ella. No levanto la mirada del papel; si miro sus ojos verdes ahora mismo, no podré terminar. Pero mientras leo, siento su presencia como un imán. Siento su silencio, su respiración contenida, su atención absoluta.

Es una declaración. No es directa, no es evidente para el resto del salón, pero para ella es un choque frontal.

Cuando termino, el aula queda suspendida en un vacío. La corrección de la profesora llega, justa y necesaria. Me excedí en las oraciones. Lo sé. Acepto la observación sin discutir, porque el límite de palabras ya no importa. Lo que tenía que decir ya está tatuado en el aire.

No la miro al sentarme. Necesito unos segundos para recomponerme, para aceptar que acabo de mostrar una parte de mí que nadie conoce. Me expuse a propósito. Puse mi piel sobre la mesa.

Al salir del salón, la incomodidad regresa, pero es una incomodidad eléctrica. Si ella entendió el mensaje, ya no podemos fingir que somos dos desconocidos que comparten una clase. Y entonces, escucho mi nombre en su voz.

Nos detenemos. Hablamos lo justo, pero su mirada ha cambiado. Ya no hay solo sospecha; hay una especie de comprensión, como si por fin hubiera encontrado la pieza que le faltaba a su rompecabezas. Ahí entiendo que no basta con escribirlo. Si ya crucé la línea, tengo que llegar al otro lado.

Así que me atrevo. Respiro... uno... dos... tres.

—Oye… Mia… yo… estaba pensando... ¿Te gustaría ir por un café conmigo un día? Si quieres… Me gustaría conocerte mejor.

Escucho las palabras salir de mi boca y ni yo mismo puedo creerlo. Mi corazón da un vuelco, espera el rechazo, el «tengo novio» o la risa. Espero un segundo. Dos. Tre...

—Sí —dice al fin—. Me encantaría.

—Perfecto, esperaré ese día con ansias —respondo, tratando de que mi voz no delate el terremoto que tengo por dentro.

Camino a su lado por el pasillo en un silencio que ya no pesa, sino que promete. No dije más de lo necesario. No hizo falta.

Hoy no era el día para confesarlo todo; hoy bastaba con dejar la pista.

Elegí ese recuerdo a propósito. Elegí ese café porque ahí empezó todo para mí, aunque ella no lo supiera. Usé la escritura como quien deja una marca invisible, una verdad entre líneas. Si alguna vez relee esas palabras, lo entenderá todo.

La invitación fue el segundo movimiento. Fue simple, honesta y sin los adornos que suele recibir una chica como ella. Y cuando dijo que sí, supe que el riesgo había valido la pena.

El primer round lo gané el día que me reconoció.

El *segundo round*, hoy.

ACOMPÁÑAME

Mia

—¡Te digo que es el destino! —insiste Sara por milésima vez—. No hay de otra. ¿Qué probabilidades había de que él también eligiera Escritura? Y no solo eso, que use el ejercicio para... básicamente declararse.

—¿Declararse? No exageres —le digo, intento jugar a la ilusa, aunque por dentro estoy gritando.

—Bueno, Mia —interviene Laura—, Sara tiene razón. Él pudo escribir sobre cualquier cosa, como hiciste tú, pero eligió explicar justo lo que pasó ese día.

—¡Yo lo encuentro superromántico! —expresa Sara.

—¿Ustedes creen? —me llevo la mano al pecho—. Ay, me pongo muy nerviosa con solo pensarlo. Me invitó a un café, no lo dudé y dije que sí.

Así de simple. Así de peligroso.

—¿Y qué vas a hacer con Seba? —pregunta Laura con una lógica que me molesta.

—¿A qué te refieres? Es solo un café entre compañeros, nada más.

—No sé... —Sara me mira de reojo—. Insisto en que Seba y tú no pegan. No hay química, no hay chispa. Son como un catálogo de ropa; bonitos, pero estáticos.

—¡Ya veremos! —replico, sin darle mayor importancia.

Ignoro su comentario, pero las palabras se me quedan grabadas.

Por la tarde, al terminar las clases, me siento extraña. Soy la novia del capitán del equipo, la chica que debería estar en la grada animando, y, sin embargo, no siento ninguna urgencia por ir a su práctica.

—Bebé. —La voz de Seba me sobresalta. Llega a mi lado con esa sonrisa de comercial—. ¿Quieres que cancele la práctica para acompañarte a buscar el carro de Alberto?

—No, no, tranquilo —respondo demasiado rápido—. Sara nos va a llevar. Tú tienes un compromiso importante con el equipo.

—Es que te extraño —dice, y pone esa carita de niño pequeño que suele derretirme.

—Yo también.

Pero mi «yo también» suena seco. Suena a guion ensayado. Me siento horrible.

Tengo un novio atento y guapo, y aquí estoy, contando los minutos para ir a un taller mecánico a ver a otro chico. No es infidelidad, me repito, es curiosidad. ¿O es que Lucas ha empezado a desarmar algo dentro de mí que Seba nunca llegó a tocar?

Me despido y camino hacia el auto de Sara, que ya me espera. Al llegar veo cómo se arregla el cabello y se retoca el maquillaje. Cuando intento abrir la puerta, está cerrada. Golpeo el cristal.

—¿Palabra clave? —pregunta bajando un poco el cristal.

—¿Qué? ¿Me tomas el pelo?

—Palabra clave o no entras.

—Hocico de ratón.

—Negativo. Segundo intento.

—Sara es la mejor amiga del mundo entero.

—Graciosa, pero no.

—Soy una cabeza de chorlito.

—Aceptable —dice, abriendo la puerta—. Puedes entrar.

Me subo y la observo. Hoy parece otra persona. Sara está radiante. Claramente tiene un objetivo llamado Alberto.

—¿Ya estás lista? —pregunto.

—Eso te pregunto yo. ¿Sebastián no viene?

—No. Tiene práctica.

—Ajá… ¿y tenemos que ir a buscar a Alberto?

—Como si no te hubieras maquillado sabiendo que íbamos a recogerlo.

—Me quise preparar por si acaso. Pero ¿de verdad lo vamos a buscar? —pregunta, nerviosa.

—Fluye, Sara. Es Alberto.

—¡Precisamente por eso!

Salimos rumbo a la tienda. Le aviso a mi hermano que ya llegamos y esperamos. El tiempo pasa y me bajo del auto a tomar aire. Sara hace lo mismo, aunque no deja de mirarse en la cámara del celular.

Yo, en cambio, observo alrededor. La naturaleza es hermosa, los árboles, las flores, y el viento que las acaricia. Me siento lejos de todo, hasta que un ogro me devuelve a la realidad.

—Vaya, vaya… mira a quién tenemos aquí —dice Alberto con su tono arrogante.

A veces me pregunto por qué la vida me premió con un hermano mayor. Dicen que es lindo. Yo sigo sin entenderlo. Aunque no siempre fue así. Antes éramos inseparables. Jugábamos, nos cuidábamos. Ahora es autos, sarcasmo y fastidiarme. Cosas de hermanos.

—Hola, Alberto —saluda Sara, sonrojada.

—Hola, Sara —responde—. Bueno, ya que tenemos que recoger mi carro que se robó mi querida hermana…

—Y pagarle al mecánico —añade Sara.

—No la dejo sola en esto porque sé que no entenderá nada —dice como si no estuviera yo también escuchándolo.

—¡Qué caballeroso! —respondo.

Entramos al auto. Alberto pide canciones de rock y Sara obedece mientras le doy las direcciones. Al llegar cerca del taller, Alberto rompe el silencio.

—Mia, ¿de verdad llegaste hasta acá con mi carro?

—Sí. Lo siento.

—Ni yo había pasado por esta área.

—El mecánico es el papá de un chico nuevo —explico—. El becado del que te hablé.

Al llegar, los veo. Lucas y su padre, bajo el sol, con ese aura de esfuerzo que los hace ver tan reales. Alberto baja y saluda con esa facilidad que tienen los hombres. Yo me quedo a un lado, observando a Lucas. Su uniforme manchado se ciñe a sus brazos y hombros de una forma que, bueno, que me dificulta respirar.

—Lucas es *sexy* —susurra Sara—. Aunque Alberto tiene lo suyo.

—¿De qué vale que te ligues a mi hermano si no le hablas? —la pincho.

—¡Déjame vivir mi fantasía en silencio!

El carro está listo. Alberto queda satisfecho con el trabajo y Lucas explica los detalles técnicos con una seguridad que me fascina. No es solo lindo; es tranquilo, es atento. Hay algo en él que me atrae más allá de lo físico. Y entonces lo sé, estoy segura. Quiero ese café. Él dijo algún día, pero yo lo quiero lo antes posible.

Mi hermano se despide de ellos y se dirige a mí.

—¿Te vas conmigo o con Sara?

—Con Sara —respondo decidida a llevar a cabo mi plan.

—No llegues tarde. Titi quiere verte, te va a llamar —dijo Alberto antes de montarse en su auto arreglado e irse.

Mi tía. Eso puede esperar. Hago una mueca con la cara que mi mejor amiga me lee por completo.

—¿Te vas a quedar? —pregunta Sara con una sonrisa pícara.

—Creo que sí. Creo que voy a por ese café.

—¿Escuché café?

La voz de Lucas detrás de mí me eriza la piel. Me giro y trato de invocar a la Mia empoderada.

—¿Vamos por el café que me prometiste? —le pregunto con mis mejores «ojitos brillantes».

Él se queda un segundo anonadado. Lo he sorprendido, y me encanta.

—Vamos. Hay un buen lugar cerca de aquí. Podemos ir caminando.

—Adiosito… —dice Sara despidiéndose con un guiño, se monta en su auto y nos deja solos. La mejor amiga del mundo, me conoce demasiado bien.

Y así sin más estamos nosotros dos solos. Comenzamos a caminar y el silencio pesa, pero no incomoda. Llegamos al lugar muy rápido y entramos. Al llegar al café, él me abre la puerta como un caballero de los que ya no quedan.

—¿Capuchino? —me pregunta al llegar al mostrador.

—¿Cómo lo sabes? —me quedo helada.

—Es un secreto. —Se encoge de hombros con una sonrisa traviesa.

Me quedo anonadada. ¿Cómo es que él sabe más de mí que yo de él? Aún absorta en mis pensamientos, procedemos a pedir. Se ofrece a pagar a pesar de que intento hacerlo yo primero.

—El próximo lo puedes pagar tú, si quieres, pero este va por mí —dice.

¿Habrá próximo? Me emociono por un segundo. Nos sentamos junto a la ventana. El lugar es acogedor, muy parecido a Café Mi Sol. Doy un sorbo a mi taza y cierro los ojos.

—¿Está bueno? —pregunta.

—¡Definitivo! —respondo sin pensarlo—. Tienes buen gusto. Yo pensaba en ir al Café Mi Sol, pero este sobrepasa mis expectativas.

Él sonríe, satisfecho.

—Me gusta mucho este lugar. Me ayuda a concentrarme cuando escribo —dice él, rodeando su taza con las manos.

Asiento lento y tiene total sentido. Hay algo en el ambiente que invita a bajar la guardia, así como el lugar cuando vi a la pintura por primera vez. Lo entiendo a la perfección.

—Cuéntame más sobre eso —le pido—. ¿Desde cuándo escribes?

Lucas baja la mirada. Siento que el ambiente cambia, se vuelve más denso, más íntimo.

—Desde hace unos años —confiesa—. Mi mamá escribía cuentos. Me los contaba antes de dormir y aprendí de ella.

Levanta la vista, pero no me mira del todo. Puedo sentir que lo que viene no parece ser fácil. Y la verdad es que no soy muy buena para estos temas.

—No eran cuentos perfectos —continúa—. A veces los inventaba en el momento, otras se le olvidaban detalles y los cambiaba. Pero siempre tenían algo en común… —Hace una pausa— siempre me hacían sentir seguro.

Traga saliva. Sus dedos se entrelazan.

—Decía que escribir era una forma de quedarse un poquito más. Que las palabras guardan pedazos de quienes somos.

Mi pecho se aprieta al escucharlo.

—Falleció en un accidente de auto. —Se le quiebra un poco la voz —. Y por un tiempo dejé de escribir. No podía. Era como si hacerlo me recordara demasiado a todo lo que había perdido. Incluso a

veces sentía que el corazón se me quería salir de lo rápido que latía y la respiración aumentaba a un nivel exponencial.

Por un momento, me dan ganas de llorar. Lucas se ve tan vulnerable, tan puro en su dolor, que Seba y todo lo demás desaparecen de mi mapa.

—Después entendí que escribir era la única forma que tenía de seguir hablando con ella… de recordarla sin que doliera tanto. Así que retomé su pasatiempo. Por ella.

No sé qué decir. Siento un nudo en la garganta.

—Gracias por compartir eso conmigo —le digo con una sinceridad que me asusta—. Yo apenas llevo un año. Escribo para ordenar mis pensamientos, que a veces son un caos.

Lucas me observa con atención, como si leyera algo que no he escrito.

—No lo parece —me dice Lucas, mirándome a los ojos—. Se nota lo que sientes. Tienes pasión, Mia.

El calor me sube a las mejillas.

—Gracias —respondo—. Lo mismo puedo decir de ti. Hoy, en el club, comenzaste a escribir de inmediato. Estabas tan concentrado que parecía que ni la profesora ni yo estábamos allí en el salón.

Él suelta una pequeña risa.

—Es que ya sabía qué iba a escribir cuando vi el disparador —confiesa—. El café fue fácil.

Mi corazón se acelera un poco.

—¿Por qué? —pregunto, finjo naturalidad.

Lucas juega con la cucharita, la hace girar con lentitud.

—Porque ese día se me quedó grabado —dice mirándome fijamente—. No fue solo el café. Fue el momento. A veces hay instantes que uno no entiende cuando suceden, pero que luego regresan una y otra vez.

Levanta la mirada hacia mí y, sin hablar, lo dice todo.

—No pensé que tendríamos que leerlo en voz alta tan rápido —añade—. Eso sí me tomó un poco de sorpresa.

—¿Te avergonzaste por lo que escribiste? —pregunto, con curiosidad y un toque de coquetería que no puedo evitar.

—Un poco —admite, sonriente—. Pero si ese texto es lo que me trajo aquí ahora, contigo... entonces valió la pena.

Siento una corriente eléctrica que me recorre entera. Nadie me había hablado así nunca. Ni Seba con todos sus «bebé» y sus planes de fin de semana. Ni ningún otro chico atractivo.

De repente, mi celular vibra. Mi tía.

—¿Titi? —respondo—. Sí, estoy en un café. Te paso la ubicación.

Cuelgo y miro a Lucas, apenada.

—Mi tía viene a buscarme —explico—. Llegará en unos diez minutos. Gracias por hoy, el capuchino estuvo exquisito.

—Me alegro —dice él, y noto que se prepara para decir algo más —. Oye… estaba por preguntar…

—¿Sí?

—¿Me das tu número?

Mi corazón da un salto mortal.

Para mí, dar el número es un paso gigante, es abrir una puerta a mi mundo privado. Pero, mientras lo miro a él, a la «Pintura» que resultó tener alma de poeta y manos de mecánico, sé que no hay vuelta atrás.

Para ti, Lucas, puedo hacerlo sin pensarlo dos veces. Y quizás... incluso más.

ENGÁÑAME

Mia

Me despido de Lucas con ganas desesperadas de quedarme. Con ganas de seguir hablando. De desarmar esa calma suya que me hace sentir, por primera vez, que no necesito tener todas las respuestas.

Ya tiene mi número. Y yo el suyo.

Damos los primeros pasos torpes de «Hola, esta es Mia» y «Hola, este es Lucas» por mensaje. Me descubro sonriendo como una boba frente a la pantalla mientras espero a mi tía. El tiempo con él tiene una falla técnica y es que se acorta sin mi permiso.

Quiero más. Y, en mi mundo, «querer más» siempre ha sido una señal de peligro.

Entonces llega mi tía Eleanor, impecable, regia y perfecta. Al verla, algo en mi postura se tensa. Su presencia es un recordatorio constante de las ideas que me implantaron de niña y que ahora, a los diecisiete, me quedan apretadas como un zapato de talla chica.

Recuerdo que, a los siete años, mis Barbies no tenían aventuras; tenían citas. Ken siempre era el premio: guapo, adinerado, el ideal. Mi tía me lo repetía como un mantra: «Cuando seas grande, te casarás con un hombre guapo y con dinero».

Crecí creyéndolo, hasta que entendí la estafa. La atracción no garantiza felicidad. Gustar no es amar. Y eso que llaman «amor» en las películas, yo nunca lo he vivido. Nunca lo he experimentado de verdad. Al menos no como ellos lo cuentan.

Pero con Lucas, estoy descubriendo una versión de mí que me incomoda: una Mia vulnerable. Una Mia que no tiene puesta la máscara.

—¿Mia? —la voz de mi tía me saca del trance—. Estás ida.

—Perdón, tití —sonrío—. Viaje mental.

—Se nota. Te decía que separé una mesa en el restaurante Classié.

—Cómo te encanta ese lugar.

—Lo sabes. Pero antes quiero detenerme en el mall. Necesitas algo más apropiado.

Respiro hondo. Asiento. Ya sé cómo funciona esto.

Una hora después, luzco un trajecito rojo que me queda increíble. No pregunto el precio; mi tía disfruta gastando y yo disfruto no discutiendo. Me cambio, me retoco el maquillaje y me pongo la máscara que ella tanto aprueba: la niña «bien». La chica que aparenta.

Llegamos al restaurante, un templo de cristal y manteles blancos. Al entrar, nos recibe un *host* atractivo, pero mi mente ni siquiera registra su cara. Mi radar está en otro lado.

—Buenas noches, bienvenidas al restaurante Classié. ¿Tienen reserva?

—Sí, a nombre de Eleanor —responde mi tía.

El chico revisa el monitor.

—Perfecto. Las otras dos personas ya están en la mesa —dice el joven—. Síganme.

—¿Otras dos personas? —miro a mi tía con sospecha.

—Te vas a sorprender —sonríe ella con esa expresión de «tengo un plan».

Avanzamos y los veo. Una mujer elegante y, a su lado, un chico que parece sacado de una revista de moda masculina.

Santiago.

Mi acompañante de los quince años, pero en versión mejorada. Más alto, más seguro, más... todo. ¿Qué les dan de comer a los chicos últimamente? ¿O es que ahora tengo el filtro de «belleza» activado todo el tiempo?

No. No a todo el mundo. Lucas sigue siendo otra cosa. Se diferencia de los demás.

Mi relación con Santiago nunca ha sido buena. Siempre ha tenido ese aire de superioridad que me irrita. Viene de una familia con dinero y se le nota. Su madre es amiga íntima de mi tía y, para colmo, mi madre trabaja en su compañía desde hace muchos años. Ambas comparten la absurda idea de que él y yo algún día terminaremos juntos.

Ew.

—¡Mia! —dice Marcia, mamá de Santiago, levantándose para saludarme—. Qué alegría verte. Santiago, saluda.

Él se pone de pie. Está altísimo. Se acerca y me da un beso en la mejilla. ¿Por qué ahora estás tan bello, niño?

Sacudo el pensamiento. Atractivo, sí. Pero eso no significa nada. La belleza es gratis. El amor, si existe, no puede ser solo eso.

La cena avanza entre halagos exagerados y discursos interminables sobre familias perfectas y futuros brillantes. Yo casi no hablo. Santiago tampoco; él está más pendiente de su celular. Quisiera estarlo yo también, escribiéndole a Lucas, pero sé que mi tía no lo permitiría.

—Mia es increíble —dice mi tía de pronto—. Siempre tan solidaria, ayudando a niños, animales, personas necesitadas…

¿Qué? Espera, pero ¿qué dice? La miro incrédula. Está inventando sin pudor.

—Qué hermoso —dice Marcia—. Santiago quiere ser doctor, para también ayudar a los demás.

Santiago sonríe muy orgulloso. Cuando nuestras acompañantes se levantan al baño, nos quedamos él y yo solos. El silencio pesa demasiado, es muy incómodo.

—Supongo que es obvio lo que quieren —dice Santiago al fin, sin despegar la vista del teléfono.

—Bastante.

—¿Estás de acuerdo? —me mira con suficiencia.

Lo miro. Directa.

—No. ¿Tú?

—Para nada. Me gusta mi vida así —dice—. Fiestas, chicas, libertad.

Otro cabeza de papa. Increíble.

—Pero tengo una propuesta —continúa—. Fingimos que salimos. Les damos el gusto y cada uno sigue con lo suyo.

Parpadeo incrédula.

—¿Has pensado en lo absurdo que suena eso? —lo corto—. ¿Mentir, aguantar expectativas? ¿Para qué? ¿Para terminar casados y viviendo vidas separadas? No me interesa.

—Exacto —dice, como si fuera lo más lógico del mundo.

—No —respondo, poniéndome de pie—. No me interesa fingir. No me interesas tú. Y no me interesa este juego.

Su expresión cambia.

—Cualquier chica moriría por estar conmigo —suelta él, herido en su ego.

—Pues busca a cualquiera —le respondo, firme—. Atracción hay en cada esquina, Santiago. Pero tú no pareces tener nada más que ofrecer que una cara bonita.

Me levanto, porque no quiero seguir esta conversación innecesaria. Salgo del restaurante, necesito aire. Él me sigue hasta la acera.

—Te has metido en un lío conmigo —dice con una sonrisa torcida —. Me saliste guapetona y difícil. Haré que te enamores de mí.

Me giro, lo fulmino con la mirada.

—Yo no creo en el amor —respondo—. Pero si existiera, te aseguro que no tendría tu cara.

En ese instante regresan mi tía y su madre, que ya habían dejado la cena pagada. El ambiente está gélido. Mi tía se percata de mi cara de pocos amigos y decide que es hora de irnos. En el auto, el silencio es denso.

—Lo hice mal, ¿verdad? —pregunta ella.

—Sí.

—Perdón. Solo quiero un buen chico para ti.

—Lo sé. Pero Santiago no es.

Ella asiente y no insiste por ahora.

—Entiendo, total falta mucho para pensar en casarte —dice antes de quedarnos en silencio otra vez.

Al llegar a casa, reviso mi celular. Sebastián, mi novio oficial, no me ha escrito. Hace horas que terminó su práctica. De seguro está celebrando con su equipo.

Pero entonces, el celular vibra. No es él. Es Lucas.

Sonrío sin poder evitarlo, y el trajecito rojo de Classié empieza a sentirse como un disfraz que ya no quiero usar. Vuelvo a repetirme que no creo en el amor. No todavía. Pero mientras le respondo a Lucas y las palabras fluyen como si nos conociéramos de toda la vida, empiezo a sospechar algo que me aterra admitir.

Quizás no creer en el amor no significa que no exista. Quizás solo significa que, hasta que apareció la «Pintura», yo solo miraba el cuadro equivocado.

RESPÓNDEME

Lucas

Camino de regreso a casa sin dejar de pensar en ella. En Mia sentada frente a mí, con el capuchino entre las manos; en la forma en que me miraba, como si no supiera si creerme y, aun así, decidiera quedarse. Como si peleara con una idea vieja dentro de su cabeza, pero, se diera permiso de escuchar otra nueva.

Y sí. Fue una cita. O, al menos, para mí lo fue.

Aunque no lo dijéramos en voz alta, aunque no hubiera velas ni promesas, aunque el café se sintiera simple. Sé reconocer cuándo algo cambia de categoría.

Con nervios, con tensión bonita, con ese silencio que no incomoda, pero invita. Y lo mejor fue que tuve el valor. Así como le pedí ir por un café, me atreví y le pedí su número.

Todavía me parece irreal que lo hiciera sin trabarme, sin quedarme sin respiración y sin dejar que el miedo me ganara. Lo dije como quien lanza una piedra al agua y espera no ver el fracaso en las ondas.

Ella me lo dio y yo más que agradecido.

Llego a casa y cierro la puerta con cuidado para no despertar a mi padre. Me apoyo contra la pared, respiro hondo y sonrío. Estoy ridículamente feliz.

Me miro en el espejo del pasillo y me doy cuenta del desastre que soy. La camisa del taller manchada, el pelo disparado en

cualquier dirección y esa sombra de barba de cansancio. Y así tuve mi primera cita con Mia. Qué horror.

Pero hoy no me siento cansado. Hoy siento que, por primera vez en mucho tiempo, algo me salió bien.

Voy directo al baño. Abro la llave del agua caliente y el vapor empieza a llenar el espejo. Me observo de cerca, como si fuera a comprobar que todavía soy yo. Agarro la espuma de afeitar, me la paso por la mandíbula, la barbilla y el cuello. El sonido de la navaja al deslizarse me calma.

Es un ritual simple, pero hoy se siente diferente. Como si me preparara para algo. Como si quisiera verme mejor, no por vanidad, sino porque, de pronto, me importa. Cuando termino, me lavo la cara y me seco con una toalla. Me vuelvo a mirar. Demasiado limpio. Demasiado niño.

—Cara de bebé —murmuro y me río solo. Me siento ligero.

Me tiro a la cama y saco el teléfono. Su nombre está ahí. Mia.

No «Mia del café». No «Mia de escuela». No «Mia de la foto viral». Solo Mia. Y me gusta ver su nombre así. La pantalla brilla y mi pulso también.

Abro el chat y vuelvo a leer lo poco que ya tenemos. Nada trascendental ni nada poético. Y aun así la siento como si fuera la conversación más importante del mundo. Porque es ella. Y porque ahora ella me responde.

Me quedo un rato sin escribir. No por falta de ganas. Sino por respeto, por miedo y por emoción. Todo a la vez.

Pienso en mamá. En lo que habría dicho si me viera así, tirado en la cama, sonriendo como bobo por una chica que me gusta. Con gran probabilidad se habría reído de mí, claro, con cariño. Y después me habría dicho que no deje pasar el momento. Me siento y escribo.

¿Llegaste bien?

Lo borro. Demasiado seco.

Vuelvo a intentar.

Lucas: ¿Llegaste bien?
Espero que tu tía no te haya
regañado por "escaparte" al café.

Lo miro. Respiro. Lo envío. Y ahora empieza la verdadera tortura. El «visto» es una palabra cruel.

Dejo el teléfono boca abajo. Me levanto. Camino. Vuelvo. Lo miro otra vez. Y nada. Me obligo a soltar el aire.

Tranquilo, Lucas. No seas intenso.

Me digo que puede estar ocupada. Que puede estar cenando. Que puede estar viviendo su vida.

Pero igual, mi cabeza empieza a inventarse películas.

Que si se arrepintió. Que si solo fue amable. Que si yo interpreté mal. Que si el café no fue una cita para ella.

No. Sí lo fue. Para mí lo fue.

Y lo fue porque ella lo pidió para hoy, no podía esperar. Porque aceptó caminar conmigo. Porque se quedó. Porque me miró como si el mundo se hubiera quedado en pausa un momento.

Vibra el teléfono. Lo agarro tan rápido que casi se me cae. Es Mia.

Mia: ¡Llegué!
Y no, no me regaño, pero sí me
hizo pasar por un "restaurante fino"
como si yo fuera de revista.

Leo su mensaje dos veces. Tres. Esa mezcla de emoji tierno con queja divertida me da vida.

Me río. Me recuesto en la cama otra vez, con el pecho apretado de algo que no es la ansiedad que conozco. Tengo el pecho apretado de algo cálido. Respondo.

Lucas: Jajaja te imaginé.

Apostaría que te ves bien aunque
vayas en uniforme del taller.

Miro el mensaje. ¿Me pasé? Antes de que me arrepienta, lo envío.

Ella tarda menos esta vez.

Mia: ¿Uniforme del taller?

No sé de qué hablas, Lucas.

Yo no miro esas cosas.

Me quedo quieto. Ahí está. Ese coqueteo suave, ese juego de esgrima sin espadas. Siento un golpe de adrenalina en el estómago. Me paso una mano por la cara recién afeitada, como si así pudiera calmarme.

Lucas: Claro…

tú no miras esas cosas.

Y yo no me acuerdo de tus

ojos cuando te concentras escribiendo.

Es la primera vez que lo digo. Lo que noté; lo que guardé. Me muerdo el labio mientras espero. La respuesta llega y el corazón se me sube a la garganta.

Mia: ¿Mis ojos?

No sabía que alguien se

fijaba en eso.

Miro la pantalla. Se hace la difícil, lo presiento. Ella sabe que la miran. Pero me doy cuenta de que lo que más me gusta de esto no es que sea bonita, que oye, sí lo es. Es que, cuando hablo con ella, siento que la veo de verdad. Más allá de lo popular. Como hoy cuando pude hablarle sobre mi madre. Escribo más lento.

Lucas: Yo sí me fijo.
Hoy, no sé. Fue fácil
hablar contigo.

Ella tarda unos segundos.

Mia: Fue fácil… sí.
Eso es raro para mí.

Esa frase es una confesión. Me dan ganas de decirle que conmigo no tiene que fingir, que puede bajar la guardia. Pero me detengo. Me recuerdo que ella tiene un novio igual de popular que ella y que yo aún soy el chico nuevo de la esquina.

Lucas: Entonces me alegra
ser una excepción.

Ella manda un emoji que me mata.

Mia: 😉

Me río otra vez. No necesito grandes discursos; me basta con verla escribir un «jajaja». Seguimos hablando hasta que la noche se vuelve madrugada y el sueño me pesa, pero no quiero soltar el hilo invisible que nos une.

Finalmente, antes de rendirme al sueño, escribo:

Lucas: Buenas noches, Mia.
Que descanses.
Gracias por el café…
por decir que sí.

Veo el «en línea» y el corazón me late al ritmo de un tambor. Y entonces llega.

Mia: Buenas noches, Lucas.

Igual tú.

Y sí…

A mí también me gustó.

Guardo el teléfono bajo la almohada y me acomodo. Por primera vez en mucho tiempo, me duermo con una sonrisa. Como un niño. Como alguien que acaba de ganar el *round* más difícil de su vida sin haber soltado un solo golpe.

DESPIÉRTAME

Mia

La interacción que mantengo en las últimas semanas con Lucas es divina. No encuentro una palabra más exacta. Los diálogos se vuelven eternos, ya sea por texto o cuando hablamos por teléfono hasta que la madrugada nos alcanza. No son conversaciones para matar el tiempo ni frases recicladas. Nos preguntamos cosas que importan y nos respondemos sin esquivar.

Por primera vez siento que conozco de verdad a un chico, con preguntas y respuestas que me mueven todo el ser. Me dan ganas de conocer más. De ir más hondo y de seguir.

Bueno, por algo le digo *la pintura.* Y es que Lucas es eso: una pintura renacentista en todo su esplendor con capas, detalles, y profundidad. No parece superficial.

Una noche, refugiada bajo mis sábanas con el brillo de la pantalla como única luz, la charla se vuelve más íntima. Comienzo yo.

Mia: Y si pudieras escoger
cualquier lugar…
¿Dónde vivirías?

Me responde:

Lucas: Mmm. No he viajado mucho,
así que no he visto tantos lugares como
quisiera. Pero creo que el "dónde" no es
lo más importante. Para mí importa más

el "con quién". Me gustaría vivir en un lugar
donde tenga una familia que me haga
sentir feliz, cómodo y seguro.

Miro la pantalla, parpadeo. ¿Quién responde eso? Yo habría escrito «Londres» o «Tokio» sin pensarlo. Así que le comento, porque no me puedo quedar con esa.

Mia: Ok, espera…
Pero, ¿quién responde eso?

Lucas: ¿Eso es bueno o malo?

Mia: No, o sea, yo hubiera
dicho Londres y ya.

Lucas: Londres suena increíble,
pero sin la persona correcta, solo
es una ciudad con mucha lluvia.

Saltamos de un tema a otro, desnudamos manías y miedos.

Mia: A ver, pregunta importante.
¿Cuál es tu mayor manía?

Lucas: Soy muy dado al detalle.
Si las cosas no salen como las
imagino, me frustro.

Mia: ¿Ejemplo?

Lucas: Por ejemplo… voy a comer
con una idea clara, y si no hay ni el

plato ni la mesa que quiero, se me
daña el día.

Mia: Mm, creo que puedo entender,
Pero ahí tienes dos problemas. Te
frustras y después no logras soltarlo.

Lucas: Exacto. Se me queda dando
vueltas en la cabeza.
Me pongo muy ansioso.

No hablamos de cosas bonitas. Hablamos de cosas reales. Y eso me atrapa mucho más que cualquier cumplido vacío.

Mia: Ok, ahora otra.
Si pudieras tener cualquier empleo
por el resto de tu vida, ¿cuál sería?

Lucas: Jajaja. Eso suena a
Entrevista de trabajo.

Mia: ¡Así es como uno se conoce!

Lucas: Sería feliz siendo mecánico
de día y escritor de noche, la verdad.

Mia: Eso es bonito. ¿Piensas
estudiar alguno?

Lucas: Quiero ir a la universidad, sí.
Todavía no sé qué estudiar y siento que voy tarde.

Mia: Tranquilo, yo tampoco sé.
Estoy entre contabilidad (por mi mamá)
o psicología.

Lucas: Con tantas preguntas que haces,
Lo de psicología no suena nada mal.

Mia: Eso me dicen jajaja
Y escribo para entenderme mejor.

Lucas: La escritura es catarsis.
Yo la uso cuando estoy ansioso.

Mia: ¡Eso mismo te iba a preguntar!
¿Escribes cuando te frustras?

Lucas: Definitivo. Siempre.

Las conversaciones no se quedan ahí. También hay silencios cómodos, risas y pausas.

Lucas: Bueno, ahora me toca a mí.
¿Qué es lo primero en que te fijas
de una persona?

Mia: Lo atractiva que pueda ser.
Siendo honesta.

Lucas: ¿Solo eso?

Mia: No… Es lo primero que atrae,

no lo que busco.

Lucas: Yo me fijo en los ojos.
La mirada dice mucho.

Mia: ¿Ah sí?
¿Y qué dicen los míos?

Lucas: La primera vez que te ví, tus ojos mostraban concentración y calidez.
Estabas escribiendo. Eso me llamó la atención.

Me quedo helada. Mi pecho se aprieta.

Mia: Espera…
¿Cómo que escribiendo?
La primera vez que me viste fue frente al café y yo estaba hablando por teléfono, no escribiendo.

Hay unos minutos de silencio. El símbolo de «escribiendo» aparece y desaparece.

Lucas: La primera vez que de verdad
te vi fue dentro del local. No vi bien tu rostro,
pero vi tu entrega al papel. Tuve que salir
rápido porque dejé el dinero sobre la barra
de mi casa, y al regresar, fue que te vi afuera.

Mi pecho se aprieta más.

Mia: …
No sé qué decir, la verdad.

Lucas: No tienes que decir nada,
solo quiero que sepas que fue ahí. Verte
escribir fue lo que me hizo buscar algo
más que lo físico.

Siento como el calor me sube por el cuello hasta las mejillas. Él me vio antes. Vio a la Mia real, la que se esconde en libretas, antes de ver a la «Princesa» de la escuela.

Mia: Así que…
¿No fue porque era atractiva? jaja

Lucas: Eso vino después jaja

Decido cambiar el tema porque el calor en mis mejillas no para de aumentar.

Mia: ¿Te resulta fácil confiar en alguien?

Lucas: ¿Al cien por ciento? No.

Pero intento confiar y dar confianza.

Mia: A mí se me hace difícil mostrarme vulnerable.

Lucas: Confiar es exponerse…

Mia: Y a que te hagan daño…

Lucas: Y a que te rompan el corazón.

Mia: Eso es lo que no quisiera.

Lucas: Ni yo tampoco.

Así son nuestras conversaciones. Una tras otra. Sin promesas y sin ninguna presión. Y, aun así, me llevan poco a poco a una decisión que sé que tengo que tomar.

Esa conexión constante me hace ver lo evidente: lo mío con Sebastián es un desierto. Nuestros mensajes son cortos, automáticos, vacíos. Un «¿todo bien?» y un «te extraño, bebé» que no significan nada. Seba sabe que algo cambió desde que rechacé aquel fin de semana con él.

Así que decido que es momento de hablarlo con Sebastián. Porque, aunque es atractivo y el chico más popular de la escuela, empiezo a notar lo evidente: le faltan muchas de las cualidades que

busco. Y lo que más me incomoda es darme cuenta de que esas cualidades… Lucas parece que sí las tiene.

Así que tomo una decisión. Un día, después de clases, lo busco en el estacionamiento. Está apoyado en su auto, luce como el póster que siempre ha sido.

—Seba, ¿podemos hablar un momento? —le digo.

—Claro —responde—. ¿Pasa algo?

Asiento y nos subimos a su auto. El silencio es denso, cargado de todo lo que no nos hemos dicho en las pasadas semanas.

—Creo que lo nuestro no funciona —suelto.

No busco el drama, solo la paz.

—Lo sé —responde él para mi sorpresa—. Se siente raro hace tiempo.

—No me gusta que me digas «bebé», Seba —confieso—. Nunca me gustó y no supe cómo decírtelo.

—¿Por qué?

—Por miedo a herirte. Fallé ahí. Y porque no hay química. La atracción no fue suficiente.

Él suspira, mira al frente.

—Por eso quería que nos fuéramos solos por un fin de semana —dice—. Pensé que tal vez así aparecía la chispa.

—Eso fue lo que me hizo replantearme todo —respondo—. Y la respuesta sigue siendo «no».

Se queda callado un momento y luego pregunta lo que yo más temía.

—¿Te gusta alguien más?

Respiro hondo. No voy a mentirle, pero tampoco voy a entregar a Lucas todavía.

—No es tan simple —respiro—. Pero sí, me estoy sintiendo cómoda y conectada con otra persona.

—Lo entiendo —dice él con una media sonrisa—. Yo también.

Abro los ojos de par en par.

—¿Qué? ¿Tú también? —pregunto incrédula.

—Con Linda. Una de las porristas. Hace unos días empezamos a hablar más de la cuenta.

Suelto todo el aire que contenía. Es un alivio tan grande que casi quiero abrazarlo.

—Entonces estamos a la par —le digo entre risas.

—Sí —sonríe—. Mejor así. Amigos.

Asiento.

—Buenos amigos —replico con una sonrisa.

Bajo del auto más liviana, como si me hubieran quitado una armadura de plomo. Camino hacia el bus y reviso el teléfono. Lucas me ha escrito. Le respondo con una sonrisa que me ocupa toda la cara.

No creo en el amor. Ese sigue siendo mi lema. Pero ahora sé que no creer en él no es excusa para conformarse con algo vacío. Por fin he dejado de fingir que soy una muñeca en un estante. Y, quizás… solo quizás… empiezo a despertarme.

EXPLÍCAME

Lucas

La escuela se siente igual que siempre, hasta que la veo. Mia entra al pasillo con esa seguridad suya que no depende de la aprobación de nadie. No camina apurada ni mira al suelo; va como si el mundo entero tuviera que acomodarse a su paso.

Pero hoy hay algo distinto. No sé qué es. No puedo señalar con el dedo, pero lo noto. Es como cuando una canción cambia una sola nota y tú juras que la melodía no era así ayer.

Cuando nuestras miradas se cruzan, me sonríe primero. No es esa sonrisa de «hola» automática que le regala al resto; es una más pequeña, mucho más real. Me provoca una reacción ridícula: tengo ganas de sonreírle de vuelta a todo el mundo.

Saco el celular y le escribo.

Lucas: Buenos días, princesa Mia.

Mia: Buenos días, pintura.

Lucas: Eso suena a apodo permanente.

Mia: Depende de cómo te portes hoy.

Lucas: Entonces ya empecé mal.

Mia: Todavía estás a tiempo jaja

Lucas: Me gusta esa esperanza.

Guardo el teléfono con la sonrisa tonta aún instalada en la cara. La veo con Sara. Están juntas, como siempre, pero su amiga tiene esa expresión de «yo sé algo que tú no» que me desespera. Mia le da un empujoncito con el hombro y Sara se ríe, como si pudiera ver el final feliz de una película.

No me meto. No pregunto. Solo observo.

Aprovecho el almuerzo para acercarme. Me siento frente a ellas y acomodo mi bandeja con la naturalidad que he ido ganando estos días.

—¿Todo bien? —pregunto casual.

Mia se encoge de hombros.

—Sí. Hoy me siento rara.

—Eso explica muchas cosas.

—No era una queja —dice ella.

—Tampoco un halago —respondo—. Pero lo acepto.

Sara se tapa la boca con la mano y suelta una risita nerviosa.

—Hoy está… —empieza Sara.

Mia dice su nombre y la corta rápido, con una sola mirada.

—Nada, nada. —Levanta las manos en señal de rendición.

Mia me mira un segundo. Es una experta en no regalar pistas cuando no quiere, pero hoy no está cerrada. Parece que cuidara un secreto, algo que todavía no logro descifrar. Hablamos de tareas y profesores, y me sorprende lo fácil que es encajar en su mundo.

Más tarde veo a Mia cruzarse con Sebastián. Se saludan, hablan un momento y se ríen. Todo normal. Si hay un drama, no lo veo. Si hay un secreto, no se nota.

Y, sin embargo, la sensación de que algo ha cambiado radicalmente no se me quita del pecho.

En la última clase, vibra mi celular. Es ella.

Mia: Pintura…

Lucas: Dime

Mia: Después.

Miro esa palabra: *después*. No es una amenaza; no es un drama. Es solo un «ahora no». Y en el lenguaje de Mia, eso significa que hay un incendio bajo la superficie.

A la salida, camino más despacio. Mi intuición de mecánico me dice que algo está fuera de lugar. Veo a Mia salir con Sara. Van juntas y observo como Mia escucha más de lo que habla. No está mal. Está concentrada, como si ordenara cosas por dentro.

Entonces aparece un carro que no pertenece a este paisaje. Es un auto de lujo, demasiado impecable para el estacionamiento de una escuela. Ya llevo un poco más de un mes aquí para reconocer los carros usuales y este no tiene pinta de que sea de ningún papá que yo reconozca. De él se baja un tipo bien vestido, con ese aire de alguien acostumbrado a que su voluntad sea ley.

Mia se detiene en seco. No escucho todo, pero capto fragmentos que me hielan la sangre.

—Necesito hablar contigo…

—No ahora…

—Es por la boda…

—Te dije que hoy no.

¿Boda? El corazón me da un vuelco. Mia suspira con una frustración antigua, de esas que llevan años acumuladas Sara se queda firme, a su lado, como un escudo.

—Luego —zanja Mia—. Hablamos luego.

El tipo insiste, pero Mia niega con la cabeza y él termina por irse. Justo cuando ella cree que nadie la observa, se pasa la mano por el cabello y suelta el aire de golpe. Un gesto tan humano y cargado de peso que me dan ganas de acercarme y quitarle esa carga de los hombros. Pero me detengo. No me ha llamado.

Saco el celular y le escribo.

Lucas: ¿Todo bien?

Responde casi al instante.

Mia: Sí. Todo bien.

Voy a leer un rato sola.

No hay excusas. Es una decisión simple. Así que procedo a guardar el celular.

La veo alejarse con Sara y, por primera vez, siento que lo mejor que puedo hacer es no seguirlas, no inventarme historias, no meterme donde no me llamaron. Porque, sea lo que sea lo que esté pasando, Mia lo maneja a su manera.

Y yo, por alguna razón, quiero aprender a respetar eso. Aunque me cueste. Aunque me deje con mil preguntas. Aunque no entienda nada.

Solo me toca esperar.

PERMÍTEME

Mia

Llego a la escuela con una ligereza que no me esperaba. No es una felicidad explosiva, es algo más profundo: alivio.

Camino por el pasillo y, por primera vez en mucho tiempo, no siento que interprete el papel de «Mia, la chica perfecta». Algo se acomodó dentro de mí.

Veo a Sara apoyada en su casillero, me observa con esa sonrisa suya que siempre aparece cuando huele el chisme.

—Llegas tarde —me saluda.

—Cinco minutos no es tarde.

—Para tu historial de puntualidad, es una eternidad.

Me mira de arriba abajo, divertida.

—*Ok*… suéltalo.

—Terminé con Sebastián —lo suelto así, sin anestesia.

Sara no se sorprende. Ni siquiera parpadea. No dramatiza; solo sonríe con satisfacción.

—¡Amén! Ya era hora. Era más que obvio.

—¿Así de fácil?

—Tú no estabas ahí por amor, ni siquiera por una conexión real. Estabas con él porque tenía sentido logístico. Seba es el capitán, es guapo y popular. Pero eso era todo. Atracción, como tú misma dices.

No respondo, porque tiene razón.

Seguimos caminando juntas y siento algunas miradas. Siempre las hay, para bien o para mal. Que me miren, que me sigue gustando.

Entonces, lo veo. Lucas. La pintura.

Nuestras miradas se cruzan y él sonríe. Siento un vuelco incómodo, no porque quiera huir, sino porque me entran unas ganas absurdas de quedarme a vivir en ese segundo.

Mi celular vibra. Es él. Intercambiamos un par de frases y me descubro riendo sola frente a la pantalla.

—Ajá —sentencia Sara—. Esa sonrisa no es nueva, pero hoy tiene otro brillo.

—No empieces, Sara.

—Yo no empiezo. Solo observo los hechos.

El resto de la mañana es un juego de nervios. Cada vez que Lucas se acerca, su calma me desarma. No intenta impresionarme con frases ensayadas ni con posturas de galán, y eso es precisamente lo que me pone a temblar.

Sara casi suelta la sopa, como quien dice, pero doy gracias que no ha dicho nada. Lo tengo que decir yo, pero aún no. Lucas no pregunta más y eso me tranquiliza. En la última clase tengo la terrible sensación de contarle a Lucas lo que me pasa y saco mi celular. Intento contarle lo de Seba por texto, pero me arrepiento. Quiero que sea cara a cara.

A la salida, la realidad me da un bofetón en forma de auto de lujo. Santiago está ahí, se baja y se recuesta de su carro. Me espera con esa seguridad blindada de quien cree que el mundo es su tablero de ajedrez.

—Mia, necesito hablar contigo.

—No ahora —le respondo, con una punzada de irritación.

¿Qué se cree para aparecer así en mi escuela?

—Sí, ahora —insiste—. Porque evitas lo inevitable.

Me detengo en seco. Sara también. ¿De qué habla? Él me mira como si fuera un acertijo divertido.

—No evito nada, Santiago. Tan solo no me interesa esta conversación.

Sonríe como si eso fuera un reto.

—Siempre tan intensa —dice—. Eso es parte de tu encanto.

—No es un cumplido.

—Claro que lo es —responde—. Cualquier chica moriría por estar conmigo. Buen apellido, buena familia, buen futuro. Todo encaja.

Así que de esto se trata entonces cuando dijo que iba a hacer lo posible para que saliéramos juntos y mentir sobre ser pareja.

—En papel —le escupo—. Solo en papel.

—Acompáñame a la boda de mi hermana —insiste, se acerca un poco más—. Sé mi +1. Déjame hacer lo que sé hacer.

—¿Qué cosa?

—Haré que te enamores de mí —dice sin pudor—. Solo dame tiempo.

Lo miro con una mezcla de lástima y asombro. Está loco.

—No necesito que nadie me haga enamorar —respondo firme—. No creo en el amor, y mucho menos en los negocios disfrazados de romance.

—Estás confundida.

—No, no lo estoy. Allá tú —digo con firmeza—. No esperes que cambie de opinión.

Santiago esboza una sonrisa que no llega a sus ojos. Murmura un *«ok*, como digas» y se va. Sé que no se ha rendido; ese tipo de personas no aceptan un «no» como respuesta final.

Me paso la mano por el cabello, frustrada, hasta que mi celular vibra.

Lucas: ¿Todo bien?

Sonrío. Él es el contrapeso que necesito. Le respondo que voy a leer un rato a solas.

—Pero qué intenso el Santiago ese… ¿todavía no se rinde? —comenta Sara antes de dirigirse a su auto. Como siempre, no me deja sola.

—No, desde ese día en el restaurante que te conté, no ha parado de «intentar enamorarme».

—Vaya, la verdad que, para no creer en el amor, tienes a tres chicos guapos en tu vida —comenta Sara entre risas—. Siento hasta envidia.

—Graciosa, Seba y yo quedamos como amigos y Santiago para ningún lado es que va —replico decida.

—No dijiste nada negativo de la pintura, ¿eh?

—Déjame —respondo con una pequeña sonrisa.

Se ofrece a llevarme, pero decido caminar hasta el parque cerca de mi casa. Necesito silencio. Me siento bajo un roble viejo, abro *Orgullo y Prejuicio* y dejo que las palabras de Jane Austen me rescaten del caos.

Leo durante una hora, en paz, hasta que el sonido del rebote de un balón me distrae. Un grupo de chicos llega a la cancha cercana. Los miro por encima del libro y ahí está él.

La pintura.

Me reconoce al instante y su sonrisa se ensancha. Les hace una seña a sus amigos y se acerca a mí, deja que el mundo siga girando sin él.

—¡Mia! Jamás pensé encontrarte aquí.

—No te dije dónde iba a leer —me río—. Me encanta este parque.

—¿Vienes mucho?

—Sí. ¿Y tú?

—Es mi primera vez aquí —confiesa—. Me invitaron a jugar, pero pueden esperar.

Se sienta a mi lado y hablamos de libros, de tramas y de silencios. Entonces, sus amigos se acercan, curiosos y ruidosos.

—Ho-hola —dice uno—. Soy Andrés. —Le tiembla la mano al saludarme.

—La estás asustando —dice otro apartándolo—. Yo soy Michael, pero dime Mike.

—¡Oye, no te adelantes! —protesta Andrés.

—Y yo soy Tomás —dice el tercero—. Mucho gusto. Luc nos ha hablado de ti.

—¿Ah, sí? —pregunto divertida—. ¿Y qué les ha dicho?

—Nada —salta Lucas, colorado hasta las orejas—. Ya basta. Vayan a jugar.

—Pero ya no seremos dos contra dos —dice Andrés preocupado.

—Mañana nos cuentas los detalles —añade Mike con una sonrisa pícara mientras hala a Andrés para que se aparte.

—Vamos —dice Tomás con un empujón—. No avergüencen a Luc frente a una chica.

Se van riendo, se empujan entre ellos y nos dejan solos de nuevo.

—Perdón por ellos —dice Lucas.

—Tranquilo —respondo—. Las amistades son así.

El aire se vuelve más denso, más cargado de algo que no sé nombrar. Y, entonces, me atrevo.

—Terminé con Sebastián —digo.

Lucas no me interrumpe. Me escucha con una atención que me hace sentir importante.

—Oh. ¿Por eso estabas un poco rara hoy? —pregunta con suavidad.

—No lo sé. Solo sé lo que no siento. Y con él, no sentía nada real.

—Mmm, eso ya es bastante.

Nos quedamos en silencio. Él parece procesar la noticia mientras observa la cancha.

—¿Todavía soy la pintura renacentista? —pregunta de pronto con un toque de picardía.

—Más que eso —respondo, y la sinceridad en mi voz me sorprende hasta a mí.

Lucas no dice nada más. Me mira, decidido. Levanta la mano despacio, con una lentitud que me permite huir si quiero, pero no me muevo. Aparta un mechón de mi cabello y sus dedos se quedan ahí, rozando mi mejilla. Es un contacto suave, una certeza lenta que me recorre la piel.

No me muevo.

Sus dedos permanecen ahí unos segundos más. No aprieta; no invade. Solo está.

—Mia… —su voz baja un octavo—. Quiero decirte algo.

Levanto la mirada.

No sonríe. No parece que bromee. Está serio y tranquilo. Y yo, por dentro, me quiero morir.

—Me gustas mucho.

Mi respiración se vuelve consciente. No hay presión, no hay exigencias de estatus social. Es solo Lucas, un chico que huele a metal y a papel limpio, que me dice la verdad. Su mano en mi rostro no me pide promesas; solo me ofrece un espacio donde ser yo misma.

No creo en el amor. Eso sigue siendo mi escudo. Pero mientras lo miro a los ojos y siento el calor de su mano, me doy cuenta de que quizás, solo quizás, no hace falta creer en el amor para empezar a sentir algo que se le parece mucho.

Por ahora, dejar que se quede ahí es más que suficiente.

ÁNCLAME

Lucas

Gané el tercer round.

Se lo dije. Le solté que me gusta, y mucho. Todavía no me lo creo, pero las palabras ya no tienen vuelta atrás.

No hubo fuegos artificiales, ni música de fondo, ni el beso de película que algunos esperarían. Solo estábamos ella y yo, el parque y el eco de mi propia confesión vibrando en el aire.

Antes de hablar, levanté la mano. No lo pensé demasiado; en mi mundo, si piensas algo más de dos segundos, el miedo te noquea. Mis dedos le rozaron la mejilla con una precaución casi religiosa, como si temiera que se desvaneciera si presionaba de más. Su piel estaba tibia, real. Mi pulgar se demoró ahí, se ancló a ella.

—Me gustas mucho, Mia —repetí en mi mente mientras lo decía en voz alta.

Decirlo fue la parte fácil. Lo difícil es el vacío que se abre justo después.

El pecho se me aprieta y el aire entra a mis pulmones con dificultad, como si se hubiera vuelto sólido. Es ridículo cómo una verdad tan simple puede desordenar todo un sistema de defensa.

Ella no se aparta ni tampoco se acerca. Sus ojos buscan los míos y por un instante temo haber ido demasiado lejos. Entonces bajo la mano. La retiro despacio, como si alejarme de su rostro fuera más difícil que tocarlo.

Sonrío. Claro que sonrío. Siempre sonrío cuando debo hacerlo. Nadie lo nota. Nadie nunca lo nota. Ni incluso ella. Por fuera, soy el chico tranquilo. El que parece seguro. El que habla despacio y mide las palabras. Por dentro, cuento. Hace tiempo no me pasaba.

Uno.
Dos.
Tres.

Mia baja la mirada apenas un segundo. Es un gesto mínimo, pero lo veo todo. La forma en que se lleva la mano al cabello, casi en el mismo lugar donde yo la tocaba hace un momento. La pausa exacta antes de volver a mirarme. Ese segundo se siente eterno.

Mi corazón va más rápido que mis pensamientos. Y mis pensamientos van demasiado lejos.

¿Y si ahora cambia todo? ¿Y si espera más de mí de lo que puedo dar? ¿Y si me equivoco? ¿Y si me equivoco otra vez?

Respiro despacio, aplico las técnicas que aprendí en terapia tras la muerte de mi madre. No puedo explicarle a Mia que a veces mi mente es un lugar ruidoso y oscuro. Que estar «bien» es un esfuerzo físico que me deja agotado. Que hay batallas en mi cabeza que no dejan cicatrices visibles, pero que duelen igual.

No ahora. Todavía no.

Ella no tiene por qué saber que, mientras la miro, me sostengo con hilos invisibles que amenazan con romperse.

—Gracias por decírmelo —dice ella al fin. No es una sonrisa completa, pero sus ojos no huyen—. De verdad. No estoy acostumbrada a que alguien sea tan directo... sin pedirme nada a cambio.

Asiento y no la interrumpo. La entiendo más de lo que cree.

—Necesito irme —añade—. Mi mamá me espera.

—Claro —respondo, le doy el espacio que yo mismo necesitaría en su lugar.

La veo alejarse con ese andar seguro que es su propia armadura.

Espero a que doble la esquina, desapareciendo de mi vista, antes de soltar el aire que tenía retenido en la garganta.

Uno.
Dos.
Tres.

—¿Estás bien? —pregunta Tomás, que se acerca con el balón bajo el brazo al ver que me he quedado solo.

—Sí —miento con la fluidez de un experto—. Vamos a jugar.

La cancha está casi vacía y el cemento exhala el último calor del día. Agarro el balón y dejo que mi cuerpo tome el mando. Cada rebote seco contra el suelo ordena una pieza de mi rompecabezas interno. Cada carrera, cada salto y cada canasto me devuelven el oxígeno.

Aquí, bajo el aro, no tengo que anticipar finales catastróficos. Solo existe el presente, el sudor y el cansancio físico que acalla el cansancio mental. Corro para no pensar. Me ejercito para anclarme.

Y, por ahora, con la confesión flotando en el aire y el recuerdo de su piel en mis dedos, eso es suficiente para mantenerme en pie.

SOSTENME

Mia

Cruzo la puerta de casa con el pulso todavía revolucionado. No sé si late así por la confesión de Lucas en el parque o porque mi instinto me advierte que esa calma se ha terminado. Dejo las llaves en la mesita de la entrada y, al levantar la vista, lo veo.

Santiago.

Mi estómago se contrae en un nudo de pura irritación. Está sentado en la sala de mi casa conversando con mi madre como si fuera el tercer hijo que nunca tuvo. Alberto está apoyado contra la pared, observa la escena con esa mirada cínica que suele reservar para los desastres inminentes.

—Mia, por fin llegas —dice mamá, radiante—. Mira quién ha venido a visitarnos de sorpresa.

Como si no lo hubiera notado desde lejos.

—Hola —respondo, suelto la mochila con un golpe más seco de lo planeado.

Santiago se levanta de inmediato. Impecable y correcto como siempre suele parecer.

—Vine a saludar y a charlar un momento —dice con esa sonrisa de comercial.

—Se va a quedar a cenar —anuncia mamá, ilusionada.

Horror absoluto. Siento que el aire de la sala se vuelve denso, como si estuviéramos a punto de entrar en un lugar oscuro al que no podré escapar.

—En realidad —continúa él, dirigiéndose a mi madre—, quería comentar algo importante. Mi hermana se casa pronto y pensé que sería perfecto que Mia me acompañara como mi pareja. También quería saber si usted aprueba... bueno, lo nuestro.

Me quedo helada. ¿Pareja? ¿Lo nuestro? ¿Pero qué clase de cables tiene cruzados este cabeza de papa?

—¡Oh, Santiago! Eres un muchacho tan atento —exclama mamá —. Siempre tan respetuoso. Entonces, Mia... ¿lo de Sebastián ya es historia y ahora es Santiago? ¡Qué alegría!

¿Pero qué diablos está pasando? Estoy tan incrédula que las palabras se me quedan atascadas en la garganta. Alberto carraspea, rompiendo el silencio.

—Mia sabe decidir sola —dice mi hermano—. Aunque yo todavía no he firmado ningún contrato emocional por ella.

Gracias, Alberto. Por una vez, su sarcasmo es mi salvavidas.

—¡Alberto! No seas grosero —lo regaña mamá.

—Solo digo —responde él, encogiéndose de hombros—. Por si acaso alguien aquí ha olvidado que Mia tiene voz.

Mi celular vibra. Lo saco bajo la mesa y le escribo a Sara:

Mia: SOS. Santiago está en mi casa.

Cena incluída. Está inventándose cosas.

La respuesta llega rápido.

Sara: Voy para allá. No mueras.

La respuesta de mi mejor amiga me da un poco de oxígeno. Mientras espero a que llegue, mamá anuncia que también invitó a mi tía Eleanor. Genial. La liga de las apariencias está completa.

Minutos después, suena el timbre y entra Sara. Su sonrisa se apaga en el acto cuando sus ojos se topan con los de Alberto. Se queda rígida, como si alguien le hubiera dado al botón de pausa.

Nunca entenderé qué le ve a mi hermano, pero el efecto es fascinante.

—Hola —dice ella, con una voz más aguda de lo normal.

—Sara —responde Alberto, muy formal—. Qué gusto verte otra vez en mi humilde residencia.

—No es solo tu casa —le recuerdo yo, porque necesito recuperar el control.

—Pero me siento parte del inventario —replica él.

Sara se ríe, nerviosa, y se sienta a mi lado, tan recta que parece que va a romperse.

—¿Me ayudas en la cocina? —le pide mamá a Alberto.

—¿Yo? —Pone cara de tragedia—. Esto es abuso doméstico.

—Sara, qué bueno tenerte aquí, si quieres también me puedes ayudar que sé que eres excelente en la cocina. Teniendo un papá chef… —dice ella.

Alberto se levanta y Sara le sigue el paso para acompañarlo, pero casi se tropieza con la alfombra.

—Estoy bien —dice rápido.

—No muerdo —dice Alberto—. Solo a mi hermana.

—¡Alberto! —le grito.

—Con cariño.

Se van discutiendo por todo: que si el cuchillo no corta, que si la cebolla hace llorar, que si «no me empujes», que si «no exageres». Entre sus quejas y risas nerviosas, noto algo real, algo que fluye de manera torpe pero auténtica. Al menos ellos se comunican.

—¿Podemos hablar? —dice Santiago, acercándose a mí.

Asiento. Prefiero enfrentarlo ahora a fingir en la mesa. Salimos al balcón y, en cuanto cierro la puerta corrediza, su máscara de chico perfecto se agrieta.

—No tenías que quedarte callada —dice molesto—. Pudiste seguirme la corriente.

—No había corriente que seguir, Santiago. Dijiste mentiras.

—Dije lo que hacía falta decir para que nuestras familias estén tranquilas.

—Hablaste de un noviazgo que dejé claro que NO existe.

Él se cruza de brazos, impaciente.

—Mia, nadie habla de sentimientos. Es una etiqueta, una conveniencia social. Como te propuse en el restaurante.

—Y te dije que no —le recuerdo, con voz firme—. Mi voz no está a la venta.

—Ahora es distinto.

—¿Porque hay más gente pendiente de tu circo?

Su mandíbula se tensa.

—Todo el mundo asume que estamos juntos. No voy a quedar como un imbécil por tu culpa. Solo te pedí que no me contradijeras.

—Ellos asumen ahora por tu culpa. ¿Para qué mientes? Tú solo mientes para proteger tu imagen, pero yo no soy utilería de tu teatro —le digo, doy un paso hacia él—. No me pidas que finja algo que me da náuseas.

—Cualquier otra chica aceptaría.

—Entonces busca a cualquier otra —respondo—. No soy el plan de nadie, y menos de ti.

Da un paso hacia mí.

—No te pido nada real —dice—. Cada cual con su vida. Solo usarlo cuando convenga.

—¿Cuando te convenga a ti?

No responde.

—Pierdo mi voz si acepto —digo—. Y no pienso hacerlo.

—Siempre tan intensa —gruñe él.

—Y tú siempre tan acostumbrado a que el mundo te diga que sí. Pues acostúmbrate al «no», Santiago. No voy a mentir por ti. Ni ahora, ni en la boda, ni nunca.

Desde la cocina me llega la carcajada de Sara. Alberto dice algo y ella responde con un «eres insoportable», pero noto una nota de cariño en su voz. Y me recuerdo que esa es la realidad que yo quiero: algo que se sienta, no algo que se planifique cómo lo quiere hacer Santiago a toda costa.

—No vuelvas a hablar por mí —sentencio antes de entrar.

—¿Y qué digo cuando pregunten?

—La verdad —respondo—. Que eres un mentiroso y que no somos nada.

Entro a la casa ignorándolo por completo y subo a mi cuarto. Cierro la puerta y me apoyo en ella, siento que las paredes se me echan encima. Saco el celular. Mis dedos tiemblan un poco, pero escriben solos.

Mia: Lucas…

Me siento en la cama. Hay silencios que pesan demasiado y personas que, sin saber cómo, se convierten en el único lugar donde uno quiere soltar toda la carga. Necesito que él me sostenga en estos momentos, aunque sea a través de una pantalla del celular.

ESCRÍBEME

Lucas

El celular vibra cuando estoy mirando el techo. No estoy dormido ni distraído; cuento respiraciones, como si eso sirviera para algo más que ver cómo el tiempo se me escapa entre los dedos.

Uno.
Dos.
Tres.

El tercer *round* de hoy sigue ahí, espera una respuesta o una resolución. Siento que la confesión en el parque me dejó expuesto, como un boxeador que bajó la guardia por un segundo.

El teléfono vuelve a vibrar. Es Mia. El corazón me da un salto torpe. No es dolor lo que siento en el corazón, pero siento que me aprieta.

Mia: Lucas…

Me incorporo y apoyo los pies en el piso frío. Mi psicólogo dice que el contacto con el suelo ayuda cuando la mente se acelera. Lo que siento es pura ansiedad, y trato de recordarme que no es peligro, que es solo ruido en mi cabeza.

Lucas: Estoy despierto.

Camino por el cuarto, me paso la mano por la nuca. Pienso en su cara cuando me aparté en el parque. En lo cerca que estuve de

quedarme y en lo mucho que quise hacerlo. Esas imágenes me persiguen una y otra vez.

Vibra.

Mia: Llegué a casa y fue un desastre.

El pecho se me cierra apenas. Recuerdo de nuevo a mi psicólogo: «no interpretes, espera». Eso intento hacer.

Mia: Había un chico en mi casa.
Se llama Santiago.

El nombre no me dice nada, ninguna imagen, ningún recuerdo. Pero que esto no tenga que ver con lo que pasó entre nosotros en el parque, por una extraña razón, me calma los nervios.

Lucas: ¿Quién es?

La respuesta tarda menos de un minuto.

Mia: Alguien que mi tía quiso emparejar
conmigo después de mi quinceañero. El día que
fui al café contigo, ella me llevó a un restaurante
para que lo viera. Perdona por no contártelo antes.

Frunzo el ceño. Eso es nuevo. El aire se me queda corto. Así que había alguien más en las sombras, un chico de «restaurantes finos» y planes familiares. Las piezas de su comportamiento un poco extraño de hoy empiezan a encajar.

Mia: Nunca hemos salido. Nunca hemos
sido nada. Desde el principio él dejó claro que
no quería una relación real. Solo fingir cuando le
conviniera. Y dejé claro que eso no es lo que
yo quiero.

Aprieto el celular entre las manos. Siento el plástico del mismo calentarse.

Mia: Hoy apareció otra vez cuando salíamos
de la escuela. Llegó en su carro y se bajó como
si nada a reclamarme ser su novia e ir a la boda
de su hermana a mentir. Como si tuviera derecho.

Mi mente arma la escena: el auto de lujo, el tipo bien vestido, ella detenida con Sara frente a él. Era Santiago.

El tipo que no me gustó desde que lo vi de lejos. La ansiedad se asoma otra vez.

Uno.
Dos.
Tres.

Estoy aquí. Mia sigue escribiendo.

Mia: En casa habló con mi mamá como
si tuviéramos algo. Usó la palabra noviazgo.
Yo no sabía nada.

Me siento en mi cama y el pecho me da otro golpe seco. Pero ¿y Santiago qué se cree? ¿Se cree que puede mandar a Mia como le da la gana?

Mia: No supe cómo romper el momento
y me quedé callada. No lo corregí.

Trago saliva. Esa no es la Mia que conozco. ¿Quedarse callada? Jamás.

Mia: No porque fuera verdad, sino
porque no super cómo reaccionar.

Aprieto el celular con más fuerza.

Mia: Están todos abajo. Mi mamá, mi tía,
mi hermano, Sara, él… No quiero que esa
mentira se quede flotando. Sería más fácil
dejarlo como está, pero yo no soy así.

Cierro los ojos. El aire entra mejor ahora. Escribo despacio, mido cada letra, como si cada palabra fuera un peldaño para ella.

Lucas: Te agradezco por decirme todo esto, Mia.
Solo quiero que sepas que no hiciste nada mal.

Espero un segundo antes de seguir.

Lucas: Quedarte callada en esos momentos
no te define. Lo que hagas ahora, tal vez sí.

Espero su respuesta apoyando los codos en las rodillas. Respiro. Uno. Dos.

Mia: Estoy en mi habitación y no sé si bajar
y decirlo todo… o quedarme aquí y ya.

Escribo lo que veo en ella, lo que ella quizá olvidó bajo la presión de su madre y tía. Las palabras de mi madre vienen a mi mente como un susurro necesario.

Lucas: Mia, tú no eres un personaje
secundario en tu propia historia.

Pausa.

Lucas: Si alguien habla por ti, cambia el sentido de la página. Y tú sabes cuándo una frase no te representa.

Tecleo despacio.

Lucas: A veces no hace falta escribir un capítulo entero. Solo corregir una línea antes de que siga avanzando.

Respiro. Me parezco tanto a mamá. Recuerdo cuando ella me decía justo estas palabras que tanto apoyo me daban, y se las comparto a Mia.

Lucas: Esta es tu historia. Y nadie más puede narrarla por ti.

Siento el pulso acelerado de nuevo, pero reconozco que está estable. Practico la misma concentración que siento cuando reparo un motor de un auto: si ajustas la pieza correcta, todo vuelve a funcionar.

Lucas: Si bajas, no es para pelear.
Es para decir la verdad.
Y eso siempre pesa menos que el silencio.

El celular vibra casi al instante.

Mia: Gracias… mi pintura.
Necesitaba leer eso.

Me apoyo contra la pared, parpadeando. Ha escrito «mi pintura». Ya no soy solo un concepto o un apodo al azar. Siento que hay una posesión suave en esas palabras que me detiene el mundo. No voy a cruzar ninguna línea todavía, pero le dejo claro que sigo aquí.

Lucas: Para eso están los amigos. Ve.
Yo estoy aquí pendiente por si me necesitas.

Pasa un minuto. Dos. Tres.

Mia: Voy a bajar.

Sonrío sin darme cuenta. Apago la luz y me acuesto de nuevo con el celular sobre el pecho. No hemos hablado de lo que le dije esta tarde, de ese «me gustas mucho» que quedó suspendido en el aire del parque. Pero si ella decide que hoy solo puedo ser el amigo que le da fuerzas para enfrentar su realidad, estoy bien con eso.

Porque acompañar a alguien en su batalla, sin pedir nada a cambio, también es una forma de amor. Y, quizá, la más real de todas.

LÍBRAME

Mia

Salgo de mi cuarto, cierro la puerta tras de mí y apoyo la frente en la madera un segundo más de lo necesario. Todavía tengo el celular en la mano; el último mensaje de Lucas todavía me tranquiliza la respiración. Tú no eres un personaje secundario. Con esa frase grabada en la mente, bajo las escaleras con seguridad.

Escucho el ruido antes de ver las caras. Escucho el chocar de ollas, platos y pasos cruzados. Mi mamá y mi tía Eleanor están juntas en la cocina, se mueven con una sincronía casi perfecta que grita «emboscada familiar». Yo no estaba preparada para ver a mi tía hoy, pero ahí está, con su aura de perfección y sus planes ajenos.

—Mira quién bajó —dice mi tía al verme—. Ven, ayúdanos a poner la mesa, cariño.

Claro, ayudar. La indirecta favorita para «ven y siéntate a escuchar lo que hemos decidido por ti».

Alberto y Sara también siguen ahí. Mi hermano pica algo que no necesita ser picado, mientras Sara revuelve una salsa con una concentración digna de un laboratorio químico. Se nota que las clases con su papá chef están dando frutos.

—Eso ya está listo, Sara —dice Alberto.

—Yo diría que no, y soy la experta aquí, ¿sabes? —responde ella sin mirarlo, roja como un tomate.

—Si tú lo dices…

Sara se ríe. Se le escapa esa sonrisa genuina y fresca. Luego cae en cuenta quién es el autor del chiste y baja la mirada, vuelve un poco a su rigidez. Alberto sonríe satisfecho. Por un momento olvido mi tragedia y pienso: *Ew, se gustan*. Mi mejor amiga y mi hermano. Todavía no me hace sentido. Es una imagen que procesaré en otro momento.

Veo a Santiago sentado a la mesa, observa todo como si fuera un monarca que evalúa a sus súbditos. No ayuda a nadie, solo está ahí para juzgar lo que ve. Me siento frente a él con mi mejor cara de pocos amigos.

—¿Cómo te fue hoy? —pregunta mi tía.

—Bien —respondo seca.

No miento, solo no digo mucho, o la verdad, casi nada.

La conversación avanza por lo cotidiano, sobre el calor y el olor exquisito de la comida. Mi tía cuenta una anécdota que nadie pidió y que, en lo personal, no me interesa. Alberto se queja del arroz y Sara defiende sus dotes culinarias. Increíble.

—Si no te gusta, cocina tú y ya —le dice ella.

—Lo haría —responde—, pero temo que después no quieran comer nada más.

—Modesto —dice ella.

—Realista.

Santiago se ríe. Yo no. No estoy para risas en estos momentos.

—Mia —suelta mi tía de pronto, lanzando el anzuelo—, tu madre y yo hablábamos de lo organizada que eres. Para la boda de la hermana de Santiago, serías el apoyo ideal y...

Ahí está. Dejo los cubiertos sobre la mesa. No hago ruido, no alzo la voz. Estoy en paz, porque hoy voy a corregir esta situación y no la voy a dejar escapar.

—Antes de seguir —digo, y el aire en la cocina se congela—, necesito aclarar algo. No existe ningún noviazgo entre Santiago y yo.

Mamá parpadea, procesando. Mi tía frunce el ceño. Sara se queda inmóvil con la cuchara en el aire. Alberto alza una ceja; él ya lo veía venir.

—Eso no es lo que… —empieza Santiago, en un último intento por recuperar el control.

—No —lo interrumpo—. No es lo que tú has dicho. Pero es la verdad.

Miro a mi mamá y luego a mi tía, sostengo el contacto visual y les dejo saber con mi mirada que hablo en serio.

—Nunca hemos salido. Nunca hemos sido nada. Y nunca lo seremos. Quiero que quede claro ahora mismo para que dejen de circular rumores falsos.

Mi tía abre la boca, herida en su orgullo de casamentera. A pesar de que aquella noche en el restaurante me dejó ser, estoy segura que no se ha dado por vencida.

—Ay, Mia, yo solo pensé que harían una pareja tan distinguida...

—Lo sé, tía. Pero pensar no es decidir por mí.

Santiago se acomoda en la silla, tenso. No pide perdón por lo ocurrido, solo me mira como si analizara una nueva jugada en un tablero.

—Esto se puede hablar mejor —dice con una voz gélida—. Con calma.

—No —respondo—. Porque no empezó con calma. Empezó con una mentira tuya, y se termina aquí.

Alberto deja el cuchillo y suelta una carcajada seca.

—Gracias —dice mi hermano—. Lo que no entiendo es por qué se matan dos tipos por ella al mismo tiempo.

¿Es en serio, Alberto? Siento deseos de lanzarle un trozo de pan.

—¿Dos? —pregunta mi tía, escandalizada.

—Sebastián y Santiago —continúa él, disfruta del caos—. Y, honestamente, si mi hermana no pudo con uno, no sé cómo

pretendían que manejara dos a la vez.

Yo mato al payaso este. Pensé que iba a ayudar a la situación, no sé ni por qué me hago de ilusiones.

—¡Alberto! —le grita mi madre.

—¿Qué? Es lógica básica. Yo sabía que esto de Santiago era puro cuento.

Santiago aprieta la mandíbula hasta que le blanquean los nudillos. Hace caso omiso al comentario de Alberto y vuelve a dirigirse hacia mí.

—Exageras, Mia. Nadie está diciendo que...

—Yo sí lo digo —lo corto—. Y quiero que este teatro se cierre hoy. Ni en esta casa, ni fuera de ella, somos pareja.

Mamá me observa en silencio durante un segundo que parece un siglo. Veo cómo su expresión cambia de la confusión a un poco de comprensión.

—Está bien —dice al fin—. Si eso es lo que sientes, te apoyo. Estoy orgullosa de que hables por ti misma, hija.

Mi tía suspira, incómoda, y Santiago me sostiene la mirada con un brillo de «esto no ha terminado» que me da escalofríos. Pero no me detengo. Según las palabras de Lucas, me queda una última línea por escribir.

—Y hay algo más —añado. El silencio vuelve a ser absoluto—. Me gusta otro chico.

—¡JA! ¡Ahora son tres! ¡Tres! —exclama Alberto.

Mi tía se lleva la mano al pecho. Mamá se queda de piedra. Sara parpadea. Santiago se tensa.

—Y no, no es Sebastián —luego miro a Santiago—. Y, definitivamente, no eres tú. Que quede claro.

Sara me mira, sonríe y me dedica un guiño rápido. Sabe muy bien de quién hablo.

—Espero —concluyo— que ahora sí esto termine aquí.

La cena continúa después de eso. Es una comida torpe, silenciosa y cargada de una tensión eléctrica, pero, por fin, parece ser honesta. Me siento liviana, como si me hubiera quitado un gran peso de encima. Porque sostenerse a una misma, a veces, significa soltar la verdad completa delante de quien sea necesario.

CUÍDAME

Lucas

Han pasado semanas desde aquella tarde en el parque.

No las suficientes como para que el recuerdo se apague, pero sí para que el silencio deje de doler. No volvimos a hablar de mi confesión; ese «me gustas mucho» quedó suspendido entre nosotros como una frase sin punto final.

Hablamos de todo lo demás: mensajes a deshoras, audios sin filtro, bromas que solo nosotros entendemos. Nuestra amistad crece en este espacio raro que creamos. Ella no ha dicho que le gusto, pero tampoco se ha ido ni me ha apartado. Y yo he aprendido a quedarme ahí, en ese punto intermedio donde no se ganan *rounds*, pero tampoco se pierden.

Entonces ocurre lo normal en la escuela, en especial en el último año: una fiesta. La fiesta cae un viernes por la noche. Una gran fiesta en una casa grande con la típica música demasiado alta, juegos y alcohol clandestino. Luces improvisadas que no combinan con nada. Sé que es en casa de Sebastián, porque alguien lo comenta, no porque él me lo diga. No somos enemigos, pero tampoco amigos.

Yo no planeo ir. Hasta que ella escribe.

Mia: ¿Vas?

Y si ella me escribe, claro que voy. Además, que no me viene mal despejar la mente en otro escenario, después de todo.

Desde la entrada, el ruido me envuelve. Risas exageradas, conversaciones cruzadas, alguien gritando una canción… lo típico. Me ofrecen algo de tomar y acepto el vaso rojo usual de bebida solo para tener algo en la mano. No bebo todavía.

Entonces la veo.

Está al otro lado de la sala y, por un segundo, todo lo demás pierde volumen. Lleva un vestido sencillo, oscuro, que le queda justo como si no hubiera sido elegido para impresionar a nadie. El cabello suelto le cae sobre los hombros y brilla bajo las luces. No necesita producirse; es ella y, para mí, es perfecta. Se mueve con esa seguridad tranquila, como si supiera con exactitud quién es incluso en medio del caos. Y, claro, todos a su alrededor la miran.

Habla con Sebastián y su nueva novia, Linda. Es la nueva parejita top del año escolar. Mia sonríe de forma educada, sin mostrar rastro de incomodidad. De verdad son amigos. Me sorprende lo bien que se llevan luego de haber terminado.

No me acerco de inmediato y decido darle su espacio. Camino por la casa, saludo a un par de personas, observo escenas sueltas: alguien baila sobre una silla, otro discute en el patio por algo mínimo, un grupo improvisa un juego de cartas en la mesa del comedor.

Entonces dejo que la música me golpee los oídos. Es lo que necesito: que el volumen esté tan alto que no pueda escuchar mis propios pensamientos. Si me quedo quieto demasiado tiempo, la realidad me va a alcanzar, y hoy no tengo fuerzas para pelear con ella. Aquí soy solo otro chico más en la multitud.

Me detengo en la cocina, hago que bebo con el vaso que tengo en la mano. El calor se comienza a sentir sofocante.

—Vaya, Lucas. Por fin te dejas ver en una de estas.

Me giro y me encuentro con una chica cuyo nombre no recuerdo, aunque la he visto mil veces en los pasillos. Se apoya en la mesa y me bloquea el paso con una sonrisa que hace que se me paren los

pelitos de los brazos. Lleva un vestido ajustado y me mira con cara de pura lujuria.

—Pensé que eras más de los que se quedan estudiando un viernes —dice y se inclina hacia mí. Su perfume es intenso, una mezcla dulce que me pica en la nariz—. Te ves muy bien, ¿sabes? Más de lo normal. Tienes ese aire de chico misterioso que a todas nos vuelve un poco locas.

—Solo estoy de paso —respondo, intento sonar relajado.

Ella da un paso más, invade mi espacio personal. Apoya una mano en mi pecho, justo sobre el corazón, y noto como sus uñas largas rozan la tela de mi camiseta.

—No pareces alguien que solo esté de paso. Pareces alguien que necesita una distracción —murmura, y su voz baja un tono, volviéndose sugerente—. Yo estoy aquí. ¿Bailamos? O mejor, ¿buscamos un sitio donde no haya que gritar para entenderse?

Miro su mano sobre mi pecho. Quizás hace unos meses atrás, antes de conocer a Mia, habría aceptado el juego. Es una chica guapa y la oferta es clara. Pero, mientras me mira, solo puedo pensar en que su tacto no me provoca nada. Es como si viera una película con la que no conecto.

Su perfume me agobia; me falta ese aroma de flores y a limpio que solo tiene Mia.

—Gracias —le digo, le retiro la mano con suavidad, pero sin dejar espacio a dudas—. Pero la distracción que busco no es de ese tipo.

Ella parpadea, sorprendida. De seguro no está acostumbrada a que el «chico misterioso» pase de largo. Me lanza una mirada entre molesta y confundida mientras me abro paso para salir de la cocina. Estar rodeado de gente que coquetea por aburrimiento solo me confirma que no pertenezco a este juego de apariencias.

Me muevo de ahí y me dirijo hacia la mesa del comedor, observo el juego de cartas hasta que Mia se une.

—Hola, qué bueno que viniste —me susurra al oído. El calor de su voz me recorre la espalda.

—Aquí estoy —respondo.

Pero ella va directo al juego. Juega un par de rondas y pierde. Se ríe cuando le toca tomar un sorbo extra de cerveza. Nada exagerado ni nada fuera de lugar. Yo la observo jugar y me río con ella.

—Esto está comprado —dice—. No puede ser casualidad.

—El universo tiene favoritos —responde alguien.

—Confirmado —dice ella, levanta el vaso y toma un sorbo.

Y luego otro más. Nada fuera de lugar de nuevo, hasta que la música sube y la casa empieza a vibrar. Noto que su postura cambia un poco. Sigue con la mirada a Sara, que habla con un chico en la cocina. Lo reconozco. Es el hermano de Mia.

—¿Ese es…? —pregunta, sin terminar la frase.

—Tu hermano —respondo—. ¿No?

Suspira.

—Sara no me dijo que lo había invitado —murmura Mia, aprieta los labios—. Lo tenía muy calladito.

—¿Te molesta? —pregunto.

—No. Me alegra por ella. De verdad. Solo que me hubiera gustado saberlo.

Asiento. No hace falta decir más.

Ellos dos se acercan. Sara saluda a Mia con normalidad, como si nada. Alberto levanta una mano un tanto incómodo.

—Hola, querida hermana —dice él.

—Hola —responde Mia—. ¿Qué haces aquí? ¿Te diviertes?

—Más o menos.

—Mentira —dice Sara—. Le gusta observar más que nada… como que no hay rock aquí…

Alberto no lo niega. Nos quedamos ahí un rato, con una conversación ligera. Nada raro ni nada intenso. Pero, cuando nos alejamos, Mia vuelve a tomar. Un sorbo. Luego otro. Y luego un tercero.

La fiesta sigue y cada vez se hace más tarde. Escucho a alguien llorar en el baño y otro discute en el patio. Todo muy típico de una fiesta estudiantil que no me encanta. Mientras todo esto pasa, Mia y yo terminamos sentados en un sofá, hablamos de cualquier cosa. Del colegio, de un profesor insoportable y de lo absurdo que es que todos finjan que se llevan bien.

—Esto es como una obra mal ensayada —dice—. Todos saben su papel, pero nadie se lo cree.

—Buen título —respondo.

—Para un desastre —dice, levanta el vaso.

Se ríe y se inclina un poco hacia mí. Nada evidente, nada brusco, solo un poco más cerca.

Decidimos alejarnos de la multitud, salimos en busca de aire y terminamos sentados en los escalones de una escalera secundaria, donde la música llega amortiguada. Su rodilla roza la mía y no se aparta. Me habla de lo cansada que está de las apariencias, de cómo la fiesta parece una obra de teatro mal ensayada. Habla más de lo normal, con una soltura que empieza a preocuparme.

Y yo no puedo dejar de mirarla. Es demasiado hermosa y brilla por su luz propia. Noto que un mechón de su cabello le cae sobre el rostro y, sin pensarlo demasiado, levanto la mano para apartarlo con cuidado. Mis dedos rozan su mejilla. El contacto es suave, lento, como si midiera cada centímetro.

Ella no se aleja; al contrario, inclina el rostro hacia mi palma.

—Lucas… —su voz es un hilo—. Tú sabes que eres muy *sexy*, ¿verdad?

El comentario me pega de frente; me desarma. No por ego, sino por la forma en que sus ojos se clavan en los míos.

—Mia… —intento decir, pero el aire se me escapa.

Se acerca más y su hombro se apoya contra el mío. Puedo sentir su respiración, tranquila y cálida.

—Me atraes —añade ella, acortando más la distancia—. Mucho.

Trago saliva. No me lo esperaba. En realidad, hace semanas que espero alguna respuesta, y ahora siento que no estoy preparado. Sin embargo, mi mano sigue en su rostro. El pulgar se mueve apenas por su pómulo. Todo en mí quiere rodearla, borrar los centímetros que quedan, besarla hasta que el ruido de la fiesta desaparezca.

Sí, quiero besarla con pasión.

La idea no irrumpe; pero se me instala como una necesidad vital. Ella se inclina más. Su frente roza la mía y sus ojos, ahora más pequeños, se detienen en mis labios.

—Me gustas mucho, pintura —susurra—. Mucho.

Enredo mis dedos en su cabello, la acerco apenas un poco más. Quiero esto. Ella no sabe cuánto quiero esto.

Pero, entonces, lo noto. Siento cómo su peso depende totalmente del mío, cómo su equilibrio flaquea y cómo sus palabras tienen ese arrastre sutil de la cerveza. Está ebria, de eso no hay duda. No totalmente perdida, pero sí lo suficiente como para que este momento no sea solo suyo, sino más del alcohol.

Cierro los ojos y respiro hondo. Me muero por ella, pero no así. No quiero que su primer «te quiero» sea un borrón que no recuerde mañana.

—Mia —digo, sin apartar mi frente de la suya—, ven conmigo.

Frunce el ceño.

—¿Qué pasa? —pregunta confundida cuando me separo—. ¿Hice algo mal?

—No, nada de eso. Solo confía en mí.

Me levanto despacio y le ofrezco la mano. La toma y sus dedos se entrelazan con los míos.

Busco con la mirada y encuentro a Sara primero. Luego a Alberto, que entiende antes de que diga nada.

—¿Pueden ayudarme un segundo? —pregunto—. Creo que es hora de llevarla a casa.

—Estoy bien… —protesta Mia con suavidad.

—Lo sé —le digo y le doy un apretón suave en la mano—. Pero es mejor así.

No discuto. No explico. Cuando se la llevan, Mia se gira una última vez y articula un «gracias» casi inaudible.

No sé si por cuidarla o por todo lo que decidí no hacer.

La fiesta sigue, la música sube, la casa vibra, pero yo no. Ya no está Mia, así que decido que es momento de irme también.

De vuelta a mi casa, en mi cuarto, la ansiedad me espera otra vez. Me acuesto mirando el techo y comienzo mis ejercicios de respiración.

Uno.
Dos.
Tres.

Los pensamientos me bombardean:

¿Y si solo lo dijo por la bebida?

¿Y si mañana se arrepiente?

¿Y si para ella no fue real?

El tercer *round* vuelve a empezar, pero esta vez con dudas que amenazan con volverme loco.

Sin embargo, hay una certeza que me calma. Creo que actué bien en esta situación, porque estar cuando todo es fácil es sencillo. Pero quedarse cuando las cosas se complican, respetar su vulnerabilidad y cuidarla incluso cuando mi propio deseo me grita que me quede... eso también es amor. Y del bueno.

ELÍGEME

Mia

Despierto con la sensación de haber soñado algo importante sin saber todavía si fue real. La cabeza me da vueltas un poco, pero no es resaca; sé distinguir muy bien el malestar físico de la carga emocional.

Lo que siento es otra cosa. Me llegan fragmentos: luces demasiado brillantes, risas ajenas, cartas, una escalera donde la música se escuchaba a lo lejos.

Y Lucas.

Me siento en la cama y dejo que todo vuelva sin apurarlo. No veo caos ni lagunas. Recuerdo lo que dije. Recuerdo cómo lo dije. Pero, sobre todo, recuerdo lo que no pasó. Y eso es lo que más se me clava en el pecho. Yo quería que pasara.

Recuerdo la mano de Lucas, el modo en que me apartó el cabello con un cuidado y atención especial, que me eriza la piel. Recuerdo la forma en que me miraba, no como quien quiere tomar algo que le pertenece, sino como quien teme romper un tesoro. Pudo besarme. El muy bobo tuvo la oportunidad perfecta y no lo hizo. Cierro los ojos un segundo, no por vergüenza, sino por claridad.

Anoche no hablé solo porque había bebido. Bebí porque estaba removida. Ver a Sara con mi hermano me tomó por sorpresa; me alegró y me dolió al mismo tiempo. Hay cosas que una quiere saber por boca de su mejor amiga, no descubrirlas en medio de una fiesta llena de ruido.

Tomo el celular y le escribo a Sara. Necesito confirmar que no lo imaginé.

Mia: Ok. Necesito que me expliques algo.

No tarda.

Sara: Buenos días a ti también…
Sabía que este mensaje venía.

Me muerdo el labio.

Mia: ¿Desde cuándo tú y mi hermano?

Veo los tres puntitos con poca paciencia. Se detienen un rato. Luego vuelven.

Sara: No es tan simple.
Pero sí… hay algo más. Desde hace un tiempo.

Exhalo lento.

Mia: ¿Y pensabas decírmelo… o iba a seguir descubriéndolo en fiestas?

Sara: Perdóname.
No te lo dije porque cada vez que lo mencionaba tú decías: "ew, ¿qué le ves?"

Suelto una risotada seca. Tiene un punto.

Mia: Ok, justo.

Pero igual… me hubiera
gustado saberlo.

Sara: Lo sé. Lo siento.
No quería que te enteraras así.

Dejo el celular sobre la cama unos segundos. No estoy molesta ni tampoco bien. Es una mezcla rara, como casi todo en los pasados días.

Mia: ¿Te gusta de verdad?

La respuesta llega sin demora.

Sara: Sí, mucho. Y me
da miedo decirlo en voz alta.

Sonrío. Esa vulnerabilidad la entiendo más de lo que quisiera.

Mia: Entonces está bien. Solo…
no me dejes fuera, ¿ok?
Y si ese cabeza de chorlito te hace
sufrir, lo matamos entre las dos,
aunque sea mi hermano.

Sara: Nunca te dejaría fuera. Te
quiero, aunque digas "ew" de mi
vida amorosa. Y claro, cuenta con eso.
Entre las dos lo matamos jaja

Suelto una risa que no sabía que necesitaba. Apoyo la espalda contra la cabecera y dejo que el silencio me envuelva. Me siento extraña, una mezcla de alivio y melancolía. Pienso en Lucas otra vez. En cómo, incluso cuando podía avanzar, eligió frenar. En cómo cuidó

un momento que con facilidad pudo volverse otra cosa. Busco su chat. Hay un mensaje de anoche:

Lucas: Avísame cuando llegues bien, porfis.

Eso fue todo. Nada de «¿por qué dijiste eso?», ni de «¿te acuerdas de lo que hablamos?» ni un «¿y ahora qué?». Solo cuidado y atención pura.

Bajo a la cocina y preparo café. Mientras el aroma inunda la casa, vuelvo a la escalera. Y eso me hace recordar de nuevo la noche de ayer. De cómo me sentí segura incluso cuando me acerqué más de la cuenta. Lucas me eligió a mí por encima de sus propios deseos, y eso... eso no es poca cosa. El no me lo tiene que decir, porque lo noté. Era obvio que me deseaba y se aguantó.

Vuelvo al cuarto con la taza caliente. Me siento en la cama y escribo sin pensarlo. Si lo pienso, me escondo en mi caparazón de «chica que no cree en el amor».

Mia: Buenos días.

El mensaje se envía antes de que pueda arrepentirme. Espero, pero, para mi alivio, no mucho.

Lucas: Buenos días. ¿Cómo estás?

Mi corazón empieza a tamborilear contra las costillas.

Mia: Bien, espero tú igual.

Quería decirte algo sobre lo de anoche.

Pausa. No porque no sepa qué decir, sino porque quiero decirlo bien.

Mia: Lo de anoche…

No fue solo la fiesta, ni la cerveza.

Trago saliva.

Mia: Me gustas también, Lucas.
Y quería que lo supieras así, con
la cabeza clara y sin ruido alrededor.

El teléfono vibra de inmediato, pero no lo abro. Dejo que el sentimiento se asiente. Por primera vez en mi vida, no siento que esté perdiendo el control por confesar lo que siento.

Siento que estoy eligiendo mi propia historia.

DETENME

Lucas

El mensaje de Mia sigue abierto en la pantalla. Lo leo otra vez, aunque ya me lo sé de memoria.

Mia: Me gustas también, Lucas.
Y quería que lo supieras así, con
la cabeza clara y sin ruido alrededor.

Me quedo quieto unos segundos, como si el mundo necesitara ponerse al día antes de que yo responda. No hay una sonrisa explosiva ni un arranque de euforia; lo que siento es algo más firme, más profundo. Empiezo a escribir un «Gracias por decírmelo así», pero me detengo y lo borro. Vuelvo a escribir.

Lucas: Me alegra saber que fue real para ti.
Para mí también lo es.

Me detengo de nuevo. Mi pulgar tiembla apenas sobre el teclado. Es ahora o nunca.

Lucas: ¿Te gustaría salir conmigo?
De verdad. Una cita.

El mensaje queda ahí unos segundos antes de enviarlo. No por duda, sino por respeto. Pero no lo pienso más y tomo una decisión.

Envío el mensaje y guardo el celular justo cuando el sonido del taller vuelve a reclamarme. Es sábado, pero mi padre no entiende de fines de semana. El olor a aceite quemado y metal caliente me recibe como siempre. Me gusta este lugar; aquí todo parece tener una solución mecánica, una causa y un efecto que puedes tocar con las manos.

—Luc —dice mi papá al verme—. Ven un segundo.

Asiento y me acerco, pero me detengo en seco al ver quiénes lo acompañan. Una mujer demasiado elegante para la grasa del suelo y las paredes está parada junto a un chico fino que parece de mi edad. Ella habla con una seguridad inigualable, señala las paredes y el terreno trasero como si ya trazara planos sobre ellos. El chico se mantiene callado, con las manos en los bolsillos y esa mirada de superioridad que reconozco luego de mirarlo bien y notar el carro de lujo en el estacionamiento.

El famoso Santiago. El aire se me tensa en los pulmones.

—Lucas —dice mi padre cuando me detengo a su lado—, ella es Marcia. Está interesada en el local.

—Mucho gusto, Lucas. —Marcia me sonríe con una cordialidad profesional—. Tu padre tiene algo muy bueno aquí. Mucho potencial.

—¿Interesada en qué sentido? —Me cruzo de brazos.

—Considero comprar el taller —responde con naturalidad—. Convertirlo en un negocio para lavar carros. Algo moderno, más rentable que un taller mecánico convencional.

La palabra «comprar» me golpea como un pistón fuera de tiempo.

—¿Vender? —repito, miro a mi padre—. ¿Desde cuándo el taller está en venta?

Él me evita la mirada y la concentra en un trapo sucio que tiene entre las manos.

—Después hablamos de eso, hijo.

—Nuestra idea es que tu padre se quede —interviene Marcia, que ignora la tensión—. Como empleado principal, por supuesto. Nadie conoce los fierros de este lugar como él.

¿Empleado? Siento cómo la mandíbula se me tensa hasta que me duelen los oídos.

—Este taller no es un lavadero de autos de lujo —digo, con un tono que no deja lugar a dudas.

Marcia no se altera.

—Todo puede transformarse, querido —responde, imperturbable —. Es cuestión de ver oportunidades donde otros solo ven grasa.

—¿Y desde cuándo necesitamos eso? —pregunto, sin disimular el tono.

Mi papá deja el trapo sucio sobre la mesa con un golpe seco.

—Lucas, después.

—No entiendo —digo—. Esto no es algo que se decide sin hablarlo.

Marcia mira su reloj.

—No quiero causar conflicto —dice—. Solo hago una oferta. Y es una buena oferta.

Lo sé, lo puedo apreciar. Lo veo en los ojos de mi papá. Parece ser demasiado buena. Pero ¿por qué vender? No entiendo nada.

Santiago me mira. Hay una chispa de reconocimiento en sus ojos, una burla silenciosa que me dice que reconoce el tipo de persona soy. Él es el estatus y el dinero; y yo soy solo el chico con las uñas sucias.

—Necesitamos hablar —le digo a mi padre, en un susurro—. Ahora mismo.

—Después, Lucas —repite él, con un cansancio en la voz que me detiene en seco.

Marcia asiente.

—Bueno, es una oferta excelente. Piénsenlo. Vamos, Santiago.

Salen del taller y el ruido de las herramientas vuelve a llenar el espacio, pero ya no suena a solo orden; suena a puro caos.

—¿Por qué no me dijiste nada? —le reclamo a mi padre en cuanto estamos solos.

Mi papá suspira, cansado.

—Porque no quería preocuparte. Estás en tu último año, tienes tus cosas...

—¿Y vender nuestro lugar de trabajo no es algo que me deba preocupar? —Mi voz sube de tono, impulsada por la frustración.

Él no contesta. Se da la vuelta y vuelve a sumergirse en el motor de un coche. Se esconde entre las piezas de metal.

Trato de calmar los latidos de mi corazón y saco el celular. La pantalla se enciende. Hay una respuesta.

Mia: Sí. Me encantaría, pintura.

El pecho se me aprieta, pero esta vez no es por la ansiedad. Es una mezcla extraña de alivio y angustia.

Escribo sin pensarlo demasiado.

Lucas: Entonces… ¿mañana?
Puedo pasar por ti. Sin prisa.

Guardo el celular antes de que el taller vuelva a envolverme en mis pensamientos.

—Después hablamos —dice mi papá otra vez.

Asiento, aunque no me sirve. Guardo el teléfono y salgo un momento a la calle para respirar. El sol de la tarde me da de frente y me obliga a cerrar los ojos.

Uno.
Dos.

Tres.

Tengo mi primera cita oficial con la chica que me gusta, y tengo un padre que está a punto de vender nuestro legado a la familia del chico que quiere quitármela. Las dos realidades chocan en mi cabeza como dos trenes en la misma vía. Y, por primera vez en mucho tiempo, tengo miedo de no ser lo suficientemente fuerte para sostener el impacto de ambas sin romperme. Eso me asusta mucho.

BÉSAME

Mia

Tengo una cita con la pintura, repito, ¡tengo una cita con Lucas!

Él llega a mi casa a las cuatro en punto. Lo sé porque llevo diez minutos sin apartar la mirada del reloj como si eso pudiera empujar las manecillas.

Cuando escucho el motor detenerse frente a la acera, el corazón me da un vuelco torpe. Respiro hondo, cuento hasta tres y salgo.

Él está apoyado contra el auto. Lleva una camisa sencilla, está recién afeitado y tiene el cabello un poco revuelto, como si hubiera pasado la mano por él mil veces por puro nerviosismo. Al verme, se endereza de inmediato. Esa reacción pequeña, casi involuntaria, me confirma lo que ya sospechaba: a él también le aterra y le fascina este momento.

—Hola —dice.

—Hola, pintura —respondo, y el apodo sale con una naturalidad que me asusta.

Él sonríe, negando con la cabeza.

—Sigues con eso.

—Siempre. No todos los días se encuentra una obra del Renacimiento caminando por la calle.

Se ríe, pero noto el rubor que le sube por el cuello. Me abre la puerta del carro con esa atención caballeresca que no se siente ensayada, sino que parece que es parte de su código genético.

Pone el auto en marcha y, durante el trayecto, hablamos de lo que sea. Sobre el tráfico, el calor, las canciones y lo extraño que es salir un sábado sin un plan ruidoso. Lucas conduce con una mano en el volante, la otra descansa cerca de la palanca de cambios. Lo observo de reojo; quiero estirar la mano y tocarlo, pero me contengo.

—¿Estás nerviosa? —pregunta de pronto, sin apartar la vista del frente.

—Un poco —admito. Con él, ser honesta es la ruta más corta—. ¿Tú?

Sonríe apenas.

—Sí, pero de los nervios buenos. Los que te hacen sentir despierto y emocionado.

Eso me relaja.

—Pensé que podíamos ir primero a una librería antigua —dice—. Y después al cine, si te parece.

—Me parece perfecto.

Me mira rápido, como si necesitara asegurarse de que no lo digo solo por quedar bien.

—De verdad —añado—. Es muy… tú… y muy yo.

—¿Eso es bueno o malo? —pregunta.

—Buenísimo —respondo—. Muy pintura.

Cuando llegamos al lugar, noto que la librería es un refugio de estanterías que tocan casi el techo y una luz cálida que parece detener el tiempo.

—Este sitio parece un museo —digo—. Pero de historias.

—De acuerdo, y sin letreros que digan «no tocar» —responde.

Lucas se mueve entre los libros con un respeto casi religioso, pasa la yema de los dedos por los lomos. Lo observo en silencio, admiro cómo encaja en este ambiente de historias silenciosas.

—Este te gustaría —dice, saca un tomo y me lo extiende.

—¿Por qué? —pregunto con mucha curiosidad.

—Siento que se parece a ti, hermosa cobertura por fuera que guarda secretos interesantes por dentro.

Al tomar el libro, nuestros dedos se rozan. Ninguno retira la mano. El contacto es breve, una chispa eléctrica que me contrae el estómago. Este chico me tiene al borde de un precipicio y, por primera vez, no me importa caer.

—Definitivamente —digo—. Pintura renacentista en todo su esplendor.

—Eso suena peligroso —dice, sonriente.

Luego de un rato en la librería, y de haber salido con una lista de libros para leer luego, más tarde entramos al cine. Compramos palomitas de maíz y nos sentamos muy juntos. El brazo de Lucas roza el mío, primero parece ser sin querer, luego se hace más claro que es por elección. Me atrevo a lo que no hice en el auto: pongo mi mano sobre la suya.

Lucas gira el rostro hacia mí, lento, como si no quisiera romper el momento. Sus dedos se cierran alrededor de los míos con cuidado, como si preguntara sin palabras si está bien.

Y lo está. Está más que bien.

La película pasa como un borrón de imágenes; mi verdadera atención está en el pulso de Lucas contra mi palma. Salimos cuando la noche ya ha refrescado el aire y el calor sofocante ya casi no se siente. Caminamos hacia el auto en un silencio palpable, pero no es incómodo.

Al detenernos frente al coche, el silencio se vuelve denso y expectante. Lucas me mira y siento que las mariposas en mi estómago se revuelcan.

—Mia… —susurra, levanta la mano despacio.

El nerviosismo aumenta en mí. Me toca el rostro con una delicadeza que me eriza la piel. Sus dedos me recorren la mejilla, se

detienen en el pómulo y apartan un mechón rebelde. Es un gesto consciente, lleno de una ternura que me deja sin aire.

—Pintura… —susurro yo—. Eres consciente de lo mucho que haces sentir con tan poco, ¿verdad?

Él traga saliva. Se acerca un poco más, respeta mi espacio, pero elimina de forma definitiva la distancia. Su respiración se mezcla con la mía y el mundo entero parece desaparecer. Solo quedamos nosotros dos bajo la luz de un farol amarillento.

—Si no quieres… —empieza él, siempre cuidándome.

¿Qué no quiero? Está loco, claro que quiero. No lo dejo terminar. No quiero más palabras ni más esperas. Me inclino hacia él y acorto el espacio final.

Nuestros labios se encuentran despacio, casi con timidez al principio, como si se reconocieran antes de tocarse del todo. El beso es suave, exploratorio, lleno de cuidado. Pero no lo rompe. Se queda ahí y me encanta.

Lucas ajusta su mano en mi cintura, me sostiene como si fuera la cosa más frágil y valiosa del mundo. Yo subo las manos a su cuello, siento el calor de su piel, la forma en que su cuerpo responde cuando me acerco más.

El beso crece en intensidad.

Ya no es solo un roce; se vuelve firme, decidido, casi urgente. Nuestros labios se mueven con más seguridad, como si hubieran encontrado un lenguaje propio; nuestro lenguaje. El tiempo se diluye y no pienso. No pienso en Santiago, ni en mi tía, ni en mis miedos. Solo siento a Lucas. Siento la suavidad de su boca, la presión de sus brazos rodeándome y esa chispa eléctrica que me recorre la columna y me recuerda que estoy viva, que soy real y que todo, absolutamente todo, está bien cuando él me sujeta así. Solo siento, siento todo lo que está bien con él.

Cuando nos separamos, mis piernas parecen de gelatina. Apoyo la frente en su pecho, intento recuperar un aliento que parece haberse quedado atrapado en sus pulmones. Escucho su corazón,

que martillea con la misma fuerza que el mío, un ritmo frenético que nos delata. Él apoya la barbilla sobre mi cabeza, me estrecha en un abrazo que no solo me envuelve el cuerpo, sino que parece proteger mi alma de cualquier cosa que venga después.

—*Wow* —murmura.

Sonrío.

—*Wow,* sí. Te lo dije —respondo con una sonrisa contra su camisa—. Pintura Renacentista.

Levanto la mirada y lo veo. Y en ese momento, lo entiendo todo. Esto no es solo atracción. No es solo química de *high school*. No es un impulso pasajero.

Esto me parece ser lo que leí en libros y en películas. Lo que pensé que era exageración. Lo que juré que no me iba a pasar.

El primer amor juvenil real. Ese que llega sin avisar. Ese que te despierta.

Y, por primera vez, no tengo miedo de sentirlo.

ABRÁZAME

Lucas

Después de la cita, no todo cambia de golpe, pero sí de color. No es que los días fueran grises, pero se notan más brillantes.

No nos volvemos distintos de un día para otro. No hay promesas grandes ni etiquetas nuevas. Hay algo mejor que se repite y repite. Hay encuentros que se dan sin esfuerzo, como si nuestros cuerpos hubieran memorizado el camino antes que nuestras cabezas.

Nos vemos más. Mucho más. Y eso me encanta.

A veces soy yo quien aparece frente a su casa. A veces es ella quien llega a la mía con la complicidad de Sara y cualquier excusa mínima. «Solo un rato», decimos siempre. Pero nunca es solo un rato; el tiempo a su lado tiene una elasticidad que nos engaña, y siempre queremos más.

Mia se sienta en mi cama con un libro entre las manos y las piernas dobladas. El cabello le cae sobre los hombros mientras lee en voz alta párrafos que subraya con la mente. Se detiene a mitad de una frase para comentar algo, como si el autor fuera un amigo sentado en la esquina de la habitación.

—Esto —me dice, a la vez que señala una línea— es exactamente lo que te pasa a ti.

—¿El qué? —Me acerco.

—Que sientes todo el incendio por dentro, pero te niegas a mostrarlo.

No respondo con palabras. Me siento a su lado y ella apoya la cabeza en mi hombro con una naturalidad que me desarma. Esto se siente tan real que parece como si lo hubiera ensayado antes.

No siempre hablamos. Hay tardes enteras donde solo estamos. Donde nuestras manos se buscan sin urgencia y se entrelazan, y descubren que soltarnos es mucho más difícil que sostenernos. Dibujo círculos lentos con el pulgar sobre el dorso de su mano y siento cómo su respiración se sincroniza con la mía, como si aprendiéramos a respirar juntos.

Cuando la beso ahora, no es para avanzar hacia otro lugar, hacia otra etapa o ganar otro *round*. Es para quedarme justo donde estoy. Me siento feliz así.

Son besos largos, pausados, sin la presión de la expectativa. Apoyo la frente en la suya y cierro los ojos, siento cómo el ruido del mundo en mi cabeza se apaga por unos segundos. Mia me rodea el cuello con los brazos y se acerca más, no para pedirme nada, sino para quedarse ahí conmigo.

Una noche, la hora se nos escapa y se queda a dormir en mi casa. No hubo un plan previo. Mi padre, que al principio me advirtió que cuidara mi corazón, nos mira con una mezcla de resignación y ternura; nos deja ser. Lo mismo con su mamá, que ya conoce de nuestra relación. Nos acostamos vestidos, uno frente al otro, compartimos el espacio de mi cama pequeña como si fuera el lugar más vasto del universo. Mia apoya la cabeza en mi pecho y yo le rodeo la espalda, cuido cada centímetro de contacto. Su mano se engancha en mi camisa, como si temiera que el sueño me borrara si me soltaba. Y si supiera ella que yo me siento igual.

Escucho su respiración volverse lenta, profunda, rítmica. Me quedo despierto sin poder dejar de observar su perfil, la curva de su nariz, la forma en que una pestaña descansa sobre su mejilla. Me sorprende la paz que me inunda. No es porque mis problemas hayan desaparecido, sino porque, por primera vez, no siento que deba cargar con ellos yo solo.

Ahí lo entiendo. Este es el *cuarto round* y lo he ganado.

No hay confesiones nuevas, no hay besos que cambien el rumbo, y no hay promesas. Hay presencia. Ella está aquí conmigo, ella me elige y yo la elijo.

No se gana con un «te quiero» impulsivo. Se gana quedándose cuando nadie lo exige. Se gana cuando el silencio deja de ser un vacío para convertirse en un refugio. Cuando el cuerpo deja de defenderse porque sabe que está a salvo.

Cuando despierta, a la mañana siguiente, no tiene prisa por moverse.

—Buenos días —murmura con la voz ronca de sueño.

—Buenos días —respondo, siento el calor de su cuerpo contra el mío.

Sonríe y me besa con los ojos entrecerrados. Es un beso que sabe a realidad, a aliento de mañana y a una confianza que no necesita lavarse la cara para verse hermosa. Ese beso vale más que cualquier escena de película o de un libro.

Además de estos momentos tan íntimos, también compartimos silencios. Caminamos juntos sin hablar, nos sentamos en bancos de parques, miramos pasar a la gente como si no tuviéramos prisa por pertenecer a ningún lugar más que a este momento. A veces, apoya la cabeza en mi hombro y otras soy yo quien se inclina hacia ella.

Vamos al cine seguido porque a ambos nos gusta y siempre su mano busca la mía, incluso antes de que empiece la película. En la calle, camina un poco más cerca de lo necesario. En mi cuarto, se quita los zapatos y se acurruca a mi lado como si siempre hubiera sido así. Nada es exagerado ni impulsivo, se siente todo elegido por ambas partes.

Sin embargo, hay noches en que la ansiedad me ronda como un eco lejano. Usualmente nadie lo nota, pero Mia ya ha aprendido a leer las grietas de mi silencio. Se acerca, me toma la cara entre las manos y une su frente a la mía.

—Estoy aquí —dice.

No intenta arreglarme. No me hace preguntas incómodas. Solo se queda ahí. Y, para mí, eso es el cielo. Empiezo a comprender lo que decía mi madre, que el amor no es solo intensidad; a veces es, simplemente, sostén. Alguien que te acompaña sin empujarte. Mia se queda conmigo a pesar de que conoce mis problemas de ansiedad, y yo, por primera vez desde que mi madre se fue, dejo que alguien lo haga.

Este cuarto *round* no lo celebro en voz alta, pero es la victoria más grande de mi vida.

TÓCAME

Mia

No somos un secreto en la escuela, pero tampoco un anuncio.

Lucas y yo decidimos que queríamos que nuestra relación fuera así. No lo hablamos como algo solemne; no hubo una conversación larga ni una lista de reglas. Poco a poco nos dimos cuenta entre los dos, con la suma de gestos pequeños, que no teníamos que contarle a nadie, salvo a las personas más cercanas. Sin escándalos, chismes o posts virales en las redes sociales.

Antes con Sebastián me gustaba esa atención y que todos lo supieran. Esa era la Mia de antes, la que estaba segura que solo existía la atracción. Pero con Lucas no. Con Lucas es algo más, algo que quiero cuidar.

En la escuela, sin embargo, igual se nota. Sería absurdo pensar lo contrario. Caminamos juntos entre clases, compartimos a veces nuestras cosas, nos sentamos demasiado cerca como para fingir que somos solo amigos. Los murmullos existen, claro. Los pasillos siempre hablan. Pero no hay fotos, ni historias, ni corazones digitales flotando por ahí.

Nuestros recuerdos se vuelven nuestros y de nadie más.

Estamos en el comedor, sentados frente a Sara y Laura. Lucas tiene su bandeja casi intacta porque, como muchas veces, se olvida de comer cuando está distraído. Yo le robo una papa frita sin pedir permiso y él me mira con fingida indignación.

—Oye —protesta—. Eso era mío.

—Era —corrijo—. Ahora es nuestro.

Sara nos observa con una sonrisa demasiado grande para ser inocente.

—¿Ustedes saben que se ven ridículamente lindos juntos?

—Exagerada —respondo, pero no me separo de Lucas.

—No exagera —interviene Laura—. Literalmente hay apuestas en los pasillos sobre cuándo lo van a hacer oficial.

Lucas se atraganta con el jugo.

—¿Apuestas?

—Sí —dice Sara—. Y por «oficial» me refiero a una foto borrosa en redes, porque ustedes se creen misteriosos nivel novela indie.

Me río. Lucas me mira, buscando una salida.

—No somos misteriosos —dice—. Intentamos ser… tranquilos.

—Ajá. —Sara alza una ceja—. Tranquilos, pero siempre pegados. Empalagosos. Y eso que Mia no creía en el amor…

Como si quisiera probar su punto, Lucas pasa el brazo por detrás de mi espalda y me acerca sin pensarlo demasiado. Apoyo la cabeza en su hombro. Su cuerpo responde de inmediato, como si ya supiera exactamente dónde colocarse.

—Después de todo, me gusta así —digo—. Sin público.

Sara hace un sonido dramático.

—Voy a morir rodeada de gente que cree que es discreta cuando para nada lo es.

Laura ríe. Lucas baja la cabeza y me besa el cabello, un gesto pequeño que me derrite por dentro.

No necesito más.

ABRÁZAME

Lucas

Esa misma tarde voy a casa de Mia.

No lo plantea como una presentación formal ni como algo importante. Ya su mamá y hermano saben de nuestra relación. Solo dice:

—Ven, quédate un rato.

Y, aun así, el pecho se me aprieta como cuando algo importa más de lo que uno quiere admitir. Y comienzo a practicar mis respiraciones. Uno. Dos. Tres.

—¿Nervioso? —me pregunta, sin mirarme del todo.

—Un poco —admito—. Pero de los nervios buenos.

Mia me toma la mano. La aprieta suave, como si ya supiera cómo traerme de vuelta. Dentro, el ambiente es familiar, y una casa mucho más grande que la mía.

Su mamá está en la cocina. Me saluda con un gesto rápido y una sonrisa cómplice, como quien ya conoce el contexto. No hay preguntas ni evaluaciones. Y eso me tranquiliza.

En la sala hay una señora, sentada con una taza de café. No la había visto antes. Es la única novedad real.

—Tía —dice Mia con naturalidad—. Él es Lucas.

La tía alza la vista y me observa con atención tranquila. No parece juzgar, pero tampoco pasar por alto nada.

—El famoso Lucas —dice, con media sonrisa—. Mucho gusto.

—Mucho gusto —respondo.

—¿Así que esta es la pintura por la sonríes todo el tiempo? —pregunta sin apartar la mirada de su sobrina.

Mia se sonroja. Y yo recuerdo mis respiraciones.

El hermano de Mia aparece desde el sofá, teléfono en mano para salvar mi incomodidad.

—¿Otra vez tú? —dice, divertido—. Te estás ganando membresía vitalicia.

—Eso intento —respondo con una pequeña sonrisa.

Mia le lanza un cojín.

—Cállate. No molestes.

La tía sonríe apenas.

—Se nota que se llevan bien.

Conversamos de cosas simples. De la escuela, del club de escritura, de una receta que le salió mal a su mamá. La tía escucha más de lo que habla.

Mia se levanta un momento y me quedo solo con ella.

—Cuídala o, si no… —dice la tía, sin dramatismo.

—Eso hago —respondo—. Siempre.

Asiente. No añade nada más. Mi respuesta parece suficiente por ahora.

Cuando nos despedimos, la mamá de Mia le pregunta a qué hora vuelve, si le guarda o no la cena y le acomoda la chaqueta antes de salir.

Ya afuera, me detengo en la acera y la miro. Hay algo en su cara que quiero guardar.

—Gracias por traerme a tu casa hoy y por presentarme a tu tía —le digo.

Y así, sin más, sin decir nada, se acerca y me besa. Es un beso completo, tranquilo. Mis manos van a su cintura de forma

automática. La acerco. Siento su cuerpo encajar con el mío sin esfuerzo.

—Tócame más —dice, sin dramatismo.

La abrazo más. De verdad. Como si el mundo pudiera esperar. No quiero que este momento se acabe.

De ahí vamos a mi casa.

Mi papá está en la sala cuando entramos. Nos observa con esa combinación tan suya de cautela tranquila y asentimiento callado. Se ve agotado, más flaco de lo usual y con ojeras cada vez más oscuras.

—¿Comieron? —pregunta.

Mia y yo nos miramos al mismo tiempo.

—No —decimos.

Suspira.

—Voy a pedir pizza.

Nos sentamos en el sofá a esperar. Nuestras rodillas se tocan, pero no nos separamos.

Cuando la pizza llega, comemos sin prisa. Mi papá comenta cualquier cosa. Mia se ríe. Yo la observo como si quisiera aprenderme su cara. Aprovecha que estoy embobado con ella y me roba un pedazo de mi plato.

—¡Oye! —exclamo.

Antes de que logre morder el pedazo que me acaba de robar, me inclino y le doy un beso corto en la sien. Ella se ríe y apoya la cabeza en mi hombro. Su peso me calma. Y pienso que quiero que esto crezca así. Despacio.

Porque, cuando algo se siente así de bien… da miedo imaginar perderlo.

ABRÍGAME

Mia

Con Lucas, la vida ha pasado de ser un drama complejo a una narrativa sencilla.

No es que los problemas hayan desaparecido, el mundo sigue ahí fuera, Santiago pregunta sin parar y mi tía sigue prefiriendo a Santiago más que a Lucas, pero él ha logrado que dejen de ocupar todo el espacio.

Los días fluyen con una naturalidad que, con honestidad, me aterra. A veces siento que el tiempo va «a las millas», como si la felicidad fuera un tren bala del que no me quiero bajar nunca.

Nos vemos todos los días, ya sea en la escuela o los fines de semanas en citas, pero no los siento repetidos. Hay rutinas que se vuelven nuestras. Nos encontramos antes de la primera clase para caminar juntos por el pasillo. Compartimos en el recreo y almorzamos juntos, aunque no tengamos hambre. Nos sentamos en el club de escritura uno frente al otro, intercambiamos miradas e ideas cuando una frase nos gusta demasiado.

Lucas me presta sus audífonos cuando llego sin los míos. Yo le devuelvo los suyos siempre con una nota escrita con la canción que más me gustó. Él sonríe cuando se da cuenta. En las tardes, estudiamos en silencio. No el silencio incómodo, sino ese que se acomoda entre dos personas que no necesitan llenar todo con palabras.

A veces, levanta la vista y me mira como si quisiera asegurarse de que sigo ahí. Yo asiento sin decir nada. Siempre estoy con él.

Me siento segura a su lado, elegida y vista de una forma diferente a la que los demás me miran. No como la «Mia guapa» que los otros proyectan en sus cabezas, sino como alguien real, con matices grises. Lucas mira debajo de la superficie, y eso es lo que más me tiene enganchada.

Sara y Laura nos dicen que «brillamos». Yo no sé si emitimos luz propia, pero sé que, cuando él me toma la mano, sé que es todo lo que está bien, veo banderitas verdes por todos lados. Verlo integrarse con mis amigas, incluso mientras Sara está ocupada en su propio romance con mi hermano (todavía me cuesta procesarlo sin decir *«ew»*), me hace sentir que tengo un lugar donde encajar.

Nos reímos de chistes que nadie más entendería. Lucas dice que, cuando me río, se le ordenan las ideas.

—No exagero —responde—. Me pasa de verdad.

Yo le digo que es un dramático y un poeta barato, pero por dentro me derrito.

Los fines de semana no hacemos nada extraordinario, pero son nuestros. Caminamos, compartimos café y vemos películas malas solo para criticarlas después. Lucas siempre llega con tiempo de sobra, como si temiera perderse un segundo y yo siempre me burlo de eso. Él se encoge de hombros y dice que le gusta llegar antes.

—Me da paz —dice cuando me burlo de su puntualidad extrema.

Y lo entiendo. Para alguien que lucha contra el ruido en su cabeza, llegar antes es una forma de controlar el caos.

A veces me quedo a dormir en su casa. Hablamos de cualquier cosa hasta que las frases se vuelven más cortas y el sueño nos gana. Me gusta cómo me rodea con el brazo, cómo acomoda la almohada para que esté cómoda. Me gusta despertarme y encontrar cómo me busca a ciegas, con la mano, como si necesitara confirmar que sigo ahí.

Si esto es amor, no se siente como un estallido, sino como que todo está bien y me gusta.

Así, refugiados en su habitación después de una noche de estudio que terminó hace horas, el aire huele al perfume de Lucas. Él está sentado en el borde de su cama y, absorto en sus pensamientos, saca una pequeña caja de madera de su mochila.

—Tengo algo para ti —dice, y noto un rastro de timidez en su voz que me desarma—. Lo vi y, bueno, pensé en tu futuro. Pensé en que te podría gustar.

Abro la caja. Dentro hay un objeto metálico, pesado y elegante, de un color bronce envejecido. Lo miro confundida hasta que veo la placa grabada. Es un sello seco para libros, un prensador de relieve.

—Es para que marques tus historias, Mia —murmura él, acercándose—. Para cuando publiques ese libro que sé que llevas dentro.

Me quedo en silencio, procesando, y le pido con rapidez una libreta para poder probarlo y él me la pasa. Marco una hoja en blanco y mi corazón da un vuelco. El relieve es perfecto: un gato elegante descansa sobre una pila de libros y lo rodea en un círculo con las palabras: «Creado con amor por Mia».

—Lucas... es precioso. Nadie me había regalado algo que viera tan dentro de mí, tan profundo —susurro. Siento un nudo en la garganta. No es solo un objeto; es su fe en mí materializada en metal.

—Yo sí te veo, Mia —dice él y acorta la distancia entre ambos—. Llegarás a todas partes.

Dejo el sello en la mesa de noche y me hundo en sus brazos. Lucas me rodea la cintura, me pega a él y, por un segundo, el mundo exterior deja de existir. Lo beso con una urgencia que me quema. Es un beso diferente a los demás; es profundo, hambriento, cargado de toda la gratitud y el deseo acumulado…

Sus manos bajan por mi espalda, me presionan contra su pecho, y yo enredo mis dedos en su pelo, tiro de él para no dejarlo escapar. Siento como el calor de su cuerpo se filtra a través de mi ropa, el ritmo acelerado de su corazón contra el mío. Es una danza de

respiraciones entrecortadas y labios que no se cansan de encontrarse. Lucas me tumba con suavidad sobre las almohadas, sin romper el contacto, y sus besos bajan por mi mandíbula hasta mi cuello. Arqueo la espalda y suelto un suspiro que suena a rendición.

En este momento, no soy solo la chica linda y popular de la escuela. Soy solo yo, vibro bajo su tacto, me siento elegida y vista de una forma que me asusta y me fascina a partes iguales.

Lucas se detiene un segundo, apoya su frente contra la mía, ambos jadeamos, buscamos aire en los labios del otro.

—Estoy aquí para ti, Mia —promete, y su voz suena como una verdad absoluta.

—Lo sé —respondo, vuelvo a buscar su boca—. No te vayas nunca.

Nos quedamos así, enredados, mientras el tiempo afuera avanza con rapidez, pero aquí dentro, en nuestro pequeño búnker de libros y promesas grabadas en relieve, el reloj se ha detenido por completo.

Sin embargo, hay días donde no todo es color de rosa. He empezado a notar algunas grietas. Hay momentos en los que su mirada se desenfoca, como si escuchara una frecuencia de radio que yo no percibo. Se muerde la uña del pulgar y mueve el pie de forma rítmica.

—Perdón —dice cuando vuelve en sí—. Me fui un segundo.

—Tranquilo —le respondo—. Estoy aquí.

No me preocupa demasiado; todos tenemos días de niebla mental. Lucas es el chico brillante becado y el novio atento que me hace sentir única. Al menos, eso me digo.

Quedamos el martes para encontrarnos después de clases para ir a por un helado. Nada *«wow»* planeado, solo eso, un helado. Me siento en el banco de siempre y lo espero mientras miro el teléfono. Sin embargo, no hay mensajes.

Pasan diez minutos. Luego quince. Veinte; treinta minutos. Pienso que, tal vez, se quedó hablando con alguien. Que el tiempo se le fue, así que no me inquieto. Siempre llega antes, que llegue un día tarde no pasa nada.

Cuando aparece, llega apurado, respira un poco más rápido de lo normal.

—Perdón, Mia —dice—. Se me pasó el tiempo por completo.

—¿Todo bien? —pregunto, busco sus ojos.

Asiente, sonríe y me besa la frente como siempre, pero siento que es una de esas sonrisas que se quedan en la superficie.

—Sí. Todo bien.

Caminamos, nos comemos ese helado, y hablamos de cualquier cosa. El momento se arregla de nuevo, como si nada hubiera pasado. Pero, cuando nos despedimos, Lucas tarda un segundo más de lo normal en soltarse.

—Te escribo luego —dice.

—*Ok*, lo espero.

Se va sin mirar atrás, pero esa noche no escribe. Esa noche, por primera vez en semanas, el teléfono no vibra con su mensaje de «buenas noches, preciosa». No pasa nada, me digo. Solo es un día.

Pero cuando apago la luz, tengo una sensación extraña en el pecho. No creo que sea miedo, quizás algo más sutil que todavía no puedo identificar. Como si algo hubiera cambiado apenas, lo suficiente para notarlo, pero no tanto como para entenderlo.

Y me duermo pensando que mañana todo volverá a estar exactamente donde estaba.

RESGUÁRDAME

Lucas

El taller ya no suena igual.

Las herramientas siguen cayendo sobre el metal, el aire todavía huele a aceite sucio y a polvo, pero hay una frecuencia discordante en el ambiente. Lo describo como una ausencia; como que algo falta. Como si las paredes supieran, antes que yo, que pronto dejaremos de ser sus dueños de este taller.

Marcia vuelve más veces de las necesarias. No llega con prisa ni muestra culpa alguna por lo que piensa hacer; llega con carpetas, planos y palabras que no dicen nada, pero lo sentencian todo. Santiago siempre anda con ella, la acompaña muy de cerca. No habla, solo se limita a observar con esa curiosidad clínica, mide el espacio como quien calcula cuánto tardará en demoler un recuerdo… mi recuerdo de este maravilloso lugar.

La venta del taller no se hace efectiva en un solo día. Ocurre en etapas, en firmas parciales, en conversaciones que se cortan en cuanto entro a la oficina porque no quieren que me involucre. Veo a mi padre esconder documentos en el cajón con una torpeza que me rompe el alma. Cree que ocultarlos cambiará nuestra realidad.

No me lo dicen de forma directa. No hace falta. Lo veo en el modo en que mi papá llega más cansado. En cómo se sienta sin quitarse los guantes. En cómo evita mirarme cuando Marcia menciona fechas, permisos y la construcción.

El taller ya no es un lugar seguro. Es un espacio en transición. Y yo no sé quién soy en medio de eso.

Un día, Marcia me habla directamente.

—Vamos a empezar el proceso formal —me dice, con la misma ligereza con la que se comenta cualquier otra cosa tan simple como el clima—. No será inmediato, pero la decisión ya está tomada.

«Tomada». Una palabra con filo.

Asiento. No discuto, no porque esté de acuerdo, sino porque siento que las palabras son herramientas inútiles contra su oferta de dinero. Santiago me sostiene la mirada un segundo más de lo debido. No noto burla en sus ojos, pero tampoco hay una disculpa. Si noto una victoria silenciosa.

Cuando se van, la incomodidad en el taller pesa más que un motor de un camión.

—¿Por qué no me dijiste nada, papá? —pregunto al fin, siento ese sabor amargo de la traición en la lengua que llevo varios días escondiendo.

Él suspira, se pasa la mano engrasada por la frente, lo que le deja un rastro negro.

—Porque no sabía cómo decirte que el suelo se nos iba a mover, Luc.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde hace meses.

Meses. Meses de fingir que el futuro era sólido.

No grito. No golpeo nada. Me quedo inmóvil, siento cómo algo se me desprende de las costillas.

—¿Y ahora qué? —pregunto con una voz suena extraña y lejana.

—Ahora seguimos —responde—. No es el fin del mundo, hijo.

Pero, para mí sí, se parece demasiado.

Ese lugar no es solo un taller. Es una extensión de nosotros. De lo que sé hacer. De lo que puedo arreglar. Aquí todo tiene lógica para mí. Causa y efecto. Tornillo flojo, problema claro. Esto no. Esto es una pérdida sin forma.

La ansiedad no me llega de golpe, pero está ahí presente. La siento filtrarse por esas grietas que tanto le gustan. El pecho se me aprieta sin aviso.

Respiro.
Uno.
Dos.

Pero no es suficiente. El conteo falla cuando el oxígeno no llega. Y lo intento de nuevo. Uno. Dos. Tres.

Esa misma tarde se lo digo a Mia. No busco consuelo, busco soltar la carga antes de que me aplaste.

—Compraron el taller —digo, con una voz plana, casi sin emoción —. Marcia y… Santiago.

Mia se queda lívida. Frunce el ceño y sus ojos se encienden con esa chispa literaria que usa para defender lo que ama.

—¿Cómo que lo compraron? Lucas, eso no es justo. Ese lugar es tu historia. Es de ustedes.

—Ya no, está en proceso —respondo, y esas palabras pesan como el plomo—. Ya está decidido.

Ella no intenta suavizarlo. Claramente veo su molestia. Se enoja por mí, con una rabia genuina que me duele más que cualquier lástima.

—¿Y tu papá? ¿Está bien con eso? Tiene que haber algo más — insiste y me toma de la mano.

No contesto de inmediato.

—Dice que sí.

La palabra me pesa en la lengua y en todo mi ser.

—Lucas —dice, acercándose—. Esto no está bien. No pueden hacerles esto así.

No le cuento que mi padre me oculta algo en la mirada. No le digo que siento que hay un secreto más oscuro detrás de esta venta apresurada. Me limito a asentir, pero no me acerco más.

Mia me toma de la mano.

—Estoy aquí —dice.

Esa noche no puedo dormir. Doy vueltas en la cama, trato de sacarme los pensamientos recurrentes de mi cabeza y cuento más respiraciones que no alcanzan a nada. La ansiedad se vuelve ruido, no se quiere ir de mi sistema. Una sensación constante de que algo malo viene y no sé de dónde.

Pienso en Mia. En cómo se enoja por mí, en cómo se queda y en lo mucho que significa ahora.

Y el pensamiento aparece, peligroso y lógico al mismo tiempo.

«Si esto me rompe así… ¿qué le haría a ella quedarse?».

No quiero arrastrarla. No quiero que cargue con algo que ni yo entiendo. Los pensamientos surgen en mi cabeza de nuevo.

Por primera vez, no pienso en cómo sostenerla. No quiero retenerla y que sufra conmigo. Pienso en cómo alejarla antes de que sea demasiado tarde.

Y esa idea me aterroriza mucho más que perder el taller.

SÁLVAME

Mia

Santiago reaparece como si nada, como si lo estuviera esperando.

No manda ningún mensaje, ni llama, ni pide permiso. Solo está ahí, apoyado contra su auto a la salida de la escuela, luce ese reloj que de seguro cuesta más que toda mi educación futura de la universidad. Y no me importa que se vea guapo. No me detengo. No voy a darle el beneficio de la espera ni el placer de verme dudar por su belleza física, porque interna no tiene.

—¿No te cansas de hacer el ridículo, Santiago? —le suelto antes de que abra la boca. Mi voz suena más firme de lo que me siento, un escudo de puro sarcasmo.

Él sonríe, pero es una sonrisa ensayada, una mueca de plástico.

—Tú siempre tan defensiva. Solo quería asegurarme de que entiendes las nuevas reglas del juego.

¿Nuevas reglas del juego? ¿Qué? ¿De qué habla? Sigo caminando y él me sigue.

—No voy a salir contigo —le digo, sin mirarlo—. Ya te lo dije.

—No te estoy pidiendo que salgas conmigo —responde—. Te estoy pidiendo que pienses.

Ahí me detengo por unos segundos.

—¿Pensar en qué?

Suspira, como si yo fuera la que no entiende algo obvio.

—En Lucas.

El nombre me tensa el cuerpo entero. ¿Cómo sabe de lo nuestro? Si ni en las redes sociales he puesto nada, porque Lucas prefiere la privacidad.

—No lo metas en esto.

—Ya está metido —dice—. Desde que mi mamá compró el taller de su papá.

Siento el golpe en el pecho. No porque no lo sepa, sino porque lo dice con una naturalidad que me da miedo. Pero no me dejo.

—Felicidades. Compraron un garaje con olor a aceite viejo. ¿Quieres un trofeo o qué? —Me cruzo de brazos y le sostengo la mirada sin parpadear.

Él da un paso hacia mí, invade ese espacio que cree que le pertenece. Qué equivocado está.

—Compramos el futuro de Lucas, que es distinto. Mi madre no tiene paciencia con el personal obsoleto. El padre de Lucas es un mecánico de la vieja escuela en un mundo que ya no lo necesita. A menos, claro, que yo interceda.

—Eso no tiene nada que ver conmigo.

—Tiene todo que ver contigo —responde—. Tú eres la variable.

Me cruzo de brazos. No entiendo nada.

—No sé qué crees que estás haciendo, pero no te va a funcionar.

—No intento nada raro —dice—. Solo quiero evitar un problema.

Se gira hacia mí, por fin. Me mira directo, sin rabia, sin deseo, sin prisa.

—Mi mamá puede despedir al papá de Lucas cuando quiera, tú sabes el poder que ella tiene —dice—. El nuevo proyecto va a necesitar gente distinta. Más joven y más adaptable. El señor ya es mayor y no encaja en nuestra visión.

Siento una punzada de náuseas, pero no desvío la vista. Si huele el miedo, él ganará.

—Intentas extorsionarme con el trabajo de un hombre mayor, Santiago. ¿Tan poca cosa te sientes que necesitas comprar mi compañía con amenazas? Porque eso es lo que eres: un niño rico que no sabe atraer a nadie si no es con la billetera de su mamá.

Su mandíbula se tensa. Le he dado justo en el ego, el único lugar donde de verdad siento que puede doler.

—Dime lo que quieras —sisea, perdiendo un poco su perfil de caballero—, pero si el viernes por la noche no has terminado con él, mi madre enviará la carta de despido al otro lunes a primera hora. Y no se detendrá ahí. Sabes que tu madre depende de los contactos de mi familia para su ascenso en la firma. ¿De verdad quieres arruinar la estabilidad de dos familias por un capricho con un chico que no tiene dónde caerse muerto? ¿Y solo por no querer salir conmigo?

—Lucas tiene más dignidad en un dedo que tú en toda tu genealogía —le respondo, me acerco un paso más. Ahora soy yo quien invado su espacio—. Si crees que voy a dejarlo y salir corriendo a tus brazos, eres más idiota de lo que pensaba. Aunque me quede sola el resto de mi vida, nunca estaría contigo. Das asco.

Santiago recupera su máscara de frialdad, pero sus ojos están oscuros, con una rabia contenida pero visible.

—No necesito que me ames, Mia. Me basta con que me obedezcas. Tienes hasta mañana. Si Lucas no me llama para decirme que lo dejaste, su padre se queda sin empleo. Elige entre tu orgullo o su supervivencia.

Se sube al auto y arranca, quemando las gomas, y me deja con un sabor amargo en la boca.

No me quedo ahí llorando. Saco el teléfono y llamo a mi madre mientras camino a paso rápido hacia el parque.

—Mamá, necesito que seas honesta conmigo. ¿Qué tan involucrada está la familia de Santiago en tu promoción al consejo?

Mi madre duda al otro lado de la línea. Esos tres segundos suspendidos en el aire me lo confirma todo.

—Mia, ¿por qué preguntas eso? Los contactos de la señora Valer son fundamentales, pero eso no lo es todo...

—Gracias, mamá. Solo quería saber dónde estamos paradas.

Cuelgo. Santiago no fanfarronea. Ha tejido una red que nos asfixia a todos. Procedo llamar a Sara, mi sostén. Le suelto todo: el chantaje, la situación del padre de Lucas, la presión sobre mi madre. Le cuento todo a mi mejor amiga, que es mi angelito en situaciones como estas.

—Eso es terrorismo emocional —dice Sara, con una voz contundente—. Es grave, Mia. Tienes que decírselo a Lucas.

—¿Y cargarlo con más peso? Ya tiene bastante ansiedad con que van a perder el taller. Si Lucas sabe que su relación conmigo es lo que va a dejar a su padre en la calle, se va a destruir por dentro.

Aprieto las manos en mi regazo hasta que los nudillos se vuelven blancos. Estoy visiblemente molesta.

—Santiago me ha puesto un precio —digo con la voz baja pero afilada—. Y si no encuentro una forma de solucionar esto, voy a tener que hacer lo que él quiere para evitar que el mundo de Lucas se termine de derrumbar. Pero juro por lo que sea que, si tengo que soltar a Lucas, voy a asegurarme de que Santiago no gane nada a cambio.

—Total de acuerdo contigo, amiga —responde Sara.

Termino la llamada y el aire camino a mi casa se siente frío. Tengo una decisión que tomar y, aunque ninguna opción me deja intacta, no voy a dejar que él elija el final de mi historia.

PERDÓNAME

Lucas

Mi papá me llama a la cocina con una voz que no reconoce la urgencia del mundo. No dice «tenemos que hablar», ese prefacio que siempre anuncia un desastre inminente. Solo aparece en el marco de la puerta con esa expresión marchita que se le ha quedado pegada a la cara, como si fuera una máscara de cera que se derrite lentamente.

—¿Tienes un momento? —pregunta.

Asiento. Desde que mi madre falleció, para él, siempre tengo todo el tiempo que me queda y sobra. Él es la persona más importante en mi vida.

Nos sentamos a la mesa. Hay varios papeles, unos encima de otros, que no reconozco. Hay sobres con logotipos médicos con términos que parecen conjuros en un idioma desconocido o incluso muerto. Él los acomoda y desacomoda con manos temblorosas, busca un orden que de seguro ni tiene. Noto que no sabe cómo decir las próximas palabras. Está tembloroso.

—Luc —empieza, y su tono me tensa cada músculo—. Necesito que me escuches hasta el final. Por esto que tengo aquí y que te voy a mostrar ahora, es la razón por la que vendí el taller. No fue por Marcia, ni por rendirme. Fue una acción necesaria.

—¿Necesaria para qué, papá? —pregunto, con los dedos clavados en la madera de la mesa, incluso siento las astillas.

—Para ti. Fui al médico hace meses. Al principio pensé que era la edad o el estrés del trabajo. Pero no lo era. Es cáncer, Luc. Tengo cáncer.

La palabra cae sobre la mesa como una pieza de plomo. Es un sonido seco de algo que se rompe para siempre dentro de mi pecho. La ansiedad vuelve a asomarse.

—Está avanzado —continúa, su voz es un hilo—. Muy avanzado. Los médicos no hablan de años, hijo. Hablan de meses. Y tengo miedo, mucho miedo.

El zumbido en mis oídos se vuelve ensordecedor, una frecuencia alta que me nubla la vista. El mundo se achica hasta que solo queda esa mesa y la verdad desnuda. Mi mente se va lejos de mí, siento que me abandona, y luego regresa a la realidad y veinte mil pensamientos llegan apresurados.

—¿Por qué me lo ocultaste? —susurro. Siento que, si hablo más fuerte, me voy a quebrar.

—Porque quería que siguieras siendo un muchacho. Porque el dinero de la venta es para ti, para tu universidad. Para que tengas opciones cuando yo... cuando ya no esté.

«Cuando ya no esté».

La frase es un abismo negro. Me golpea duro en el corazón, en los pulmones y en la cabeza. Cierro los ojos y todo encaja con la precisión de un motor bien ajustado: su cansancio y su prisa suicida por firmar los papeles. Mi ansiedad no era paranoia; era mi instinto detectando el final antes que mi cerebro. Poder perder a mi papá unos años después de perder a mi mamá es algo para lo que no estoy preparado.

Uno.
Dos.
Tres.

Repito las respiraciones.

Uno.
Dos.
Tres.

En ese momento, el celular vibra en mi bolsillo. Es Mia. Intento ignorarlo, pero insiste otra vez. Es como si ella supiera que me estoy hundiendo en estos momentos. Necesito su voz para recordar cómo se respira bien. Me levanto, dejo a mi padre absuelto en sus pensamientos con la mirada fija en los papeles, una y otra vez. Contesto en el pasillo, intento tragarme el nudo que me asfixia.

—¿Lucas? —la voz de Mia suena urgente, cargada de un miedo que no conocía—. Lucas, necesito contarte algo. Me encontré con Santiago a la salida...

Me quedo helado, apoyado contra la pared fría. Escucho cómo su voz se atropella mientras me explica el chantaje. Me cuenta que Santiago la amenazó con que mi papá perdería su empleo si ella no terminaba conmigo. Me dice que tiene miedo por nosotros, por mi familia, por lo que Santiago es capaz de hacer con el poder de su madre.

—Él cree que puede decidir por nosotros, Lucas —dice ella, supongo que espera que yo le diga que vamos a pelear, que quemaremos el mundo si es necesario—. Pero no sé qué hacer, no quiero que tu papá sufra por mi culpa.

La escucho y siento una náusea profunda. Mia intenta salvar a mi padre de un despido y lo que ella no sabe es que él ya tiene una sentencia de muerte que ningún Santiago puede empeorar.

Pero no puedo decírselo. Si le digo que mi papá se muere, ella se va a romper aún más. Se va a sentir responsable de mi tristeza justo cuando yo debería ser su lugar seguro. Si le cuento mi verdad ahora, la voy a sepultar bajo una montaña de luto que no le corresponde cargar a los diecisiete años.

—Lucas, ¿estás ahí? —pregunta ella, angustiada.

—Mia… —Trago saliva, siento que el corazón me late en la garganta—. Escúchame. No te preocupes por eso ahora. Santiago no

tiene poder sobre nosotros.

—¿Cómo que no? Lucas, su madre compró el taller y…

—Lo sé. Pero, de verdad, necesito que me des esta noche. Solo una noche. Necesito pensar cómo manejar esto.

Mia exhala un suspiro tembloroso que me parte en dos. Estoy destrozado por dentro.

—Te escucho raro. ¿Seguro que estás bien?

—Solo estoy cansado —miento. Es la mentira más pesada y dura de mi vida, una que voy a tener que cargar hasta el final—. Mañana hablamos, ¿sí? Te quiero.

Cuelgo antes de que el primer sollozo me traicione. Me quedo sentado en la oscuridad de mi cuarto, solo escucho el sonido de los grillos de afuera, y siento que mi casa, lo que es mi hogar, se vuelve más un pasillo de hospital.

Pienso en ella. En cómo intenta salvar a mi padre de una jefa cruel, sin saber que el destino ya lo despidió de la vida. Y el pensamiento se vuelve oscuro y definitivo. Si la vida de Mia ya es un infierno por culpa de Santiago, ¿qué derecho tengo yo a arrastrarla a una agonía, a un luto que apenas comienza?

Ella merece una historia que avance hacia la luz, no una que se detenga en un cuarto de enfermo. Si la dejo ir ahora, si permito que el chantaje de Santiago sea la «excusa», ella sufrirá por una ruptura, sí... pero se librará de verme desmoronarme mes tras mes. Se librará de la muerte que ya entró en mi casa.

Uno.
Dos.
Tres.

Cuento respiraciones que no alcanzan a llenar mis pulmones. Por primera vez, entiendo que amar de verdad no es retener. Amar también es soltar a alguien para que no se queme en tu propio incendio.

Aunque eso signifique que yo tenga que quedarme solo entre las cenizas.

SUÉLTAME

Lucas

La casa está en calma, pero nuestros problemas siguen más presentes que nunca. El pasillo cruje bajo mis pies descalzos y la luz del baño se queda encendida, sin ganas de ir a apagarla. Mi padre duerme en intervalos cortos, esporádicos, que no alcanzan para llamarse sueño. Yo me quedo despierto, intento ordenar el caos de mi mente y corazón con mi conteo de siempre.

Uno.
Dos.
Tres.

No funciona, no está funcionando. El mecanismo que mi psicólogo me enseñó está roto y las piezas saltan cada vez que intento encajarlas.

El tiempo se me desarma entre los dedos. No he ido a la escuela en los últimos dos días; he decidido quedarme aquí en el silencio incómodo de mi casa. Las aulas de la escuela ahora me parecen escenarios de una vida que ya no me pertenece o simplemente no quiero estar.

El teléfono vibra sobre la mesa de noche y lo dejo boca abajo; ocultar la pantalla es lo único que mantiene a raya el pánico. Me repito que es temporal, pero no existe la estabilidad cuando el tiempo ya no se mide en horas, sino en miligramos de analgésicos para el dolor que enfrenta mi padre y en el color de sus ojeras. Mi padre no solo escondió su diagnóstico de cáncer, sino los

medicamentos que ya tomaba para intentar calmar el dolor. Con razón notaba su decadencia con el pasar de los días.

Además de esto, el taller ya no suena para nada igual. Paso por el portón y el olor a pintura nueva me golpea como un reproche. No entro, no quiero. No quiero ver cómo los operarios de Marcia mueven las herramientas de mi viejo, el modo en que instalan luces blancas y frías donde antes había un techo humilde y manchas de grasa con historia. Siento que si me quedo un segundo más a ver cómo desmantelan nuestra memoria, algo dentro de mí va a ceder y no habrá soldadura en el mundo que pueda repararlo.

He empezado a buscar trabajos nocturnos. Lo que sea que no me exija pensar ni hablar. Necesito cubrir de antemano lo que la venta del taller no va a alcanzar: traslados, estudios médicos y más estudios, analgésicos caros y el costo de mantener una dignidad que se desvanece entre sábanas de hospital.

No se lo he contado a Mia. Ella me llamó desesperada por el chantaje de Santiago, temía que su amor por mí dejara a mi padre en la calle. Lo que ella no sabe es que Santiago dispara a un hombre que ya cae lento pero seguro. Podría decirle la verdad. Podría decirle: «Mia, no importa lo que haga Santiago, mi padre tiene los meses contados». Pero cada vez que acerco el dedo al botón de llamada, me detengo. Me siento horrible porque le dije que la llamaría al día siguiente y no lo hice.

Pero recuerdo que, si escucho su voz, me derrumbo. Y si me derrumbo, la arrastro al fondo conmigo. Y no quiero eso.

No quiero que Mia sea una acompañante tipo enfermera antes de tiempo. No quiero que su amor se convierta en una vigilia constante, en una espera fúnebre. No quiero que aprenda a leer mis silencios y mis huidas como señales de socorro. Si dejo que se quede, su nombre terminará mezclado con la palabra «muerte», y ella es lo único vivo y brillante que he tenido desde que mi madre se fue de este mundo.

La quiero mucho; creo que la amo. Y, precisamente por eso, tengo que convertirme en un extraño para ella.

Mi padre se levanta y me pide ayuda para llegar al sofá. Los medicamentos son demasiado fuertes, así como las quimioterapias. Lo dejan muy débil. Lo sostengo por los hombros; es aterradoramente liviano, como si sus huesos se volvieran de aire, listos para desvanecerse. Me mira con una culpa que me quema la piel.

—Anda a descansar, Luc —murmura—. Yo estoy bien.

Miente. Su cuerpo es un motor averiado y ambos lo sabemos. Me siento en el piso, con la espalda apoyada en la pared fría, y cierro los ojos. La marea negra vuelve a empujar mi cabeza. Santiago y su amenaza de despido. Marcia y su sonrisa de tiburón corporativo. Mi padre y su respiración cortante. Y Mia... Mia en el centro de todo, intentando salvarnos de un villano patán e inmaduro mientras el verdadero monstruo ya está sentado a nuestra mesa, comiendo y viviendo con nosotros.

El teléfono vibra otra vez. Sé que es ella. Siento el peso de cada mensaje no respondido como una piedra en mis bolsillos. Me hunden.

«Perdóname», pienso mientras la oscuridad de la sala me envuelve. «Suéltame». No es que no te quiera, es que quererte ahora me obliga a mostrarte un Lucas que ni yo mismo reconozco. Un Lucas roto, amargo, triste y lleno de ceniza. No voy a permitir que Santiago use tu amor para chantajearte, ni que mi tragedia te robe la luz antes de que empieces a vivir tus mejores años».

He decidido alejarme antes de que mi caos sea el suyo. Antes de que mi ansiedad devore lo que nos sostuvo. No escribo ni llamo. Me quedo en este vacío yo solo.

Que ella crea que Santiago ganó. Que crea que soy un cobarde que huye ante una amenaza de despido porque no tiene el valor de pelear por ella. Prefiero que me odie por ser débil a que me ame por lástima mientras ve cómo me desintegro. Si el odio la mantiene a salvo de la agonía que hay en esta casa, aceptaré el papel de villano con gusto.

Cierro los ojos y cuento una última vez.

Uno.
Dos.
Tres.

La protejo de mí. Aunque eso signifique que, cuando el humo se disipe, no quede nada de lo que fuimos.

ESCÚCHAME

Mia

El no saber de Lucas duele más que cualquier palabra de odio o tragarme el ego de Santiago.

Llevo dos días sin verlo. Dos días de mensajes y llamadas que mueren en el vacío de una pantalla gris. En la escuela, la gente me pregunta por él como si yo tuviera un mapa secreto de su paradero, pero la verdad es que estoy tan perdida como ellos. Solo tengo una certeza que me quema en el estómago: algo se ha roto, y el sonido del quiebre ha sido ensordecedor.

Santiago ha vuelto a la carga y me vuelve loca. Sus mensajes son recordatorios de una ejecución programada: «El viernes termina todo, Mia. Tú decides». No respondo. No voy a negociar mi amor como si fuera una cláusula de un contrato de mierda. He decidido buscar a Lucas, y lo hago con una calma que me asusta; como si esa parte de mí que siempre quiso huir hubiera aceptado, por fin, que hay incendios que vale la pena cruzar, aunque salgas con ceniza en los pulmones.

Sara me lleva en auto hasta el taller. El portón está cerrado con una cadena que parece un sello de clausura. No hay ruido de herramientas, no hay olor a aceite, no hay vida. Me quedo ahí un segundo, con el pecho apretado, entendiendo que el santuario de Lucas y su padre ha sido profanado por el poder, la burocracia y el rencor.

No me rindo. Miro a Sara y ella me devuelve la mirada, ve la urgencia en mis ojos y, por primera vez, no hace preguntas. Solo sigue mis direcciones y conduce hacia la casa de Lucas. Cuando llegamos a la casa, una construcción humilde que estoy acostumbrada a ver pero que mi mejor amiga no, veo el auto en el que tantas veces me llevó Lucas a nuestras citas. El corazón me da un salto violento contra las costillas. Está aquí.

—Quédate en el auto, porfis, Sara. Vengo ya —le pido. Ella asiente, me da ese espacio como toda mejor amiga sabe hacer.

Llamo a Lucas a todo pulmón. Sé que está en casa. Luego de unos segundos, sale despacio. Sé que solo han pasado dos días sin verlo, pero noto que incluso está más delgado, con los hombros caídos y una palidez que me revuelve el estómago. Pero se sigue viendo bien, es la pintura, después de todo.

Cuando me ve, se queda petrificado. No hay saludo, no hay excusa alguna. Solo el choque frontal de nuestras realidades. De vernos, de estar ahí uno frente al otro. Dos días apartados se hicieron eternos.

No digo nada. Tampoco le doy tiempo a que me eche. Me acerco y lo abrazo. Fuerte y largo. Un abrazo que pretende recoger todos sus pedazos antes de que toquen el suelo. Siento cómo sus manos, al principio rígidas, me rodean con una fuerza desesperada, como si yo fuera la última cuerda de seguridad de un paracaídas que se niega a abrir.

—Mia… lo siento. —Su voz es un susurro roto.

—No te disculpes —respondo, me separo apenas para sostenerle la cara—. Solo quería saber que estabas bien. ¿Podemos hablar?

Nos sentamos en el pequeño balcón. El aire de la tarde es una manta húmeda. Lucas se mira las manos; tiene los dedos lastimados, la piel viva de tanto morderse por la ansiedad. Es el mapa físico de su angustia.

—Confías en mí, ¿verdad? —le pregunto, y tomo esas manos heridas entre las mías.

—Sí —responde él, pero sus ojos siguen fijos en el suelo—. Pero no sé cómo decirte esto sin que te desmorones conmigo. Y ya tienes suficiente con el imbécil de Santiago...

—Escúchame, Pintura —lo interrumpo, usando el apodo como un ancla—. No estoy aquí para que me protejas en una torre de cristal. No soy una muñeca de porcelana, aunque físicamente lo parezca, que se rompe con una mala noticia. Estoy aquí para estar contigo y acompañarte. Solo eso. Cuéntame qué hay detrás de tanto silencio, que llevas días evitando al mundo entero.

Lucas traga saliva, y veo cómo su mandíbula tiembla. Finalmente, la presa cede.

—Mi padre tiene cáncer, Mia. Está muy avanzado. El taller, la venta, el dinero... todo era para dejarme algo antes de... —Se le quiebra la voz y el aire parece escaparse de la habitación—. No puedo dormir. La cabeza no para de pensar. El corazón suena a un ritmo desastroso. Siento que el tiempo se me escapa entre los dedos como arena y no puedo arreglarlo. No hay una pieza de repuesto para mi papá, Mia. No sé cómo reparar esto. No lo puedo perder tan pronto luego de perder a mi mamá.

La palabra «cáncer» flota entre nosotros como una ceniza fría. No lloro con él, tengo que ser fuerte para él. Me limito a apretar sus manos, siento su pulso acelerado. Ahora entiendo todo. No era falta de amor; era exceso de su propio naufragio.

—Lucas, lo siento tanto… —digo desde el fondo de mi alma—. Pero escúchame bien. Alejarme no me salva. Me rompe más. Soy tu novia y soy tu apoyo. No me pidas que me vaya cuando más necesito quedarme.

—Es demasiado, Mia —dice él, sacude la cabeza en un intento de autosabotaje—. Santiago te está chantajeando, mi padre se muere. La verdad es que no puedo con todo. No quiero que me veas desmoronarme, y no te quiero arrastrar conmigo en esto.

—Entonces no cargues todo tú solo. Dividamos el peso. Yo me encargo de Santiago y de que en el colegio los maestros y

compañeros de clase entiendan por qué no has ido en estos días, para que no afecte tu beca ni la graduación. Tú solo encárgate de ser su hijo. Déjame ser de ayuda para ti, Lucas. Por eso estoy aquí.

Lucas asiente y me da la sensación de que, por primera vez en días, sus hombros bajan un milímetro. No hay promesas de «felices para siempre», porque la realidad ahora mismo huele a despedida. Pero hay una tregua, o al menos eso creo. Una conexión que Santiago no puede comprar ni romper.

—Gracias —dice él, y me mira a los ojos por primera vez—. Por venir. Por no dejar que me escondiera en la oscuridad.

—Siempre —le prometo.

Nos abrazamos una última vez antes de que yo regrese al auto de Sara. No es un final, es un nuevo tipo de comienzo, uno mucho más maduro y doloroso. Mientras camino de vuelta, el miedo que tenía a Santiago ha desaparecido. Comparado con el peso que Lucas carga, las amenazas de ese niño rico y tonto no son más que ruido.

Amar es saber escuchar lo que el otro calla. Lucas me pidió a gritos que me fuera para protegerme, pero yo he aprendido a leer entre líneas. Y no voy a ir a ninguna parte.

DÉJAME

Lucas

Han pasado dos días más desde que Mia apareció en mi casa como un huracán de luz en medio de mi penumbra. Su visita me dio aire, pero también me trajo una claridad aterradora, y es que no puedo permitir que su vida se detenga para recoger mis escombros. No puedo dejar que su juventud se convierta en el daño colateral de mi tragedia. Le di vueltas y vueltas al asunto y mi cabeza no dejó de pensar. Cuando pienso que puedo aceptar un poco de esta felicidad, vuelvo a caer en que no la debo involucrar en todo este lío. No se lo merece. Debo dejarla ir, aunque me duela.

Le pedí que nos viéramos hoy en el taller. Una última vez, antes de que las máquinas de Marcia terminen de borrar lo que queda de nosotros. Ella llega puntual, Sara la espera otra vez en el auto. Me alegra saber que no está sola en este proceso. Que ahora, cuando le diga adiós de forma definitiva, va a tener a alguien con quien llorar. Se acerca entre las sombras de los estantes vacíos con esa seguridad que me hace querer correr hacia ella y, al mismo tiempo, esconderme para siempre.

El portón está entreabierto, cruje con el viento. Ya no hay ruidos de motores, solo el eco de nuestros pasos sobre el cemento frío.

—Gracias por venir —le digo. Nos sentamos en el viejo banco de madera, el mismo donde tantas veces descansé con las manos negras de grasa y el corazón ligero.

—Sabes que vendría a cualquier lugar donde me citaras —responde ella, buscando mis ojos.

Su mirada es un ancla, pero yo necesito soltarla. Respiro hondo. Uno. Dos. Tres. Es el momento de entregarle la llave de mi sistema de emergencia. Algo que llevo practicando en los pasados meses siguiendo la recomendación de mi psicólogo. Y hoy tomo el valor de contárselo, aún con el pulso dando tumbos al millón.

—Hay algo que nunca te conté del todo, Mia. Lo de los *rounds*.

Ella me mira con curiosidad, entrelaza los dedos con los míos. El contraste entre su piel limpia y mis nudillos lastimados es un recordatorio de por qué hago esto.

—*¿Rounds*? ¿A qué te refieres? Eso suena como a boxeo.

—Algo así. Es como mi forma o sistema para no hundirme. —Asiento—. Después de lo de mi mamá, comencé a vivir los días como asaltos en un *ring*. Mi terapeuta me dijo que necesitaba «anclajes». Victorias pequeñas para que la ansiedad no me tragara. Yo las llamé *rounds.*

Me tomo un momento para que las palabras no se me traben en la garganta. Lo practiqué muchas veces en mi cabeza bajo ansiedad. Tomo el valor para contarle.

—El primer *round* fue entrar a esa escuela nueva y no salir corriendo el primer día. Pero el *round* no lo gané por completo en ese momento; sentí que pasó cuando me reconociste como la pintura renacentista de ese post viral. El segundo fue el club de escritura, atreverme a mostrarte mis versos sin morir de miedo y el tú aceptar mi invitación al café.

Mia me aprieta la mano, escucha cada sílaba como si fuera una confesión sagrada.

—El tercero fue decirte que me gustabas. Ese fue un golpe bajo de la ansiedad, porque amar significa darle a alguien el permiso de destruirte. Ese duró un tiempo en materializarse porque no me respondiste tan rápido como yo hubiera querido. La inquietud que sentía por saber cómo te sentías hacia mí me estaba comiendo, pero

sabía que tenía que darte tu espacio. Y el cuarto... —Sonrío con una tristeza que me quema—, el cuarto fue cuando te quedaste conmigo a dormir. Cuando te quedaste abrazada a mí y pudimos ver ambos nuestros lados vulnerables. Cuando notaste mi ansiedad y no saliste huyendo. Cuando aprendí que, aún estando callado a tu lado, no me sentía vacío o incómodo, sino en paz.

—Entonces, si hemos ganado tantos *rounds*, ¿por qué te rindes ahora? —pregunta ella con la voz quebrada.

—Porque este *round* es distinto, Mia. No es solo contra mi cabeza, es contra la realidad. Mi padre se muere. El taller ya no existe. Y, si te obligo a quedarte, te convierto en mi sostén. Te convierto en la persona que tiene que sacrificar tus risas por mis ataques de pánico y tus tardes de sol por salas de oncología que huelen a muerte, solo por acompañarme. Siento que este proceso debo pasarlo solo con mi padre y, aunque quiera tenerte a mi lado, siento que no es justo para ti.

—Yo elijo estar ahí, Lucas —insiste ella, con esa terquedad preciosa que me enamoró.

—Pero yo elijo que no lo estés —respondo, y siento como si me estuviera arrancando un trozo de piel—. Te quiero demasiado para dejar que te marchites en mi oscuridad. Santiago te tiene en la mira y mi vida se convierte en un luto anticipado. Mereces un novio que pueda llevarte al cine sin estar calculando la siguiente dosis de medicamentos de su padre o pensando si lo voy a encontrar muerto cuando regrese a la casa. Mereces ser libre de un peso que no te pertenece.

Mia cierra los ojos y una lágrima solitaria le recorre la mejilla, brilla bajo la poca luz del taller. Ella entiende, sé que, dentro del dolor, lo comprende. No porque quiera irse, sino porque sabe que mi cordura depende de sentir que no la arrastro conmigo al fondo del océano.

—Déjame ir, Mia —susurro—. No porque no te ame, sino porque amarte es lo único que me hace querer ser mejor de lo que soy. Y, ahora mismo, no soy suficiente para lo que tú mereces.

Ella no pelea más. Me atrae hacia sí y me besa. Es un beso que sabe a despedida, a sal y a una gratitud inmensa. Un beso que cierra el libro antes de llegar al último capítulo, dejando la historia en pausa. Nos abrazamos con una fuerza que intenta detener el reloj, memorizando el olor del otro antes de que la distancia se vuelva un muro.

—No llegué al quinto *round* —le digo cuando nos separamos, intento sonreír a través del nudo en mi garganta.

Mia se limpia las lágrimas y me mira con una madurez que me hace sentir pequeño.

—A veces, Lucas, el *round* más valiente no es el que se gana con un golpe, sino el que se decide abandonar para salvar a la persona a la que amas. Para mí, ganaste el campeonato el día que me dejaste entrar en tu mundo y mostrarme lo que de verdad es el amor. Respeto tu opinión y te dejo escribir tu propia historia, y yo seguiré escribiendo la mía.

Y así, sin más, se voltea y la veo caminar hacia la salida. Miro su silueta recortada contra la luz de la tarde hasta que cruza el umbral del taller, se monta en el carro de Sara y desaparecen.

Me quedo sentado en la penumbra de un taller que ya no me pertenece, con el pecho abierto, pero la conciencia en calma. He perdido el *round* de nuestra relación, sí. Pero he salvado su luz. Y, en este momento de mi vida, esa es la única victoria que me importa.

RECUÉRDAME

Mia

Hace casi un año, yo todavía no creía en el amor y le peleaba a Cupido por ser tan patético.

Creía en la atracción, en lo inmediato; en ese incendio forestal que se enciende rápido y se apaga para dejar solo cenizas y un poco de tos. El amor me parecía un exceso de presupuesto en Hollywood, algo estético para leer, pero poco práctico para sobrevivir. Ahora, mientras me ajusto la toga frente al espejo del baño del auditorio, me doy cuenta de lo mucho que ha cambiado el guion.

Y de lo mucho que he tenido que reescribirme yo.

El auditorio es un mar de voces, de *flashes* y de padres que intentan congelar el tiempo en una tarjeta de memoria. Sara y Sebastián están a mi lado. Vemos a Laura sentada en el auditorio como parte del próximo grupo *seniors* que ahora nos reemplaza.

Busco a mi madre entre la multitud; la encuentro en la tercera fila de los invitados, me sonríe con esa mezcla de orgullo y alivio que solo ella sabe tener después de que casi nos perdiéramos en el camino. Junto a ella está mi hermano Alberto y mi tía. Ellos son mi círculo de apoyo, después de todo. Y lo fueron todavía más luego de la ruptura con Lucas. Veo en estos momentos cómo Alberto lanza un beso que claramente no es a mi, sino a Sara. Ya no sé si decir «ew» o no. Respiro y me recuerdo lo más importante, que estoy aquí. Mi nombre está en el programa y soy la nota más alta de la clase. Esa es la única victoria que cuenta hoy.

Cuando dicen mi nombre y camino hacia el escenario, no pienso en lo que perdí por el camino. Pienso en lo que sostuve. En lo que aprendí a soltar sin desmoronarme y en la mujer en la que me convertí cuando dejé de ser una simple espectadora de mi propia vida.

Recuerdo la última vez que vi a Santiago en las afueras de la escuela, un día después de que Lucas se alejara. Él creía que todavía tenía el control, que su reloj caro, auto de lujo y el dinero de su madre le daban derecho a mi miedo. Recuerdo su cara de desconcierto cuando me planté frente a él y le dije que me daba lástima. Que se quedara con el taller, con las herramientas y con su ego vacío, porque a mí ya no le quedaba nada que robarme. Verlo quedarse mudo, despojado de su poder de chantaje, fue el punto final que necesitaba. Santiago y Marcia ya son solo notas al pie de página en un libro que ya terminé de leer.

El taller ahora es un lavadero de autos moderno, lleno de luces blancas y un ambiente frío, no familiar. El padre de Lucas no pudo trabajar casi nada, pero lo poco que pudo, lo hizo con dignidad, hasta que su cuerpo le pidió la tregua definitiva. Nadie lo despidió; solo llegó el momento de retirarse a descansar.

Santiago se rindió cuando entendió que no puedes poseer a alguien que ya no tiene miedo de perderlo todo. Al final, nadie ganó la guerra que crearon, y nadie fue destruido por ella. Y eso ya es mucho decir.

En medio de nuestra graduación anuncian un agradecimiento especial. No lo llaman como una iniciativa del «Club de Escritura», aunque para nosotros siempre será ese refugio de papel, y yo sé que todo nació de ahí. Hablan de una iniciativa estudiantil general, de lecturas compartidas y de una recaudación de fondos para «gastos médicos familiares» que fue idea mía. La cifra aparece en la pantalla. No es una fortuna, pero es oxígeno para Lucas y su padre. Los tratamientos son caros, los planes médicos apenas cubren, el tiempo es el lujo más escaso de todos y el dinero de la venta del taller fue solo un parche para una herida demasiado profunda.

Pienso en cómo empezó todo. Una foto borrosa tomada desde un rincón de un café. Una publicación impulsiva nacida de la curiosidad. Yo creía que jugaba con el azar, buscando ser vista por un extraño. No sabía que, sin querer, redactaba el prólogo de mi primera gran historia de verdad.

Entonces lo veo. Está aquí, en nuestra graduación. Todo este tiempo lo dejaron estudiar y terminar el grado de forma remota; fue un acomodo razonable justo. Él no sube al escenario, por decisión propia, pero lo veo unas filas más atrás. Está de pie, erguido, con una mirada serena que parece haber hecho las paces con el mundo. Está solo, su padre supongo que se sentirá demasiado frágil para venir. No está intacto, nadie sale ileso de una guerra así, pero está presente. Aplaude con fuerza, sus manos se mueven con ritmo. No me busca con una mirada desesperada; nos damos ese espacio como un pacto de respeto mutuo, como dos sobrevivientes que se reconocen desde la distancia.

Cuando la ceremonia termina, el ambiente del teatro se llena de flores y risas nerviosas. Me quedo a un lado, con una calma nueva, una que no necesita ser explicada ni defendida.

—Mia.

Me giro.

—Lucas.

Nos miramos con una tranquilidad que hace meses nos habría parecido ciencia ficción.

—Gracias —dice él, y sé que no habla solo de la recaudación—. Por no soltar cuando todo se puso oscuro. Aún en la distancia, seguiste ahí.

Sé que lo dice también por asegurarme que las notas que yo tomaba en clase llegaran a sus manos para que pudiera estudiar de forma remota. Yo le di el espacio que él pidió, pero nunca lo solté.

—Era lo correcto —respondo—. No necesitabas que alguien te salvara, Lucas. Solo necesitabas que alguien te acompañara en la oscuridad hasta que tus ojos se acostumbraran a ella.

Él asiente. Sus manos están mejor; los nudillos ya no están en carne viva. El mecanismo de su ansiedad parece haber encontrado un equilibrio delicado.

—Me gradué —dice, como si todavía le costara procesar que el futuro sigue existiendo.

—Nunca dudé de que lo harías. —Sonrío.

Hay un silencio breve y honesto.

—Sigo en terapia —añade—. Y con mi padre... vamos día a día. Aprendiendo a despedirnos sin prisa, disfrutamos de nuestros espacios.

—Me alegra mucho, de verdad. Tienes que cuidarte tú también, Pintura.

Él sonríe al escuchar el viejo apodo. Una chispa de aquel chico del taller vuelve a asomarse.

—¿Y tú? ¿Psicología, *ugh*?

—Un doble bachillerato en Psicología y Literatura —respondo—. Quiero entender a las personas y las historias que las marcan.

—Tiene sentido. Siempre fuiste la mejor leyendo entre mis líneas.

Nos quedamos un segundo más así. No hay una nostalgia que queme, solo una memoria que nos abriga del frío.

—Lo nuestro… —empieza él.

—No fue en vano —lo interrumpo con suavidad—. Nada de lo que sentimos fue un error, Lucas. En especial todo lo que me hiciste sentir. Solo fue para un tiempo distinto.

—Gracias por no convertirlo en algo amargo —dice él con un todo de sinceridad.

Él se acerca, me roza la mejilla con la mano con una delicadeza que no había sentido en semanas, y sus labios dejan un beso suave y breve justo debajo de mi ojo. Es un gesto de despedida, sí, pero también de promesa; un punto y aparte que no duele.

—Sigue brillando, Mia.

—Tú también, Lucas. Escríbeme cuando quieras.

Lo veo alejarse entre la multitud y, por primera vez, verlo irse no me rompe el pecho. Duele, sí, pero es un dolor limpio. Ese que te recuerda que lo que viviste fue real y que cumplió su propósito.

Camino en sentido contrario para encontrarme de nuevo con mi familia. Mientras salimos del auditorio, pienso en esa chica que se sentaba en los cafés convencida de que el amor era un invento literario para vender libros. Me río de ella, con cariño.

Tal vez nunca fue casualidad. Tal vez el amor siempre supo más que yo. Ahora sé que el amor existe. No siempre se queda el resto de tu vida, ni siempre tiene un final de película con fuegos artificiales. Pero cuando pasa por ti, te cambia los ojos con los que ves el mundo.

Y eso, al final, es la mayor victoria de todos nuestros *rounds*.

EPÍLOGO

MIA

2 años después

Fue el final de una historia necesaria, pero también el inicio de dos travesías que necesitaban distancia para no anularse. Ambos aprendimos en el camino, aunque no de la forma en que imaginamos. Las experiencias, las que nos hicieron brillar y las que nos dejaron cicatrices que hoy llevo con orgullo, se encargaron de dictar nuestro crecimiento.

Muchos dirán que fue un amor demasiado joven, uno de esos que se queman con la primera nevada. Dirán que no sabíamos lo que hacíamos, que apenas rozamos la verdadera complejidad de amar. Pero otros entenderán que no importa si es el primero o el último, cada amor deja una marca en nuestro ADN. Y la de Lucas fue profunda, dolorosa y, de una manera que solo entiendo ahora, absolutamente hermosa.

Aprendí que no se vive solo de atracción. Que el amor no aparece completo en un post de redes sociales; se construye con la paciencia de quien levanta un muro colocando piedra a piedra. Se edifica con los errores y con la valentía de no huir cuando el otro se vuelve un extraño para sí mismo.

Lucas eligió la soledad, no por falta de amor, sino porque no quería verme sufrir en el proceso. Yo estaba dispuesta a darle todo mi espacio; él decidió no aceptarlo para protegerme de su propio

naufragio. Fue una decisión que solo el tiempo, con altos y bajos, ha logrado aclarar.

Cierro mi libreta con cuidado. He terminado de garabatear mis pensamientos sentada bajo la sombra de un roble en el campus universitario. Han pasado dos años y, aun así, los recuerdos regresan con la nitidez de un estreno. Las conversaciones que se alargaban hasta la madrugada, las risas que nos dolían en las costillas y esas caricias que parecían pura salvación.

A veces me pregunto si podríamos tener otro final si hubiéramos tenido la madurez de hoy. Si hubiéramos entendido que las complicaciones no destruyen una relación, sino la falta de confianza y ese miedo paralizante a ser una carga para el otro. Ambos nos graduamos, cumplimos la meta. Pero yo comencé este camino sin él. Y en este tiempo, no he encontrado a nadie que me haga sentir que vale la pena arriesgar el corazón de nuevo. Porque, para menos de lo que tuve con Lucas, prefiero la soledad.

Me levanto del césped, aprieto la libreta contra el pecho, justo cuando distingo una figura a lo lejos.

El mundo se detiene. Reconozco esa forma de caminar entre diez mil personas. Me froto los ojos, me pregunto si el sol del campus me está jugando una broma cruel, pero la silueta no se desvanece.

Es real.

Dos años después, la Pintura Renacentista camina hacia mí con una seguridad que desconocía. Tiene los hombros firmes y las manos, aquellas manos que tanto besé en el taller, sanas, tranquilas, y sin rastro de urgencia. Tiene esa sonrisa tatuada en el rostro, pero esta vez no noto una máscara de ansiedad detrás de ella.

—Hola, Mia —dice al acercarse. Su voz gana una profundidad que hace vibrar el suelo bajo los pies—. ¿Te gustaría ir conmigo al Café Mi Sol a tomar un capuchino?

Sonrío, y siento que el engranaje del mundo vuelve a encajar después de un largo caos. Tal vez el primer *round* no bastó. Tal vez algunos combates necesitan una pausa larga para que los

luchadores aprendan a sanar sus propias heridas antes de volver al *ring*.

—Me encantaría, Pintura.

Caminamos juntos hacia la salida, sin prisa, dejamos que nuestro encuentro sea, por fin, una invitación y no una despedida. No es casualidad que estemos aquí; ambos elegimos esta universidad, ambos elegimos no rendirnos.

El primer *round* no bastó y, tal vez, por eso la vida nos llevó tan lejos para que pudiéramos regresar con más fuerza. Pero si vamos a volver a intentarlo, no será para repetir los errores del pasado.

Será para jugar el quinto.

NOTA DE LA AUTORA

Gracias por llegar hasta aquí y por regalarle tu tiempo y tu cariño a esta historia.

Quiero contarte que esta novela nació en Wattpad (www.wattpad.com), una plataforma de lecto-escritura, en el año 2021. Surgió como parte de un concurso llamado *Open Novella Contest*, dirigido a historias cortas de menos de 40,000 palabras. Para participar, debíamos escoger un disparador creativo… y este fue el mío:

«La chica más popular de la escuela cree tener todo lo que se puede esperar de la vida: un grupo de amigas inamovible, las mejores calificaciones y una familia que la apoya en sus decisiones. Pero el nuevo becado llama su atención y le muestra un mundo que ella ignoraba. Pone en duda todas sus creencias y hace tambalear su aparente vida perfecta».

De ese disparador nació la historia que hoy tienes en tus manos. En aquel entonces no solo tenía otro título —Atraídos, amados y complicados—, sino también otra portada y una identidad distinta, más cercana a la autora que yo era en ese momento. Aun así, logró posicionarse entre las diez historias finalistas del concurso, aunque no obtuvo el premio mayor.

Con el tiempo entendí que no era su momento. Esta historia necesitaba reposar, crecer conmigo y esperar los años necesarios para ser retomada con una mirada más madura y honesta. Hoy regresa transformada, con un nuevo título, una nueva portada y una versión más fiel a lo que siempre quiso ser.

Retomo la historia de Mia y Lucas con la intención de compartirla tanto con jóvenes como con adultos, como un recordatorio de que el

amor, aunque imperfecto, también puede ser un ancla, un impulso y una forma de crecimiento. Espero que esta historia haya tocado tu corazón de alguna manera.

Agradezco profundamente a Natalia Tórtora, quien en el 2022 me brindó una corrección de emergencia que, tres años después, fue clave para mejorar y elevar esta historia. Y a Lydia Chas por aceptar el reto de realizar la corrección editorial para dejarla lista para publicación.

Gracias también a cada lector de Wattpad que me acompañó en mis inicios, cuando escribir aún era un acto lleno de dudas, pero también de ilusión.

Y gracias a ti, lector, por llegar hasta aquí.

Ojalá que en tu propia vida también logres ganar todos los rounds que te propongas.

Con cariño,
Gretchen

SOBRE LA AUTORA



Gretchen M. Carrasquillo Ramos, también conocida por su seudónimo **G. M. Carrasquillo**, nació en la Isla del Encanto, Puerto Rico, donde actualmente reside. Posee un bachillerato en Psicología y dos maestrías: una en Consejería en Rehabilitación y otra en Ciencias de la Información. Además, cuenta con una certificación en CompTIA Project+, lo que complementa su formación académica con un enfoque estratégico y organizacional.

A lo largo de su carrera ha trabajado como bibliotecaria, especialista en documentación, gerente de operaciones de IT y manejadora de proyectos. Ha sido ponente y tallerista en conferencias locales e internacionales, y en la actualidad se desempeña como mentora de autores, guiándolos en el proceso de autopublicar sus historias y crear su propio sitio web para vender copias de sus libros. De vez en cuando también escribe y enseña, aunque nunca se ha desligado del

tema que más la apasiona: la inclusión. Tanto en sus proyectos académicos como creativos, Gretchen integra de una forma u otra la representación de la población con diversidad funcional.

Desde pequeña ha sido amante de las historias románticas, fantásticas y llenas de acción. Siempre fue aplicada en sus estudios y abierta a cualquier reto que se cruzara en su camino. Curiosamente, nunca se visualizó como escritora. Fue durante y después del huracán María, que azotó a Puerto Rico en el 2017, cuando decidió incursionar en la escritura como un pasatiempo para sobrellevar las largas horas sin electricidad, que se extendieron por alrededor de cuatro meses.

En ese mismo periodo descubrió la plataforma Wattpad, donde comenzó a compartir sus escritos poco a poco. Para su sorpresa, estos empezaron a conectar con los lectores. Allí conoció a jóvenes autores con grandes sueños de convertirse en escritores profesionales, aprendió de ellos y aplicó sus consejos para mejorar su escritura. Con el deseo de devolver lo aprendido, en el 2018 se convirtió en Embajadora de la plataforma naranja, rol que desempeñó durante aproximadamente cuatro años. Desde entonces, disfruta motivar a otros autores a perseguir sus sueños mediante presentaciones, cursos, actividades y recursos diseñados para acompañarlos en el camino hacia sus metas.

Cuenta con otras tres publicaciones que puedes conseguir directamente en su página web: **www.gmcarrasquillo.com.**

Puedes seguirla en todas las redes sociales como **@gmcarrasquillo.**

OTRAS PUBLICACIONES DE LA AUTORA

1. **Los Inclusivos y la Mansión Escondida**
   Una novela de fantasía juvenil inclusiva que celebra la diversidad funcional a través de un grupo de jóvenes protagonistas que descubren que sus diferencias también son su mayor fortaleza. Una historia de aventura, amistad y valentía.

2. **Antología de Cuentos Cortos: Por Todo Lo Bueno**
   Una colección de relatos cortos cargados de sensibilidad, introspección y esperanza. Cada historia invita al lector a detenerse, reflexionar y encontrar luz incluso en los momentos más frágiles de la vida.

3. **Anti-planificador para lectores y escritores**
   Una herramienta creativa pensada para quienes aman los libros y la escritura, pero no encajan en los sistemas rígidos de planificación. Combina reflexión, motivación y ejercicios prácticos para disfrutar el proceso sin presión.

Los consigues todos en www.gmcarrasquillo.com y en Amazon.



www.gmcarrasquillo.com